

462-3

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 1 al 7 octubre. 1961 - Dirección y Admón.: Av. del Generalísimo, 39-7.º - II Epoca - N.º 670 Depósito legal: M. 8.900 - 1968



UN HOMBRE EN LA HISTORIA:
FRANCISCO FRANCO



Sin ser enfermedad MENOS QUE SALUD

No estoy enfermo. Nada me duele... Pero no me encuentro bien. Es un estado de salud que carece de diagnóstico preciso. Lo mismo puede tratarse de una dolencia latente que de un trastorno fisiológico sin importancia. Para cortar el curso patológico, en el primer supuesto, o corregir con una rehabilitación rápida el segundo, nuestro punto de vista debe ser el estómago.

Es el órgano central, por su posición en el cuerpo y por su misión esencial en la economía humana. La digestión es el primer acto del metabolismo para la transformación de los alimentos en fluido vital. Si no cuidamos la fisiología gástrica intestinal, la salud peligra, o por lo menos se llena de esas nubes que entorpecen la actividad psíquica: desánimo, tristeza, cansancio, tedio, mal semblante...

¡Nada cuesta gobernar el estómago y los órganos coadyuvantes de la digestión: hígado, vesícula, páncrea, bazo, intestino!... Sin necesidad de drogas molestas y productos de acción terapéutica drástica, se pueden conseguir digestiones fáciles, aun en caso de excesos o de régimen inadecuado.

Precisamente para regular la salud de tal forma se creó hace cerca de un siglo el preparado higiénico que, con agua, constituye la bebida más universal, deliciosa y saludable de las conocidas hasta ahora, para ayudar las digestiones, depurar la sangre, tonificar el cuerpo y despejar la mente.

Innecesario nombrarla. Todos tienen el nombre en la memoria... y en los labios, al asociarla a las beneficiosas propiedades de la fruta en sazón.

¿Qué le dice su imagen?

¿Que está usted más pálido?. ¿Que tiene el semblante triste?. ¿Que los ojos amarillean un poco?... Enumere con los dedos los inconvenientes que encuentra a su rostro. Y dispóngase a remediarlos con "Sal de Fruta" ENO, la famosa bebida tónica que, como la fruta natural, fresca y madura, facilita las digestiones, equilibra la función hepática, purifica la sangre y devuelve el bienestar a las personas que sufren anomalías fisiológicas. Ensaye hoy mismo. Se sentirá otro.

"SAL DE FRUTA"
ENO

ENCAUZA EL PROCESO DIGESTIVO

LABORATORIOS FEDERICO BONET, S. A. - Edificio Boneco - Madrid

101

UN HOMBRE EN LA HISTORIA



1.º DE OCTUBRE DE 1936, CAPITANIA GENERAL DE BURGOS

EL soldado de guardia bajo los soportales del hermoso palacio de la Capitanía General tuvo que pegar un taconazo, cuadrarse y saludar militarmente una vez y otra. Un general, otro, otro, otro...; rápido, un automóvil daba un frenazo ante la fachada, y otro, y otro, y otro... No cabía duda: pasaba algo importante.

Después fueron gente a pie; llegaban con paso nervioso, hablando en voz baja unos con otros. En los rostros resplandecía una rara alegría. El oficial de guardia, aquella fría mañana del otoño burgalés, había visto entrar en la Capitanía al ilustre general Cabanellas, con su venerable barba blanca, rodeado de los ayudantes. También

al joven general Franco, quien llegó junto con su colega el general Mola. Y a los generales Queipo de Llano, Millán Astray, Ponte, Gil Yuste, Orgaz, Saliquet, Varela, Dávila... Eran casi todos los miembros que componían la llamada Junta de Defensa Nacional, el organismo supremo que se había hecho cargo del poder en la España



El Caudillo llega a la Capitanía General de Burgos momentos antes de ser proclamado Jefe del Estado español. Era el 1 de octubre de 1936

Nacional y que estaba afrontando la titánica tarea de expulsar de la Patria a los elementos extraños que la habían convertido en un país satélite de Moscú.

La nación ardía en guerra. Desde hacía dos meses y medio, concretamente desde el histórico 18 de Julio, las armas de los salvadores de la Patria habían conseguido establecer un frente más o menos continuo ante las tropas republicanas, que ya se habían repuesto de la sorpresa de las primeras semanas y ofrecían una seria resistencia, incrementada día a día gracias a la ayuda recibida del extranjero.

La situación de las tropas nacionales era difícil, aunque no desesperada. Como manifestó un político socialista, la Junta de Defensa Nacional tenía en su poder casi media España, pero en manos de los republicanos estaba el hierro, el carbón y las huertas de Cataluña y Valencia: «¡Ganaremos la guerra!», había dicho.

Y Rusia, apoyada por la ingenuidad de muchos países de Occidente, se aprestaba a la organización de las tristemente célebres Brigadas Internacionales, con las que intentaba dar el golpe definitivo a aquellos generales españoles alzados contra su poderío e implantar definitivamente la dictadura comunista en nuestro país, con toda su secuela de terror y derrumbamiento de los principios eternos que hicieron históricamente la vida de España como nación libre y soberana.

Con todo, pese a la posición oficial de los Gobiernos de los países extranjeros, las simpatías populares estaban al lado de las tropas de la Junta de Defensa Nacional.

De manera decidida, al lado de la España salvadora estaban Portugal, Italia, Alemania, Irlanda, Guatemala, Japón y el Manchukuo. Nadie más. Pero los periódicos británicos «The Times», «Daily Telegraph», «Observer» —que luego brilló tanto por su furia antiespañola—, el «Sunday Express», el propio «Manchester Guardian», por sólo citar a los más destacados, hab'án derrochado en sus titulares toda clase de adjetivos encomiásticos para ensalzar la gesta del Alcázar de Toledo, por ejemplo. Si la posición de las Cancillerías seguía siendo al lado de la República, la simpatía de todos los no marxistas del mundo era la expectativa o el decidido entusiasmo hacia aquellos hombres heroicos que, románticamente, sin apenas medios militares y fiándose de su alto espíritu patriótico y de su capacidad de estrategias, habían emprendido la gigantesca tarea de desarraigar los tentáculos de Moscú ceñidos en España.

Después, la sinuosa política de Stalin y el juego de las relaciones internacionales orientarían los ánimos contra la España auténtica alzada en armas en su última esperanza de subsistir como país libre y autónomo, ahuyentando para siempre el fantasma del terrorismo soviético.

LOS DIAS EN CACERES

El general Franco había dicho a sus ayudantes el día 26 de septiembre:

—Mañana entraremos en Toledo y serán liberados los del Alcázar. Llevaba un mes justo en el palacio de los Golfines, de Cáceres, recibiendo órdenes telefónicas y despachando telegramas a todas las fuerzas a su mando. El general en jefe del Ejército Expedicionario de África —el Ejército de la odisea

increíble del paso del Estrecho ante los cañones de la Flota roja— y de las fuerzas del sur de España, apenas si dedicaba tiempo al sueño. Las horas y las horas se les pasaba ante los mapas y planos, trazando líneas de combate y frentes.

Toledo y su Alcázar eran para él una obsesión. Periódicamente recibía despachos comunicándole el estado desesperado de aquel puñado de héroes que resistía hasta la muerte entre los muros derruidos del hermoso palacio toledano y una constante lluvia de balas y metralla.

Al fin, en la mañana del histórico 29 de septiembre, Franco entraba en las ruinas del Alcázar. Moscardó le saludó con su famosa frase:

—Mi general: le entrego derruido este Alcázar, pero el honor ha quedado intacto.

Franco contestó:

—Nada ambicioné tanto en mi vida como liberar este Alcázar.

Aquel día era, sin duda, uno de los más entusiásticos en la carrera de triunfo del general Franco. En seguida volvió a Cáceres, a su Estado Mayor en el palacio de Golfines, después de dejar bien señalado el reconquistado frente toledano, el camino en el que todos los nacionales veían el objetivo final de la guerra: Madrid.

Pero el comunismo internacional, la desesperación de las tropas republicanas, retrasarían esta meta durante más de dos años y medio de contienda.

En el palacio de Golfines, el general Franco recibía numerosas visitas al día. Eran oficiales de enlace, jefes militares de las tropas a su mando que acudían a recibir instrucciones y órdenes de combate. Otros generales acudían también a Golfines para dialogar y estudiar sus planos militares en



La fotografía recoge el momento histórico en que el Caudillo fue proclamado jefe del Estado por la Junta de Defensa Nacional

unión del hombre que tenía a su cargo la responsabilidad de las tropas expedicionarias de Africa y el Ejército del sur.

Consta que en varias ocasiones fue planteado ante Franco el problema de un mando único para las fuerzas nacionales. Varios miembros de la Junta de Defensa Nacional estimaban que el asunto era de una urgencia tajante. Aunque el panorama militar se ofrecía firme para las tropas nacionales, pese a los informes de que los rojos preparaban una gran contraofensiva, se necesitaba coördinar una gran campaña bélica definitiva que expulsara a los marxistas de España, labor que ya venía realizando la Junta de Defensa Nacional, aunque sin la decisión y criterio firme que caracterizan las decisiones tajantes tomadas por un solo caudillo.

Franco escuchaba con atención a sus compañeros de la Junta de Defensa. Sus contestaciones sobre el tema siempre eran mesuradas: temía romper la hasta entonces armónica unidad entre los miembros de la Junta, además de correr el peligro de herir susceptibilidades o sufrir desaires.

Franco recibió varias cartas de generales nacionales sobre este asunto de la necesidad de un mando único para las fuerzas nacionales. En una de ellas se le enviaba una propuesta de convocatoria para la Junta de Defensa Nacional. Junto una lista de posibles personalidades militares que debían ser invitadas a reunión, incluso se determinaba el día, hora y lugar en que debía celebrarse: el 2 de septiembre, en el aeródromo de San Fernando —próximo a Salamanca— a las once de la mañana.

Para Francisco Franco, militar y hombre de acción antes que nada,

lo urgente en aquellos momentos era el asedio que estaba pociendo el Alcázar de Toledo, la necesidad de pertrechar sus tropas, afirmar los frentes, incorporar a su Ejército, con mandos idóneos, a los hombres de Falange y del Requete, así como la ordenación castrense de las milicias...

Franco tenía ante sí una inmensidad de problemas urgentísimos que resolver. No por ello ignoraba las razones que le aducían sus colegas para establecer un mando único en las fuerzas nacionales.

Al fin, ante nuevas cartas, dos días después decidió Franco firmar las hojas de convocatoria para la Junta de Defensa Nacional. Y el día y hora indicados, en el improvisado aeródromo militar de San Fernando se reunían los generales Cabanellas, Queipo de Llano, Orgaz, Gil Yuste, Franco, Mola, Saliquet, Dávila y Kindelan, y los coroneles de Estado Mayor miembros de la Junta de Burgos, Montaner y Moreno Calderón.

Franco, Orgaz y Kindelan llegan en avión, desde Cáceres, junto con sus ayudantes. Los demás, en automóvil, desde sus distintos puestos de mando en el frente o desde Burgos.

El aeródromo de San Fernando, el lugar que la Providencia tenía reservado para la primera reunión trascendental en el destino histórico de la España contemporánea, no era otra cosa que un llano habilitado para el despegue y aterrizaje de aviones militares. El ganadero salmantino don Antonio Pérez Tabernero había lanzado sus mayorales para echar las pjaras de toros hasta una vaguada. Después, un tractor arrancó los matojos más gruesos y allanado algo el terreno. Unos barracones servían de hangares y otros más pequeños de oficina y servicios técnicos. Ese

era todo el aeródromo de San Fernando, emplazado concretamente en los llamados "Campos del Hospital", del término municipal de Matilla de los Caños del Río, a unos 30 kilómetros de Salamanca por la carretera de Ciudad Rodrigo.

Los generales convocados tomaron asiento en uno de los barracones del aeródromo en torno a una mesa de campaña. Las sillas eran de las llamadas "de tijera", del tipo de las empleadas en las terrazas de los bares pueblerinos. No había otra cosa.

En el techo, colgando de las vigas, una lámpara de petróleo, pues el aeródromo no tenía instalación eléctrica, y en las paredes de madera, planos militares clavados con chinchetas. Este fue el severo y sencillo escenario en el que Francisco Franco sería elegido Caudillo de España en la guerra y en la paz.

GENERALISIMO DE LOS TRES EJERCITOS

Las tres primeras horas de la reunión de los generales fueron invertidas en discutir asuntos militares de primerísimo interés. Varios generales intentaron que fuese tratado el asunto clave de la reunión, la necesidad de establecer un mando único. No obstante, Cabanellas, el presidente, levantó la sesión hasta la tarde sin que el asunto del mando único fuese examinado.

En tanto, el ganadero don Antonio Pérez Tabernero, enterado de la reunión de los generales en el aeródromo de San Fernando, ha-

bia dispuesto en su finca de "San Bernardo" un suculento almuerzo. Hacia allí se dirigieron los generales y coroneles de la Junta, olvidándose por unas horas de los graves problemas que les tenían reunidos.

Reanudada la sesión de la tarde fue planteado sin más rodeos el asunto del mando único. El general Orgaz se unió a Kindelán y a Mola en la necesidad de aportar urgentemente el problema. Concretamente, el ilustre Mola exclamó:

—¡Pues yo creo tan interesante el mando único, que si antes de ocho días no se ha nombrado Generalísimo, yo no sigo! Yo digo: ¡Ahí queda eso! Y me voy.

Cabanellas decidió entonces someter a votación la propuesta. Fue aceptada por todos e inmediatamente se procedió a la elección de la persona que habría de asumir la enorme responsabilidad del puesto de Generalísimo. Sin dilaciones, uno a uno todos los generales se pronunciaron por un mismo hombre: Francisco Franco. La casi fabulosa hoja de servicios a España de aquel hombre joven y cauto, perfecta conjunción entre el equilibrio, el arrojo y la más despejada inteligencia y clarividencia para todos los problemas, se había impuesto sobre cualquier otro criterio. Aquellos generales reunidos en el barracón del aeródromo militar de San Fernando, en un rincón perdido de la inmensidad de las tierras castellanas, no pensaron en otra cosa sino en España durante aquellos decisivos instantes de la elección de Generalísimo. Y España, el futuro glorioso de España,

estaba en Franco. La Providencia les había guiado.

Fue decidido que, de momento, no se hiciera público el acuerdo hasta que la Junta de Burgos no le diera vigencia oficial. Todos los generales regresaron a sus puestos de mando y pasaron varios días sin que ninguno de ellos volviera a hablar del asunto, atareados como estaban con los mil problemas impuestos por la necesidad de afirmar los frentes y organizar los avances.

Pero los generales Yagüe, Millán Astray y Kindelán, junto con don Nicolás Franco, que había venido noticia del acuerdo, se impacientaban por la necesidad, día a día más imperiosa, de establecer el mando único. Por otra parte, los restantes generales que habían tomado parte en la reunión del 12 de septiembre celebraron consultas con sus compañeros de la Junta de Burgos. Una idea iba ganando adeptos; el cargo de Generalísimo de los Ejércitos debía llevar unida la Jefatura del Estado. Sólo así, centrado en una sola mano el Poder, podía ser conducida España hasta la Victoria en la guerra y la Victoria en la paz.

El día 29 de septiembre, a primera hora de la mañana, llegaron en un avión a Salamanca los generales Franco, Orgaz, Yagüe y Kindelán. Horas después se celebraba una segunda Junta en el mismo barracón del aeródromo de San Fernando. En nombre de varios generales fue leída la siguiente propuesta:

«Preámbulo.—Constituye precepto indiscutible del arte de la guerra

la necesidad del mando único de los ejércitos en campaña. En la nuestra hasta ahora la falta de tal requisito, impuesta por la incomunicación inicial entre los teatros de operaciones, ha sido suplida por el entusiasmo y buena voluntad de todos y por la unidad espiritual que es característica destacada del Movimiento.

«Realizada la conjunción táctica e incrementadas considerablemente las fuerzas de los ejércitos, se hace inaplazable dar realidad al mando único, postulado indispensable de la victoria. Razones de todo linaje señalan, además, la conveniencia de concentrar en un solo poder todos aquellos que contribuyan a la consolidación de un nuevo Estado con asistencia fervorosa de la nación.

«En su virtud, y en la seguridad de interpretar el sentir nacional auténtico, se decreta:

«Artículo 1.º Todas las fuerzas de Tierra, Mar y Aire que colaboran o colaboren en el porvenir en favor del Movimiento estarán subordinadas a un mando único, que desempeñará un general de división o vicealmirante.

«Art. 2.º El nombrado se llamará Generalísimo y tendrá la máxima jerarquía militar, estándole subordinados los militares y marinos de mayor categoría.

«Art. 3.º La jerarquía de Generalísimo llevará anexa la gestión de todas las actividades nacionales: políticas, económicas, sociales y culturales, mientras dure la guerra.

«Art. 4.º Quedan derogadas cuantas disposiciones se opongan a este decreto.»

Cabanellas, con su mesura característica, prometió que la propuesta sería estudiada detenidamente en Burgos. La sesión fue suspendida y se iniciaron diálogos parciales, en los que todos los asistentes examinaron el problema desde el único ángulo que podían estudiarlo unos españoles auténticos: desde el más puro patriotismo y los intereses de la Patria.

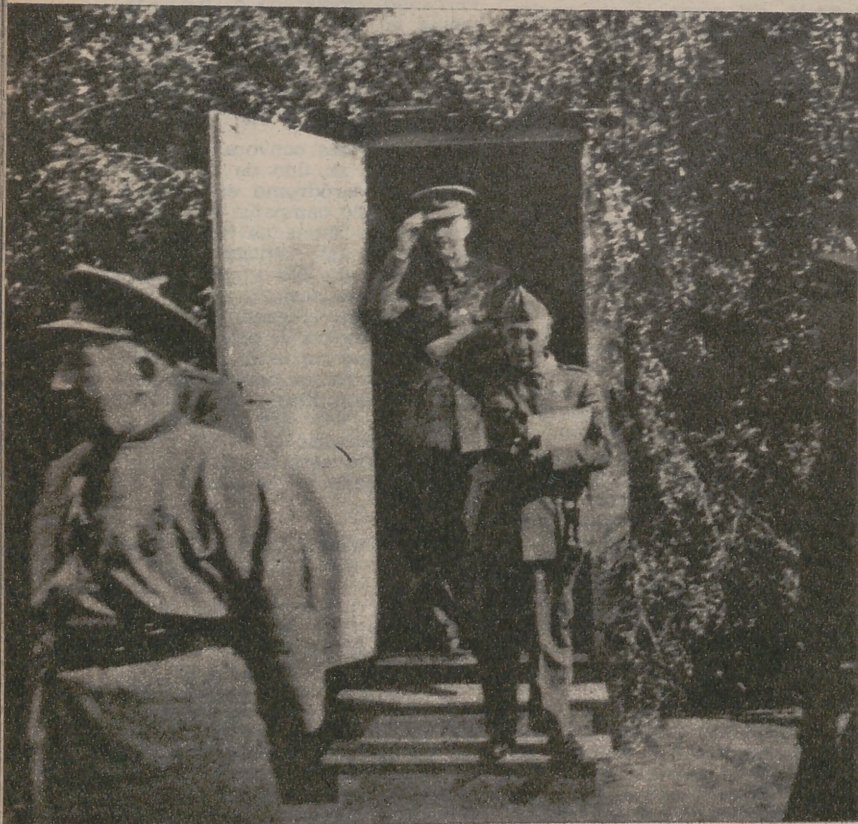
La unanimidad fue absoluta. Franco era el hombre llamado para desempeñar la tremenda responsabilidad de tener en sus manos las riendas de la Patria, una Patria partida en dos entonces por las alambradas de las trincheras, que había de ser unificada y hacerla caminar por sus destinos históricos de grandeza.

El general Cabanellas fijó el plazo de dos días como tiempo máximo para hacer efectivo el acuerdo de la Junta.

UNA SENCILLA CEREMONIA

El día 1 de octubre de 1936 los miembros de la Junta se habían dado cita en el Salón del Trono de la Capitanía General. Franco llegó junto con el general Mola. El hombre que momentos después sería investido en el puesto supremo de Generalísimo de los Ejércitos y Jefe del nuevo Estado español ocupó el sitio de honor en el Salón del Trono. El general Cabanellas se adelantó y pronunció las siguientes palabras:

«Señor Jefe del Gobierno del Estado español: En nombre de la Junta de Defensa Nacional os entrego los poderes absolutos del Estado. Estos poderes van a V. El.



Franco, ya nombrado Generalísimo, aparece a la salida del barracón instalado en el aeródromo de San Fernando, en Salamanca, en 1936. En primer plano, el general Orgaz; detrás del Caudillo aparece el general Kindelán



Después de su exaltación a la Jefatura del Estado, el Caudillo aparece acompañado por los generales que constituían la Junta de Defensa Nacional

soldado de corazón españolísimo, con la seguridad de que cumplo, al transmitirlos, el deseo fervoroso del auténtico pueblo español. ¡Viva España! ¡Viva España! ¡Viva el Jefe del Estado español!»

El general Franco contestó: «Mi general; señores generales y jefes de la Junta: Podéis estar orgullosos; recibisteis una España rota y me entregáis una España unida en un ideal unánime y grandioso. La victoria está a nuestro lado.

«Ponéis en mis manos a España, y yo os aseguro que mi pulso no temblará, que mi mano estará siempre firme. Llevaré a la Patria a lo más alto o moriré en mi empeño. Quiero vuestra colaboración. La Junta de Defensa Nacional seguirá a mi lado. ¡Viva España! ¡Viva España! ¡Viva España!»

Inmediatamente, el periodista don Juan Pujol presentó al nuevo Jefe de Estado a todos los representantes de la Prensa nacional y extranjera. Esta fue la ceremonia, el sencillo e impresionante protocolo del momento cúlmine en que España marcaba su nuevo destino en la Historia.

En el balcón de la Capitanía Franco fue presentado a los burgaleses como Generalísimo de los ejércitos y Jefe del Estado. La noticia había volado por la ciudad como la pólvora. Millares de personas llenaron la gran plaza para aclamar por vez primera a su Caudillo. Franco pronunció las siguientes palabras, las primeras como Jefe de Estado:

«Españoles! Sois el corazón de España, la bendita tierra de hidalgos que los rojos querían destruir, inspirados sin duda por gentes extrañas, ya que no es posible suponer tanta maldad en un corazón español.

Nosotros venimos para ser del pueblo; venimos para los humildes, para la clase media, no para los capitalistas. Nuestra obra exige el sacrificio de todos, principalmente de los que tienen más en beneficio de los que no tienen nada. Tendremos vivo empeño que no haya un hogar sin lumbre, en que no haya un hogar sin pan; llevaremos a buen término la santa obra de una reforma social impuesta con cariño, exigiendo a todos el cumplimiento de sus deberes.

Nuestro gesto es de defensa de la civilización mundial. De todos nosotros depende la resurrección gloriosa del gran imperio español, y para ello tendremos fijos los ojos y sentimientos en nuestra fe secular. ¡Viva España!»

Por la noche, desde Radio Castilla, el Caudillo volvió a dirigirse a todos los españoles. El entusiasmo con que fue acogida la noticia en toda España fue inenarrable. En las trincheras, el nombre de Franco era va la sola razón del triunfo. En las cárceles y hogares, aterrorizados por el comunismo, el Caudillo se anunciaba como la gran esperanza de redención.

He aquí cómo el ilustre escritor y periodista don Manuel Aznar recogió sus impresiones directas de aquellos días históricos.

«No conocía límites la confianza de los nacionales, militares o no, en la personalidad de Franco. Pronunciar su nombre era tanto como lanzar a la opinión resonancias de victoria segura.

En él se da esa rara mezcla de energía indomable y de flexibilidad humana, de audacia juvenil y de reflexiva prudencia, de realismo profundo y de lírico patriotismo, de objetividad exacta y de impenetrable serenidad,

de técnica estudiosísima y de imaginativa improvisación cuando la hora lo exige; todo, por consiguiente, le calificaba para elevarse hasta el Caudillaje de los españoles

«La unidad de mando, tan esencial a los fines de la guerra, quedaba lograda frente a la diversidad de influencias, decisiones y pareceres que hacían de la España roja un campo de discordias y de envenenadas polémicas. Todo, desde las operaciones militares hasta la economía agraria, desde la política internacional hasta el orden público, desde la fabricación de los cartuchos y la explotación de las minas hasta la política del Tesoro y de la moneda, era sometido a un mismo puño fuerte, a una voluntad a una autoridad sola, a una espada. No hay exageración en decir que el nombramiento del general Franco como Caudillo de los españoles fue la batalla mejor ganada y la más decisiva de cuantas se libraron en nuestro país.»

Un severo monolito con una inscripción y una ermita se alzan hoy en lo que fue aeródromo de San Fernando, en tierras de Salamanca. «Aquí fue designado Generalísimo de los Ejércitos y Jefe del Estado el excelentísimo señor don Francisco Franco Bahamonde. 1-10-1936», reza la piedra.

La Providencia así lo dispuso para grandeza y salvación de España.

SIMBOLO DE CONTINUIDAD Y GARANTIA DE FUTURO

“SON estos, españoles, momentos cumbres en la historia nacional. Ponéis la Patria en mis manos. Mi brazo será firme, mi pulso no temblará y yo procuraré alzar a España al puesto que le corresponde en la Historia.»

Con estas palabras, pronunciadas hace exactamente veinticinco años, asumió Francisco Franco la gigantesca responsabilidad de cambiar el rumbo de la Historia de España. Con estas palabras, también, se hizo a la Nación una promesa solemne, y la promesa ha sido fielmente cumplida. Se vertebró la Patria, un Estado nuevo estableció auténticas bases de convivencia nacional, y a impulsos del Régimen instaurado, España saltó, por fin, de su letargo de siglos.

Trágica, difícil, sobrehumana tarea la emprendida por aquel hombre de cuarenta y tres años, cuyo prestigio y dotes excepcionales hicieron polarizar en torno suyo las esperanzas de todo un pueblo desengañado, en trance de colectivo suicidio histórico. En primer lugar, con apremios de vida o muerte para la comunidad nacional, mostraba su ceño sangriento la guerra fratricida que nos había impuesto el comunismo alentado desde más allá de nuestras fronteras. Pero igualmente importaba discernir desde los primeros instantes las causas reales, profundas, de los males de la Patria, que, después de conducirnos a una situación de desprecio en el concierto mundial, había llegado a producir, incluso, la propia quiebra del Estado. El problema de España, atisbado ya en tiempos de Gracián y motivo de controversia para los pensadores de posterior época, en el año 1936 hizo crujir la misma entraña nacional. España no era ya tema polémico, sino cuerpo desplomado, exhausto y exauido bajo el aliento de los cuervos, que se impacientan y arremeten contra su presa.

Primero fue la guerra. Franco galvanizó a la Nación, halló y dió vida a los resortes más nobles de este pueblo, dirigió la batalla de tres años contra la anti-España y pulverizó todas las fuerzas que, sobre nuestro solar y procedentes de los más tenebrosos rincones del globo, se dieron cita para intentar el cumplimiento de la profecía de Lenin: España, segundo país comunista del globo.

El Caudillo de la victoria no descansó. No podía descansar ni embriagarse al calor de la fama y de la gloria porque comprendió —y con él todo el país— que la guerra no había sido sino un colapso expositor de la grave enfermedad de la Patria. Su clarividencia política fue virtud ante la cual habían de palidecer incluso sus méritos castrenses. Y así, durante veinticinco años, gracias a él, España está alumbrando nuevos horizontes al Derecho Político. Había que hacerlo y se hizo: una etapa fundacional se abría para la Nación española. El fracaso universal de los postulados liberales, con su cohorte de puras excrecencias que durante decenios encandiló a las masas —partidos políticos, sufragio inorgánico, declaraciones petulantemente de derechos—, inducía a la elaboración de una doctrina, a la instauración de un régimen de nuevo cuño, a la creación de instituciones idóneas, acordes tanto con el aire de los tiempos como con las profundas verdades del espíritu. Las esencias tradicionales de España, y de sus hombres, lo permanente, se conjugó con las exigencias de nuestra hora, y paso a paso, con flexibilidad y perseverancia, con habilidad y tesón, con valor sereno ante la adversidad y con prudencia suma frente al éxito, Franco guía los destinos de la Patria desde hace un cuarto de siglo, bajo triple lema de Unidad, Continuidad y Justicia.

La paz de 1939 significó únicamente el primer pilar del edificio que era necesario construir. Con aquella paz llegó el orden mínimo de convivencia que necesita toda sociedad para subsistir, y el maltruchado organismo nacional quedó liberado de los gérmenes malignos que lo corroían. Una contienda internacional de proporciones inéditas vino enton-

ces a amenazar el éxito del nuevo Régimen durante la convalecencia española. El mundo se enzarzó en la más vasta, destructiva y estúpida de las guerras conocidas por la Humanidad, con la particularidad, además, de que su falso planteamiento habría de producir irreparables daños para el destino de toda la comunidad de los pueblos occidentales y cristianos. En medio de una confusión tan gigantesca, frente a la inconcebible alianza de Occidente con el comunismo, España no solamente consiguió quedar al margen de la carnicería y fue restañando lentamente sus propias heridas, sino que por boca de Franco lanzó al mundo en las coyunturas más propicias las únicas verdades y los únicos juicios ciertos que un acontecer absurdo demandaba. La lucidez mental del Caudillo, la clarividencia de su pensamiento ante el sesgo de los sucesos mundiales, su fina percepción de la trascendencia que para el porvenir entrañaban ciertas aptitudes, es algo que la Historia recogerá y destacará en todo su valor, porque la evolución de los acontecimientos vino a demostrar categóricamente, cual profecía que se cumple, el rigor intelectual de Francisco Franco.

Por encima de innumerables dificultades, incluida la actitud hostil de un mundo ciego y sordo a las advertencias de Franco, España logró recuperar en unos años el atraso secular que en el orden político, como en los estrictamente económico, social y espiritual padecía, víctima de unos sistemas totalmente desvinculados de la razón y del ser nacional. Como dijo el Jefe del Estado en su Mensaje de Fin de Año, había una necesidad imperiosa para España de ser gobernada con acierto, después de siglos de desgobierno, y ese acierto sólo sería concebible a base de estar en posesión «de una doctrina política sobre lo permanente y fundamental... un cuerpo de doctrina que tenga la virtud, como todos los sistemas completos, de darnos la clave con la que operar sin riesgo de errores graves y con las mayores posibilidades de acierto en las cuestiones concretas y circunstanciales. Una doctrina que nos dé resuelto ese conjunto de finalidades esenciales a la política, a la economía, a la técnica administrativa, al Ejército, a los órganos de representación pública. Una doctrina que ha de ser el norte invariable; una doctrina política que al ser vivida se convierta y transforme en un modo de ser con su específico y siempre moral modo de obrar...»

La amenaza de nuestro tiempo, el comunismo impulsor de una conjura internacional contra el mundo cristiano, encontró en España y en su Caudillo un bastión inexpugnable, cuya fortaleza hace meditar lejos de nuestras tierras. Y ello mucho más que por la victoria militar, por la institucionalización de unas normas, de unos principios, emanados de aquella doctrina que abre los cauces más propicios a los anhelos y actividades humanas.

Nuestra anticipación fue genial, porque el Estado instaurado en España por Francisco Franco responde a las exigencias estrictamente nacionales y es plataforma ejemplar que debe mover, y mueve ya, a la consideración y el respeto mundiales. El acto solemne que tuvo por escenario los salones de Capitanía General de Burgos, veinticinco años atrás, fue invitado por los españoles de ambas zonas como paso histórico decisivo, pero su verdadera trascendencia es difícil que pueda ser calibrada todavía, a pesar de la inmensa y visible ejecutoria que encierra en la vida del Caudillo. Esa vida es símbolo de continuidad, de paz fecunda, de armonioso desarrollo de las potencias nacionales, de esperanza en la culminación de un sistema cuya estructura básica está erigida. La vida de Franco es garantía de futuro, y por eso todavía la necesita España; pero Franco es ya también Historia, porque su obra hincó raíces, y por lo ya realizado será imarcescible. Y esa Historia, de España y de Franco, ocupará relevante lugar entre los capítulos de la más vasta historia de la Humanidad.

CAUDILLO Y PUEBLO

Por Tomás BORRAS

A lo largo de un cuarto de siglo de signar el destino de España, un rasgo se define como inmutable: la popularidad de Francisco Franco. No digo popularidad, sino opinión. Es distintivo del Caudillo la sobriedad y el silencio. Se aparta de lo que puede significar actitud petitoria de aplauso o desbordamiento extremo, como cuida su deber, en soledad y recato. Ni congrega masas para encenderlas con soflamas adulatorias, seguidas de la explotación del éxito en comicios o auge partidista, costumbre del siglo IX, ni su trazado y trayectoria, su hacer o sostener, salen de opíparas promesas encandiladoras de ilusiones. Tampoco se prodiga en los centros o acontecimientos que pueden excitar la calidez de las gentes, mitad curiosidad, mitad gratitud. Como de esencia castrense, Franco vive vida interior, se comunica por la acción, no por el programa, con los favorecidos movilizados para el bien común; no es demagogo, sino demófilo, y el amor no busca exhibiciones. En los actos oficiales, que sin excusa debe presidir, aparece sencillo y con su aire de habitualidad, sin darle más importancia al hecho que el cumplimiento de una misión. Y cuando cierra un periodo de lucha y abre el sucesivo con pensamientos que se articulan en normas previas, su oratoria es pura y honesta, habla de amigo, sin tono elevado ni énfasis. Díjese, sobre todo en los arengarios de las aldeas, que se dirige a las gentes, «de hombre a hombre», con parvedad y llaneza castellana, para que se acerquen a su propósito los humildes, desprovisto él, como ellos, de artificialidad y retórica. Por lo que el Pueblo, a nivel de almas, cree en el político que no le ofrece jaulas, pero le conjura a bienestar y avance después, precisamente después de haber inaugurado la obraherramienta de ese bienestar merecido. Y como jamás Franco ha faltado a su promesa de construir, minucioso, el Pueblo sabe que es oro de realidad próxima la afirmación que siempre incide Franco en el ánimo de los oyentes: que hay que hacer la mejora, pues se hace la mejora; y que a cambio de ella no se le pide al Pueblo más que siga mejorando y mejorándose.

Esa endósmosis directa entre el planear de arriba, el construir del equipo que al jefe acompaña y el don en las manos trabajadoras, palpitantes y acabado de entregar, convence sin vocablos entonados, demuestra sin sofismas, tiene peso sustancial y es nuevo objeto de posesión sin disputa. Luego quien lo ideó e hizo salir de la nada administrativa, merece crédito cuando abre horizontes más anchos o estudia ante los escuchas atentos temas que no tienen bulto, de contorno puramente intelectual. Si el que dijo «Regaréis» a los sedientos en secaral, cumple lo que afirma, es lógico suponer que también en el plano internacional, o moral, o de las ideas abstractas se conduzca con integridad severa. Luego resulta que es así, que Franco también se emplea a fondo cuando maneja las grandes teorías, incluso las de tipo universal—recuérdese lo del cerco—, y resulta que acierta; no es de extrañar que el Pueblo se confirme en que quien puede lo mayor, puede lo poco, y que Franco es de fiar en todos los aspectos nacionales. De ahí el entusiasmo con que le ve, le incita con sus vitores, le sigue encoronado.

Es la síntesis Director y Dirigido, Jefe natural y Pueblo. Uno y otro acaban miméticamente compensándose de tal manera, que el Jefe siente los anhelos nacionales directos, los encamina y cumple. Es-

tado y situación española que nadie entiende «por ahí», porque están lejos de la observación de este hecho y cada cual discurre «por ahí» entre las anteojeras de lo rutinario; sin saber tampoco que en España se transcurre históricamente en una vivencia nueva.

Y es curioso que cuanto más alejado está el hombre español de la presencia de Franco, más admira sus hechos y su perfil de estadista. Quizá porque al labrador de risco, al minero, al pescador, a los abandonados de los grandes premios de la suerte, llega sin esperarlo el cuidado que a ninguno abandona. El paso de Franco por las aldeas es memorable para el que lo ve. Envuelto en Pueblo, acompañado, como empapado y llevado en la corriente estremecida, Franco, con su modesta actitud, con su decir de conversar en familia, deja el surco de un hecho favorable: es su demostración de sinceridad sin previa oferta. No se va de esas aldeas que clamaron en desierto político cientos de años; allí queda impresa la huella, el pantano, el instituto laboral, la fábrica, el silo, las casas habitables, la escuela, la iglesia, el huerto familiar. Las aldeas, como las ciudades medias, asimismo vigilado su progreso, se sienten gobernadas según lo realizado en la paz y la autoridad la conciben como adhesión al fautor; saben—¿quién puede engañar el instinto del Pueblo?—que España, como la onda que produce en el agua una piedra, ensancha su expansión cada día con círculo más amplio. La fe se demuestra, por eso la fe arraiga con mayor raíz. Y se da el caso, incomprensible para los listos de «por ahí» maníacos del partidismo y demás—que el Caudillo no precise áreas despobladas a su alrededor, como los que se dicen «por ahí» representantes de la democracia; el Pueblo le guarda porque va en él, en ese Pueblo que por primera vez palpa cómo cuaja en la real realidad la consigna de una España grande.

Otro sumando para el prestigio del Caudillo que justifica su inmarcesible laurel civil, es la rectitud y transparencia de su vida. Como los grandes héroes del honor, si es caudillo «sans peur», también es Caudillo «sans reproche». Lo que cuenta la honestidad de conducta para un pueblo de caballeros, lo sabe el que ha advertido, a lo largo de sus experiencias, cómo se admira, pero se desprecia, al que no sigue la línea recta, y cómo el abatido por el enemigo—caso de Maura, por poner un ejemplo—sigue siendo autoridad moral mayor, por digno, no obstante su extrañamiento. Los valores espirituales, sobre todo los éticos, son en España primordiales.

Ante quien los posee se quita el sombrero incluso el enemigo. Franco es limpio espejo, alto satisface a los educados en la nobleza de ese culto.

Por todo lo cual, dotes y esfuerzo—¡esa ventanilla del Palacio de El Pardo, cuya luz aún está encendida cuando España entera duerme!—, Francisco Franco ni se ha desgastado a los veinticinco años de regir ni dejó extinguir una sola de las llamas de fervor. Saben los españoles que a brasa sigue, que el enemigo acecha para destrucción y venganza, que en España estaba por hacer la revolución transformadora que se está haciendo; y que la paz, el fecundo orden, la lealtad y el trabajo bien trazado y los planos de la España primerísima potencia, están sobre la mesa y se renueva el ser española a paso de carga. Y que todo ello se llama Francisco Franco. Hay «buen vasallo», pues que hay, como pide con dolor el Romancero, «buen señora».

FORMA Y ESTILO DEL CAUDILLAJE

Por Fr. Guillermo FRAILE, O. P.

TAN antiguo como el Derecho Político es el problema de dosificar en justo equilibrio la libertad y la autoridad, armonizando las prerrogativas imprescindibles del Estado con los derechos inalienables de los individuos que integran el cuerpo social.

Apenas queda receta política que no se haya ensayado en el mundo. Pero de ninguna puede decirse que haya logrado todavía el equilibrio apetecido. La fórmula ideal del régimen químicamente equitativo permanece aún en la región de las utopías. Y, desde luego, más que utópico resulta ingenuo empeñarse en aplicar un patrón «standard» de gobierno a pueblos tan diferentes por su raza, por su carácter, por su historia, por sus condiciones de vida y por su grado de desarrollo, como los que se reparten la complicada geografía de nuestro planeta. Regímenes que en unos países han dado resultados excelentes, en otros resultan catastróficos.

Las fórmulas de los regímenes políticos podrán ser más o menos ideales. Pero siempre serán verdad las sensatas palabras de Aristóteles: «La mejor forma de gobierno es aquella en que gobiernan los mejores y la que más eficazmente contribuye al bien de la ciudad.» «Las buenas formas de gobierno son aquellas en que uno (monarquía), unos pocos (aristocracia) o muchos (democracia), administran con la vista puesta en el interés común. Mientras que los Gobiernos con miras a los intereses particulares son viciosos, ya sea una persona, varias o muchas, las que fijan los destinos públicos.» (Pol. III, c. 7-12.)

Un buen violinista puede sacar partido de un violín mediocre. Pero un Stradivarius no sirve para nada en manos de un mal violinista. Lo mismo, un buen estadista puede hacer maravillas, aunque sea con un régimen defectuoso. Pero el mejor régimen ideal será un desastre en manos de un gobernante incapaz. Los milagros políticos resultan fáciles cuando detrás de un gobernante existe un pueblo que aprieta sus hombros para una empresa común. No hace falta citar el ejemplo de un pueblo europeo, que fue grande con el Imperio, con la dictadura nazi, y que ha vuelto a serlo con la República Federal.

El oportunismo en política puede ser un vicio. Pero la oportunidad es una virtud indispensable de todo gobernante. Un buen estadista debe saber usar la regla flexible de plomo de los albañiles lesbios de que habla Aristóteles para ceñir la inmutabilidad de los principios a la realidad maleable de las circunstancias. Por esto insiste Santo Tomás en el carácter racional de la autoridad y de la ley que de ella procede. Si en el hombre la inteligencia es el principio rector de su vida, ese mismo papel es el que, analógicamente, desempeña en el organismo social la razón del gobernante. Ni el individuo puede regirse a su arbitrio por el capricho de su voluntad ni tampoco la sociedad puede estar sujeta a los vaivenes y a las veleidades voluntaristas de la autoridad ni de la masa. La libertad tiene en la filosofía tomista una raíz que la entronca directamente con la inteligencia, a diferencia de otros sistemas que la reducen exclusivamente a la voluntad. La libertad es una tremenda capacidad de elección que debe regirse a su vez por el principio racional y por las reglas del orden moral, pero no una arbitrariedad abierta a los caprichos de una voluntad carente de normas. Por encima de la libertad está el bien que señala la moral, y está también la inteligencia

responsable que debe regularla. Por esto la prudencia, virtud exquisitamente intelectual, es la propia de todo buen gobernante.

Pero cuando, como sucede en nuestros días, la anormalidad se convierte en la situación normal del mundo, nada tiene de extraño que se produzcan situaciones políticas de excepción, en las que resultan ineficaces las fórmulas viejas y estereotipadas. Y cuando, como sucedió en la España de 1936, una nación llega al borde de la disolución del organismo estatal y del hundimiento en el caos, los remedios tienen que ser también excepcionales. Tres cruentísimos años de guerra fueron precisos para vencer las fuerzas disolventes. Pero España tuvo entonces la suerte de encontrar lo que tantas otras ocasiones no había podido conseguir. Un Caudillo que con su espíritu y con su inteligencia, más que con su espada, fue capaz de superar aquella crisis y volver a encauzar la vida nacional.

Así brotó la forma y el estilo del caudillaje, que no es tampoco una cosa nueva en nuestra historia. Situaciones de excepción reclaman remedios excepcionales. Era preciso crear un nuevo Estado desde sus cimientos, organizar de nuevo una nación, galvanizar y encauzar sus energías, devolverle el pulso y la confianza en sí misma, sustituir tantos resortes vitales que habían fallado o resultado ineficaces.

Pero el caudillaje no es una dictadura. La dictadura es una situación transitoria, que surge de la necesidad de volver a los cauces normales después de una época de subversión. En cambio, el caudillaje no es ni transición ni interinidad, sino una situación jurídica perfectamente definida, en que una nación en un trance difícil deposita la plenitud de su confianza en manos de quien sabe ha de poder salvarla.

Puede haber reyes mediocres o presidentes de república anodinos y que, sin embargo, desempeñan perfectamente su papel moderador. Pero el ejercicio del caudillaje es incompatible con la mediocridad. Requiere dotes excelsas en la persona que lo encarna.

Pues bien, cuando los generales de nuestra Cruzada, entre los que brillaban figuras de primera magnitud, pusieron en manos de Franco el timón de la nave española en uno de los momentos más críticos por que ha atravesado en su historia, lo hacían con la plena confianza de que entre todos era el mejor. El que por su juventud, por su prestigio bien ganado, por su preparación militar, su rectitud, su clarividencia política, era en aquellos momentos decisivos el hombre que España necesitaba.

Veinticinco años del ejercicio del caudillaje son la mejor demostración del acierto de aquel acuerdo tomado al aire limpio de una mañana entre encinares salmantinos. Pocas veces habrá tenido gobernante alguno que atravesar por situaciones tan difíciles ni borrascas tan peligrosas. Y, sin embargo, pocas o ninguna, el timón de la nave española ha sabido menos de trepidaciones ni de vacilaciones. Una mano firme y un pulso seguro. Un corazón de temple de acero. Y una mirada clara, clavada en las estrellas que marcan la ruta del porvenir de una Nación.

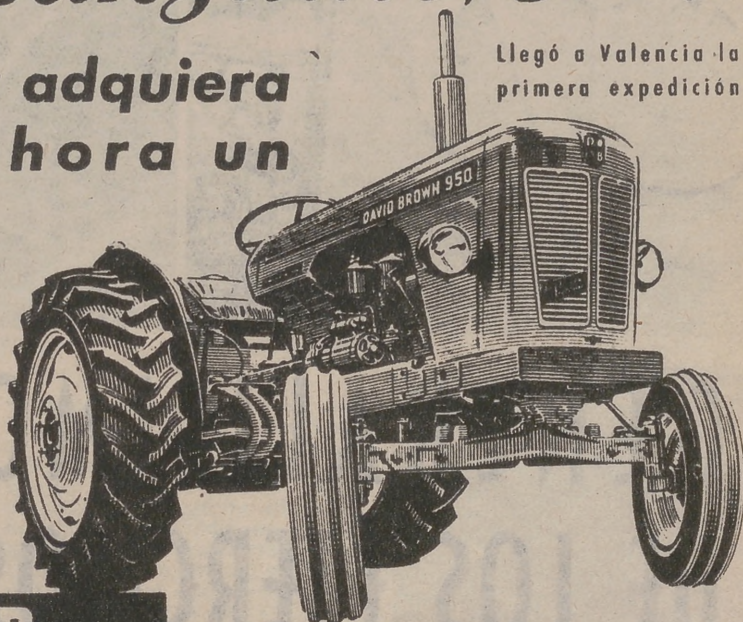
No ha faltado quien haya dicho que también a veces favorecen las circunstancias. Es verdad. Pero es a quien sabe aprovecharlas. En el mar los vientos soplan para todos. Pero unos pilotos se hundirán, mientras que otros navegan y hacen arribar sus naves felizmente a puertos de salvación.

Confíe en

Finanzauto, S.A.

**...y adquiera
ahora un**

Llegó a Valencia la
primera expedición



TRACTOR

DAVID BROWN

«950 Implematic»

Precio: 199.000 Ptas



**Servicio garantizado
abundantes Repuestos legítimos**

...en toda España

VELAZQUEZ, 42

ATOCHA, 62

DOCTOR ESQUERDO, 180

MADRID



GENERALISIMO DE LOS EJERCITOS

La historia militar de Franco es perfectamente conocida de todos los españoles. Es, en realidad, la historia militar de España durante los últimos cuarenta años. Porque, desgraciadamente, gran parte de la Historia nacional ha sido bélica en los últimos tiempos. Franco, soldado ilustre—siendo ello tan meritorio— hizo, sin embargo, algo más que combatir así. Franco, nuestro Gran Capitán, ¡trajo la paz!
No incurriremos por esto en la

mera repetición de datos biográficos bien sabidos de todos. Franco, Generalísimo, tiene perfiles propios que resaltan y le ansazan hasta la plenitud de la gloria militar y que son ellos justamente los que interesan e importa enaltecer y recoger aquí ahora que se cumple el XXV aniversario de su exaltación a la cabeza de nuestros Ejércitos, primero, como Generalísimo, y de la Jefatura del Estado, después como Caudillo que es de España.

Franco ingresa muy joven, apenas casi un niño, en la Academia de Toledo, la cuna de nuestra gloriosa Infantería. Son días de prostración nacional. España acaba de padecer una guerra adversa e injusta y ha perdido, en la desigual aventura, sus tierras de ultramar. Franco, como sus compañeros en el Alcázar toledano, palpa de cerca la desgana nacional. ¡España, se dice, está sin pulso! Todo se antoja pesadumbre, atonía, pesimismo, dolor. Se

Otros aspectos de la vida del Caudillo. A la izquierda, presidiendo el primer desfile de la Victoria, en Madrid, en 1939. En el centro, Franco dirigiendo las operaciones militares en 1938. Sobre estas líneas, el Caudillo presenciar unas maniobras navales de nuestra Flota. Abajo, en el puerto de Vizcaya, a la llegada de las tropas nacionales y estudiando la situación en el frente de Aragón



diría que éramos, más que un país ocasionalmente vencido, un país desahuciado irremediablemente. La política deshonestea e incompetente causante del desastre quiere eludir su culpa. Y la vuelca sobre las fuerzas armadas gloriosas de Cavite, de Santiago y del Caney. Franco, como sus compañeros, busca afanosos la oportunidad de mostrar al país —al mundo, incluso— que el soldado español es el de siempre y que la misión de España está muy lejos de haber declinado definitivamente. Los manejos de la diplomacia internacional brindan la ocasión oportuna al efecto. El pleito de Marruecos es zanjado por las Cancillerías a su manera. España recibe el designio de pacificar un trozo del país: el más duro, el menos próspero, aquel donde la resistencia debería ser mayor. Franco no lo duda. ¡Su primer destino es África! Allí comienza, teniendo simplemente, a distinguirse. Se adivinan en él dotes excepcionales de soldado. Valiente, es herido en Biuc. Soldado de elección, brilla entre sus Regulares, y luego será el brazo derecho de Millán Astray para crear el Tercio. El mandará la primera Bandera. ¡Lucha y escribe! Hace historia y crea una revista militar y política a la vez: la actual «África». Ascende con rapidez impresionante. Se distingue notablemente en todas las campañas de la pacificación. Su visión política del problema se impone en Ben Tieb. Su arrojo y talento táctico, en Alhucemas, en cuyo desembarco juega la carta principal. Antes, Don Alfonso XIII impresionadísimo por una conversación que sostiene con Franco, ordena a Primo de Rivera le escuche y haga como nadie. ¡Nació así precisamente el plan definitivo que debería poner fin a aquella pesadilla que duraba ya dieciséis años! ¡Así nació lo que sería más tarde la brillante y definitiva «Operación Alhucemas»!

Franco es en seguida, naturalmente, general —el general más joven de Europa!—, del que dijera Lyautey, el gran maestro de la colonización, que, con Graziani, era sin duda el caudillo militar más destacado de su tiempo. Franco crea la Academia Militar General de Zaragoza, hasta que la República la destruye. Azaña recela y teme. En su «trituration» implacable persiguió y desplazó a Franco a Canarias, ¡lo más lejos posible de Madrid! Franco, sin embargo, debería ser llamado urgentemente al Estado Mayor Central para poder sofocar la «comunista» asturiana. Franco, incluso, gozaba en la República de un prestigio militar indiscutido. Hidalgo, el ministro de la Guerra del Gobierno Lerroux, dijo de él que era una de las raras personas a las que jamás había visto divagar cuando hablaba.

¡Y vino la guerra! ¡El Glorioso Alzamiento Nacional! Franco lo dirigió y capitaneó desde el primer momento. Aunque sea justo advertir que más de una vez exigió de los políticos antes la rectificación precisa en el camino seguido por la República, cuyo final —señaló— no podía ser otro que el caos y el comunismo. Franco lo advirtió así. Y aún añadió, sin embargo: «Donde yo

esté, no obstante, no habrá comunismo.» Y no lo hubo, como es bien sabido, y vamos a recordarlo.

Franco trae a España el Ejército de África, el único que ha escapado a la «trituration» azafista. Le hace pasar el Estrecho merced al «primer puente aéreo» que existiera jamás, y luego, gracias a una audaz operación naval, en la que se impuso a la Flota roja, presente en aguas de Gibraltar, a través de un poderoso acorazado y algunos destructores, empleando un cañonero, un pesquero armado, dos remolcadores y un pequeño barco correo. Y en seguida, en flecha, hasta Madrid... ¡Con 30.000 hombres —dijo un político francés, Paul Reynaud— Franco conquistó media España Y era verdad. Franco retoca los frentes iniciales, hijo de las circunstancias, y mantiene tenso el espíritu nacional; en la sierra, en Aragón, en Simancas, en Oviedo, en Santa María de la Cabeza y en el Alcázar. Algunas de estas heroicas guarniciones incluso son salvadas por él.

¡Y llega el momento esperado! ¡29 de septiembre de 1936! Han pasado ya setenta días de lucha. Franco se ha venido comportando cual lo que era: como el jefe nato de aquel Movimiento salvador. Ese día, en Nuñodono, término de Matilla de Campos, en la campaña salmantina, se han reunido los más ilustres generales del Ejército en armas: Cabanellas, que preside la llamada Junta de Burgos; Kindelán, Mola, Queipo de Llano, Orgaz, Gil Yuste, Salliquet y Dávila y los coroneles de Estado Mayor Moreno Calderón y Montaner. El acuerdo surge rápido y unánime. ¡Franco es proclamado —diríamos más exactamente confirmado— Caudillo militar del Movimiento! Franco fue así exaltado ese día Generalísimo de los Ejércitos españoles. Tal fue, en síntesis, la significación de aquella Jornada providencial. ¡España nacional ganaba en realidad la guerra entonces!...

UNA MISION, UNA ACCION, UN MANDO

¡Franco, Generalísimo! Dos días, sin embargo, más tarde, en el Salón del Trono de la Capitanía General burgalesa, la Junta de Defensa Nacional, en funciones de Gobierno desde el comienzo de la lucha, ponía a su vez en manos del Generalísimo Franco los designios de España! ¡Todo el poder para él! Una misión, una acción, un mando. Era lógico y juicioso.

Todos a una reconocían en Franco, soldados y civiles, la figura señera y gloriosa capaz de dirigir la nave del Estado —de un Estado que apenas era a la fecha un simple embrión!— a través de la procelosa navegación que se iniciaba. En Nuñodono los generales, sin distinción de rango ni antigüedad, habían elegido para mandarles a Franco, apenas el número veintitrés en el escalafón de «divisionarios» de la época. Esta vez todos a una, el pueblo en masa, los de arriba y los de abajo, se habían sumado al empeño de unificar nuestro país, de darle un mando, por cuanto había un designio. Franco pasó así, apenas en cuarenta y ocho horas, de Ge-

neralísimo a Jefe del Estado; de Caudillo Militar a Caudillo de España. Pero, naturalmente, al margen de la tarea de construir el nuevo Estado, partiendo de la nada, quedaba siempre el ingente empeño de ganar una guerra partiendo igualmente desde cero. Cuando el Alzamiento se inició, en la fecha gloriosa de aquel 18 de Julio de 1936, el Ejército español estaba «trituration» de antemano. En cambio, las milicias societarias habían fraguado una organización imponente. Sus fuerzas de «asalto» sumaban 150.000 milicianos; las de «resistencia», cien mil, y las «sindicales», aproximadamente, 200.000. No faltaban armas tampoco; pero para que no se careciera de ellas, Méjico y León Blum proveyeron de ellas desde el primer instante, sin olvidar a Rusia, que sólo en los cinco meses últimos del año citado envió a la España roja más de cien mil fusiles, trescientos millones de cartuchos, quince mil ametralladoras, trescientos aviones de bombardeo, doscientos cañones de campaña y setenta y cinco anti-aéreos.

El talento organizador de Franco se impuso en seguida. La Historia señala siempre en las grandes etapas militares el precedente de excelentes organizadores, que hicieron, con su previsión, posibles estos éxitos posteriores. Fueron los padres de Alejandro y de Federico II los que crearon los ejércitos que darían luego fama de grandes capitanes, justamente, a sus hijos. Carnot intervino no poco en preparar los éxitos que luego tendría Napoleón. La «trituration», al revés, había dejado acéfalo al Ejército nacional. Sus 21.000 oficiales habían quedado reducidos a 8.000. ¡Parecían demasados! Rusia tiene hoy más de 500.000 oficiales en filas, y entre cuadros de uno y otro grado los mandos representan, al menos, el setenta y cinco por ciento del total de sus colosales efectivos en armas.

Franco, sin «cuadros», lo primero que debió hacer para levantar un Ejército fue preparar sus mandos. Las Academias de capitanes, tenientes, alféreces y sargentos provisionales proporcionaron cuarenta mil hombres bien dispuestos, decididos, incondicionales y valientes si hay. Las armas las proporcionarían, a su vez, en los propios rojos, abandonándolas en sus repliegues; las capturas de naves enemigas en el mar, las compras en el exterior y, sobre todo, la movilización sistemática nacional de la industria. ¡Ya hubo Ejército! El Ejército, que pasó de aquellos 30.000 soldados desperdigados y mal equipados de los días azarosos de julio de 1936 al millón de combatientes bien armados, encuadrados en cincuenta divisiones y tres Ejércitos de final de la guerra. ¡Al frente de ellos, Franco, el Generalísimo Franco, el Caudillo Invictos!

REFLEXIVO SIEMPRE Y AUDAZ CUANDO CON- VIENE

Franco Generalísimo acusa perfectamente los rasgos más característicos de su enorme personalidad; de su saber hacer; de su intuición exacta y oportuna y de



El Caudillo presencia el desarrollo de las operaciones del frente de Cataluña en 1939. Poco después llegaría la Victoria

su singular espíritu reflexivo siempre.

A ratos es audaz. Pero jamás, temerario. Es audaz cuando conviene que puede serlo y calcula que ganará por sorpresa. Como en el paso del Estrecho. Como en el «raid» impresionante, y casi diríamos legendario, que le lleva desde Algeciras, por Sevilla, Badajoz, Toledo, a Madrid, apenas en dos meses.

Pero Franco es también, y sobre todo, la reflexión. El General que no da la batalla que pudiera perder. El genio cauto que gana baza tras baza sin aventurar nada, prudente, seguro, aplomado, metódico. El General que no arriesga más de lo debido a la veleidad o al capricho de la suerte. El que vela por sus hombres. El avaro de su éxito. Agamenón decía que la primera virtud del estratega era, precisamente, ésta. Y es verdad: la de vigilar por el bienestar de sus soldados. El contraste es aquí también manifiesto con cuanto pasaba en el campo rojo, en donde los «mandamás» improvisados, cuando no los «expertos» soviéticos, que tomaban a España como campo experimental, hacían estrellarse y perecer a masas ingentes, muchedumbres alucinadas, contra los muros del Alcázar; las trincheras de Oviedo; la crestería de Guadarrama o en las estepas aragonesas, puestas bajo el fuego de las ametralladoras. No más lejos que en Belchite, Stalin hizo emplear unos aceros y un cemento «garantidos» por sus técnicos contra cualquier enemigo. ¡De nada valieron frente a Franco! El comunista italiano Marcucci hubo de ser sacrificado para sancionar el fracaso. ¡Porque Rusia, «La Casa»—como la llamaban vilmente sus incondicionales en España—, no podía, naturalmente, fracasar nunca!

EL NORTE, PRIMERA GRAN BATALLA ESTRATEGICA

A lo largo de la guerra española hay pruebas más que concluyentes de esta dirección sabia, justa y soberbia de la batalla. Estratega, Generalísimo, Caudillo Militar es, sobre todo, «el que dirige»; el que «conduce» la guerra. Un General en Jefe es antes que nada un «conductor de la guerra». Si no es esto no es nada. De no ser así será tan sólo un coleccionista de derrotas; un fracasado, inepto; un enterrador al por mayor; un hombre catastrófico, organizador de hecatombes.

La primera gran batalla estratégica de la guerra de Liberación fue la del Norte. Franco vio esto muy claro. Y la planteó. No le inmutó el lujo de medios puestos en liza, ni el «Cinturón de Hierro», ni el bloqueo de los buques ingleses en las aguas cantábricas. Franco, como César, llegó, vio y venció. El saldo bélico de aquella campaña de Bilbao, prolongada por la de Santander, fue de 80.000 bajas rojas. En Asturias, al fin, se liquidó el frente septentrional de España. A decir verdad, la guerra estaba ya ganada, aunque luego debiera prolongarse más. A Rusia le interesaba, y para eso estaba su «Ejército de Exportación», las «Internacionales», que durante la guerra filiarían, al menos, unos 125.000 forajidos procedentes de todos los países del mundo, alistados bajo los emblemas de la hoz y del martillo, pagados, eso sí, con dinero español, pero fieles y obedientes al Estado Mayor soviético.

En torno de Madrid, Franco tomó dos veces sucesivas una idéntica determinación. La primera fue en noviembre de 1936, cuando las vanguardias de Africa llegaban a las puertas de la capital para instalarse en las orillas del Manzanares, Casa de Campo y Hospi-

tal Clínico, que jamás luego abandonarían ya. Los lugartenientes de Franco, expertos, aguerridos y curtidos de lides de guerra, habrían querido asaltar Madrid. Hubiera sido, suponían, el final de la guerra. Franco impuso prudencia. Juzgaba el plan sencillamente temerario. Las vanguardias llegadas a Madrid, con Varela, Asensio, Castejón, Yagüe, Barrón, sumaban apenas ¡unos pocos centenares de hombres! La larga ruta desde Marruecos había exigido un jalonamiento de guarniciones que, aunque mínimo, tenía, naturalmente, también sus exigencias. Franco puso cautela. Madrid no estaba ya guarnecido tan sólo por «milicianos», los milicianos engañados o forzados que habían sido sucesivamente arrollados en Badajoz, Guadalupe, Talavera, Toledo y Griñón. En Madrid estaban ya los «internacionales», formando las primeras brigadas y dotados de abundante material de aviación, ligero y carros, como proclamaba a gritos Largo Caballero, el «Lenin español», en sus soflamas públicas aquellos mismos días. Introducir un Ejército de Selección, pero pequeño, sin reservas, en la aventura de una lucha empeñada, callejera, habría sido demasiado arriesgado. Jamás habría cabido imaginar, en efecto, peor empleo para unas tropas como aquéllas, escogidas y sin reservas en el instante. «El buen soldado debe estar dispuesto para combatir siempre. El buen mando, cuando convenga», había dicho nuestro duque de Alba.

La otra voz de prudencia la repitió Franco un año después, también cuando para contener el alud arrollador de la ofensiva nacional en el Norte intentaron los rojos —o, por mejor decir, los dirigentes rusos y el Estado Mayor de Moscú, como está bien probado— la ambiciosa Operación de Brunete. La batalla en la que lucharía...

encarnizadamente en total, entre ambos bandos, 100.000 hombres armados con medio-millar de cañones y 250 aviones, la mayor parte rojos. La ofensiva de Brunete nació muerta. Los «éxitos» que inicialmente pretendían apuntarse los rojos—bien lo explica Azaña en sus «Memorias»—eran absolutamente ilusorios y falsos. El Ejército del Centro marxista recibió así una durísima derrota que les destrozó. Los fugitivos llegaron en número considerable huyendo hasta Madrid. Tal debería ser la ocasión presentada al Caudillo para recuperar otra vez definitivamente Madrid. Sin embargo, el Generalísimo vio perfectamente que lo oportuno no era alterar su plan en una diversión impremeditada y de resultados imprecisos, sino el asegurar y confirmar la gran victoria del Norte, que ya tenía en la mano. Justamente lo que debió pasar. ¡Afortunadamente! Franco acertaba otra vez. Todos debieron comprenderlo luego...

TERUEL Y EL EBRO, DOS MODELOS DE CONCEPCIÓN Y EJECUCIÓN

Con Brunete los rojos sufrirían un descalabro colosal también en Aragón, en otra operación de diversión de intenciones análogas, donde 80.000 hombres, 40 baterías, 100 carros y el apoyo de 200 aparatos no sirvió, definitivamente, para atenuar el éxito de Franco.

Rusia, empeñada en prolongar la guerra, mandaba cada vez más indeseables a luchar bajo la dirección de los más fieles comunistas del mundo entero: los Thorez, Marthy, Togliatti, Ravines, Tito, Grotwald, Luigi Longo... Sin cesar, la aportación de armas continuaba. La lucha se había endurecido así, singularmente desde los primeros momentos de la ágil «guerrilla» inicial. Franco planea ahora la segunda parte de su plan estratégico mediante la realización de operaciones muy bien concebidas, singularmente metódicas, minuciosamente planeadas y con toda escrupulosidad ejecutadas luego. ¡La guerra se hacía ahora metódica! ¡Y el método era el arma decisiva del Generalísimo! Estas batallas fueran esencialmente dos: Teruel y el Ebro; dos modelos de concepción y ejecución tácticas perfectas y de grandes vuelos. Dos nuevos «Verdunes», con nuevo material, con medios nuevos y con procedimientos nuevos también, del mismo modo.

Teruel fue la batalla que duró sesenta y siete días, en la que fueron hechos a los rojos 16.298 prisioneros y se les cogieron 9.733 cadáveres. La batalla en la que probablemente los marxistas sufrieron, quizá, 75.000 bajas en total; en la que se les tomaron 1.204 armas automáticas y se les derribaron 105 aparatos. La batalla que permitió iniciar la ruta de Valencia y, sobre todo, la explotación del éxito a través de Aragón.

¡El Ebro fue la obra cumbre de la historia militar de la campaña! La batalla sefiera más grandiosa de toda ella, la decisiva, porque terminaría, tal como Franco imaginara, aniquilando el ejército rojo, hasta consumirlo totalmente. El Ebro fue una batalla de «des-

gaste», de material, de «usura» como habrían dicho los franceses de la primera gran guerra. La batalla que duró ciento dieciséis días, en la que se reconocieron, a los rojos, 19.563 prisioneros y 13.375 muertos y se les causaron, posiblemente, 80.000 bajas en total. La batalla en la que se derribaron al adversario 336 aviones y se les tomaron 394 armas automáticas.

Una batalla larga, poco «espectacular» para el gran público exigente en esfuerzos, y penosa de sí, naturalmente, no siempre era bien comprendida por las gentes. Y, sin embargo, la victoria estaba allí, en Caballs, en la orilla del Ebro; en los llanos de Gandesa; junto a Tortosa. Era preciso ser ciego para no verlo. Franco lo explicaba bien: «Me dan ganas—venía a decir alguna vez—de dejar que penetre el enemigo en nuestro dispositivo, porque cuanto más penetre, mayor será su desastre, el copo y nuestro triunfo.»

¡Y el Ebro fue esto! La página final de la historia activa de la guerra. Luego, ¡Cataluña caería cual fruta madura! ¡Y Madrid se derrumbaría como Jericó, tan pronto las trompetas sonaron al ataque! ¡Franco había vencido! El Ejército rojo, aniquilado y cautivo—como dijera el parte—había dejado de existir.

Cuando un jefe del Estado Mayor se acercó a Franco en el gran Cuartel General de Burgos, jubiloso, a anunciarle la nueva, Franco, que trabajaba—¡cómo no!—en su despacho, le escuchó impasible y le contestó sin inmutarse: «¡Muchas gracias! Está bien.» Y siguió trabajando...

EL SOLDADO PERFECTO

Franco, Generalísimo, es todo eso. El soldado perfecto. El Capitán arrojado de la vanguardia en Alhucemas. Audaz en el Estrecho, frente a una escuadra enemiga que domina el paso. Rauda en sus éxitos de Málaga o Santander, con estilo de operaciones del mejor sello de las más bellas de Bonaparte. Prudente ante Madrid, que quiere conquistar como conquista. ¡Sin daños, sin bajas, sin ruinas, sin disparar un tiro! Calculador, metódico, seguro siempre, en Brunete, en Aragón, en Teruel o en el Ebro. Sabe que no debe dar un paso en falso. ¡Y no lo da! Que no puede ni debe malgastar el esfuerzo. ¡Jamás sacrificará un hombre porque sí! ¡Ama demasiado a sus soldados! Conviene con ellos. Los siente, como siempre, junto a sí desde los días en que escribiera el «Diario de una Bandera». Por ello Franco, Generalísimo de España, es algo más que un General, que un excelso soldado: es un Capitán invicto, lo que ni siquiera pudo serlo el gran Napoleón.

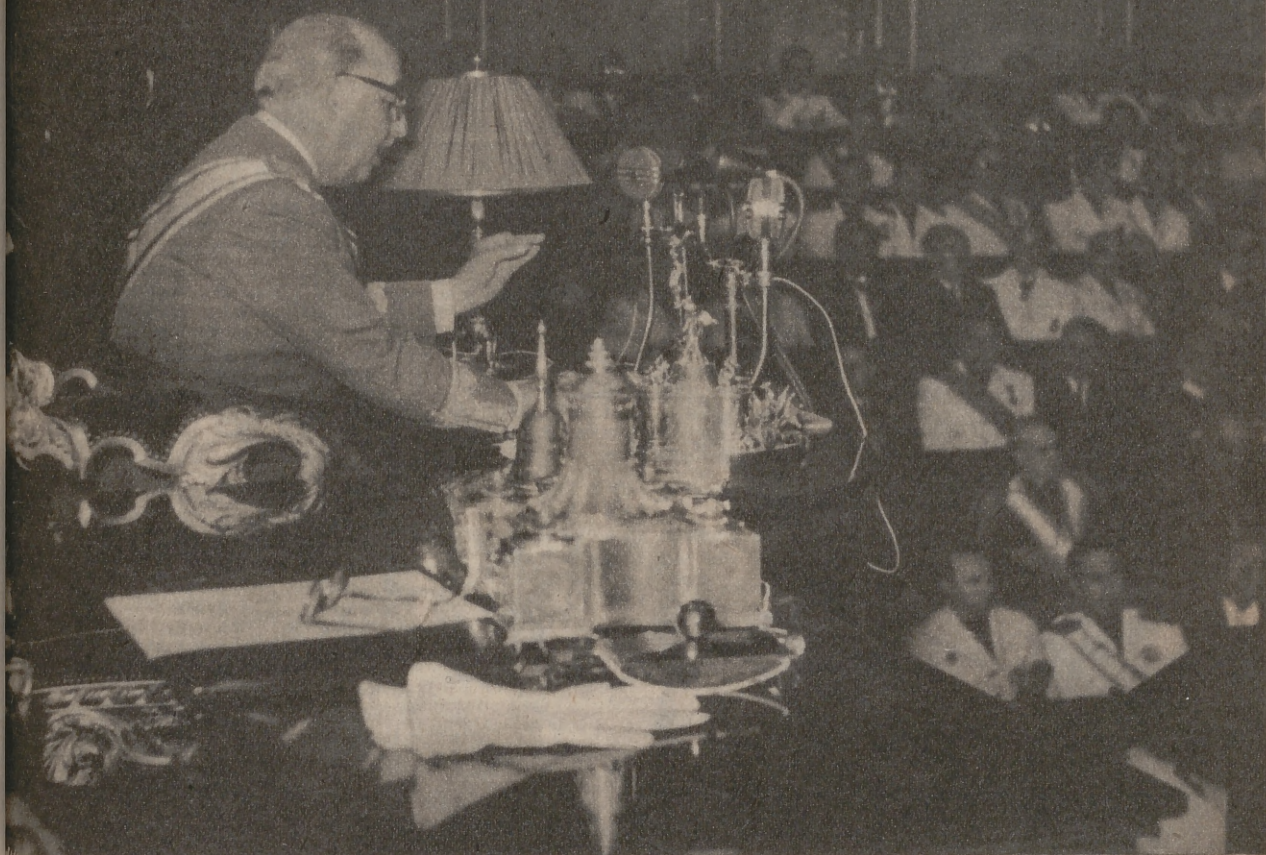
FRANCO, GENERALÍSIMO EN LA PAZ

Franco, Generalísimo Invicto en la guerra, ha seguido siendo—para fortuna nuestra, naturalmente—Generalísimo de la paz. No sólo porque nuestras leyes básicas así lo han requerido, sino también porque Franco ha seguido montando la guardia de la Patria en las horas que siguieron a nuestra guerra de Liberación. ¡Horas tur-

bulentas las más, y preñadas cada vez de más peligros! Al acabar aquélla se encendió, en mal hora, la segunda conflagración universal. Franco, Generalísimo ya ahora de la paz, intentó evitar entonces la gran catástrofe. Pero esta llamada ésta, su empeño fue el de evitar aquélla para España, que acaba de salir desangrada de su guerra interior. No fue fácil. Pero Franco, Generalísimo de la paz, venció en la prueba frente a las presiones de unos y de otros; contra los riesgos que amenazaban en sus fronteras mismas, la del Norte y la del Sur. Cuando Roosevelt escribía a nuestro Caudillo aquella carta que encabezaba un cariñoso «Mi querido General Franco»... Franco, en efecto, Generalísimo de la paz, venció entonces en la prueba, y España pudo mantenerse al margen de una guerra que debería antojarsele luego, más tarde, al propio Churchill total y absolutamente estúpida e inútil. Franco, Generalísimo de la paz, debería vencer aún en la conjura de las «Internaciones» que siguió a la guerra contra España, cuando la retirada de los embajadores y cuando «amenazábamos la paz». Franco, Generalísimo de la paz, hizo aún más. Vigiló firme y rechazó alguna que otra infiltración armada, cobijada torpemente del lado de allá de la frontera y convirtió el ambiente enojoso en ambiente amistoso; al firmarse, por ejemplo, el Pacto de Ayuda Mutua Hispanoamericana que, complementando el Pacto Ibérico, permitió pronto integrar la amistad hispano-lusa y la de España con el país más poderoso de la tierra en el marco de la defensa occidental. Lo que vino luego es bien sabido. España está unida con Occidente y hasta mantiene con él una creciente actividad mercantil. Los países más ricos de la tierra se interesan cada vez más por nuestra Bolsa y por nuestra economía. Mientras que en cierta publicación militar americana, de carácter oficial, puede leerse no más lejos que en uno de sus últimos números cómo «España es el mejor amigo de los Estados Unidos», cómo España mantiene un Ejército perfectamente armado y equipado de veinte Divisiones, listo rápidamente para constituir una fuerza de inmenso valor en la balanza de las competiciones internacionales; cómo el soldado español es el mejor del mundo y cómo el bastión ibérico, con el apoyo de la libre América, es también un reducto de inexpugnable valor «disuasorio», invulnerable y fortísimo en el lugar más vital del mapa estratégico occidental.

Franco, Generalísimo de la guerra, ganó aquella definitivamente. Franco, Generalísimo de la paz, ha levantado a España, la ha fortalecido y la ha unido con lazos de estrecha y profunda amistad con el país fraterno y vecino; con la poderosa América y con los pueblos hermanos, afines, libres, creyentes y anticomunistas del mundo entero. ¡Tales han sido las victorias de Franco! ¡Del Generalísimo español Invicto siempre!

HISPANUS



ARTIFICE DE UN NUEVO ORDEN POLITICO

ENTRE los múltiples aspectos que configuran el contorno luminoso del caudillaje de Francisco Franco en estos difíciles veinticinco años de la última Historia de España, hay uno cuya trascendencia política le confiere categoría de excepcional. Porque si la línea de recuperación nacional emprendida y llevada magistralmente hasta las alturas por el Caudillo, si la inmensa labor desarrollada para el fortalecimiento de nuestra economía y el incremento de la producción, incluso si la acertada política exterior que ha devuelto a España el prestigio internacional y la consideración que habíamos perdido no hubieran ido acompañadas de una incesante labor de institucionalización de la vida española, de creación de estructuras adecuadas para estabilizar nuestra convivencia, la obra realizada hubiera quedado a merced de todos los posibilismos y falta de consistencia. Pero afortunadamente para nosotros, ha sido siempre preocupación fundamental del Caudillo y del Régimen por él acaudillado la creación de unas instituciones válidas para que la vida española discorra por los originales cauces instaurados en España por el Movimiento Nacional. Esta labor de institucionaliza-

ción llevada a cabo con maestría por Franco presenta características propias, hasta el punto de resultar aleccionadoramente originales en el actual planteamiento del mundo. Especialmente para los que hemos incidido en la vida española sin haber hecho antesala en las trincheras, para los que la cronología de la paz instaurada por Francisco Franco se corresponde con nuestra propia cronología, tiene la labor institucionalizadora del Régimen un especial mérito al haber podido comprobar cómo en circunstancias sumamente difíciles se han instaurado en España unos instrumentos de convivencia igualmente alejados del totalitarismo comunista que de la estúpida simpleza democrática. Estamos justamente en una línea nueva, a la que necesariamente ha de mirar el mundo cuando hagan crisis final los dos sistemas que actualmente parecen monopolizar las posibilidades políticas del mundo. El experimento español, que ya dejó de serlo para convertirse en esplendorosa realidad, es exactamente una reserva política del mundo cristiano. Esto es ya, por sí sólo, un gran mérito.

DOS FORMAS DE ENTENDER LA VIDA

Si se analizan los orígenes del

Movimiento Nacional salta a la vista un primer hecho. Y es que el Movimiento en ningún modo advino a España con la simple intención de derrocar un régimen y sustituirlo por otro, dejando poco más o menos las cosas como estaban. No se trataba de efectuar un relevo, ni de sustituir unas personas a unos formas de Gobierno por otras. El Movimiento Nacional buscaba simplemente la creación de un nuevo Estado que fuera un instrumento eficaz al servicio de la Patria. Un Estado —se decía en los documentos fundacionales— al servicio de una España fuerte; un Estado fuerte, a su vez, capaz de afirmar el destino patrio y de proporcionar a los españoles una vida mucho más humana y justa.

Este propósito renovador, fecundamente revolucionario, suponía nada menos que dar un giro de ciento ochenta grados al rumbo de la Patria. Suponía desmontar un sistema que inevitablemente iba a enfilarnos en el abismo y adelantarse a otra revolución de signo negativo que estaba al acecho y que incluso estaba siendo preparada por los mismos hombres que, paradójicamente, tenían encomendada la salvaguardia de los intereses nacionales. Por eso

fue necesario el Alzamiento, como única posibilidad de defensa frente a una catástrofe inevitable. Tras el Alzamiento se planteó la necesidad de la guerra inevitable también por la resistencia efectuada por las fuerzas de la subversión, cuyas concomitancias internacionales convirtieron a España en campo de batalla durante tres años. Esta resistencia puede incluso demostrarse históricamente, atendiendo al insistente empeño del Frente Popular por internacionalizar nuestra contienda y adelantar a toda costa la gran conflagración mundial de 1939. Y es que en España no se ventilaba tan sólo un cambio de Gobierno, sino que estaban en lucha dos formas diametralmente opuestas de entender la vida: una forma cristiana y una forma anticristiana de la existencia.

Precisamente la figura de Franco adquiere mayores proporciones al comprobar que no sólo fue el iniciador, junto con el Ejército y con el pueblo español, del Movimiento Nacional, sino que ese mis-

mo Ejército y ese mismo pueblo le eligieron, con una clarividencia histórica especial, para la difícil misión de llevar adelante los propósitos revolucionarios del Movimiento, sorteando antes los riesgos que suponía el planteamiento de la guerra. Cuando el 1 de octubre de 1936 Franco fue elegido en Burgos Jefe del Estado Español, le fue conferida la doble misión de conducir a España a la Victoria y de instaurar en nuestro país un Nuevo Estado, modelado según las aspiraciones del Movimiento Nacional. Desde entonces el Caudillo de España se entregó sin descanso a esta doble tarea, alterando sus afanes por conseguir la victoria de las armas con el nobilísimo empeño de estructurar la vida española de forma diametralmente distinta a como lo había sido anteriormente.

NUEVO ORDEN ECONOMICO

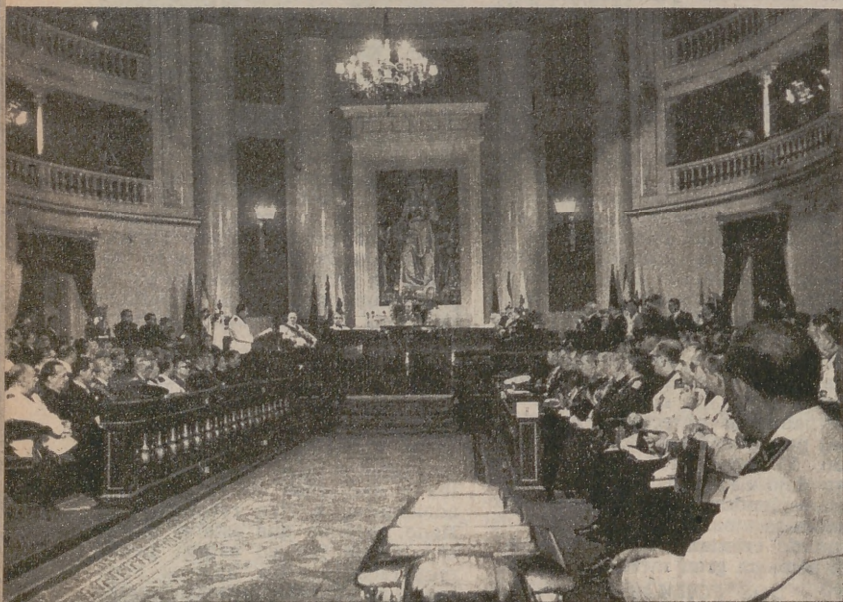
De acuerdo con el ideario cristiano del Movimiento Nacional, se intentó desde un principio estruc-

turar orgánicamente a la sociedad española, comenzando la construcción de este orden nuevo por el hombre y desde él subir a las unidades orgánicas de la familia, el Municipio y el Sindicato. Este planteamiento no es en modo alguno gratuito. Realmente se pretendía eliminar de España la organización liberaloide que por una dialéctica sencilla le había conducido a las puertas del comunismo. Era necesario, primero, afirmar la verdadera libertad del hombre, considerando a éste, como había dicho José Antonio, en portador de valores eternos. Es decir, en sujeto de un ambicioso destino eterno y no simplemente un instrumento de producción o un simple número a efectos plebiscitarios. Partiendo del hombre —no del individuo, innominado y masificado, según las cánones liberales—, había que vertebrar su libertad en un sistema de autoridad, de jerarquía y de orden.

Estas son las líneas maestras del sistema de organización nacional puesto en práctica por el Movimiento y por su Caudillo Francisco Franco. Toda la política posterior del Régimen en orden a la institucionalización radica y tiene su lógica explicación en los propósitos anteriormente apuntados. De esta forma, los veinticinco años de caudillaje de Franco adquieren unidad y son etapas sucesivas en la consecución de una estabilidad patria en la que radica la mejor esperanza de los españoles. Veamos cómo se ha ido desarrollando esta política de creación de nuevas estructuras y cómo a lo largo de los años se ha ido siguiendo una línea constante y progresiva, en todo momento fielmente adecuada a los propósitos fundacionales.

Cronológicamente corresponde la primacía institucional al establecimiento de las bases de un nuevo orden económico, según el Fuero del Trabajo, establecido por la Jefatura del Estado el 9 de marzo de 1938. Se trata de un documento excepcionalmente revolucionario en la vida española, de acuerdo con la firme decisión del Movimiento de no asistir impasible a la dominación de la clase más débil por la más fuerte. Aún no se había conseguido en su totalidad la victoria de las armas cuando el nuevo Estado capitaneado por Franco institucionalizaba el mundo del trabajo. Efectivamente, en el Fuero del Trabajo se tiende a una mejor regulación de las actividades laborales, así como de su retribución. Se trata de una norma programática de excepcional importancia, cuyos principales extremos son los siguientes: fomento del artesanado, nueva organización de la agricultura, protección y mejoramiento de los trabajadores del mar, creación de la Magistratura del Trabajo, ordenación de las Empresas, reforma del crédito, incremento de la producción y de los seguros sociales, reconocimiento y protección de la propiedad privada, organización nacionalsindicalista del Estado y medidas de protección al trabajador nacional.

Esta primera Ley Fundamental es precisamente el punto de partida para la reorganización económica de España.



El Generalísimo Franco preside dos reuniones del Consejo Nacional del Movimiento



EL SINDICATO, FUENTE DE REPRESENTACION

Consecuentemente con la doctrina del Movimiento que entiende a España en lo económico como un gigantesco Sindicato de productores, de modo que la sociedad española quede organizada mediante un sistema de Sindicatos Verticales por ramas de producción, el 26 de enero de 1940 fue promulgada la ley de Unidad Sindical. El Sindicato quedaba, pues, considerado como uno de los pilares del nuevo orden. Para evitar la lucha de clases y dar mayores posibilidades al Sindicato, fue éste estructurado verticalmente, estableciendo también el factor nuevo de la unidad sindical para eliminar la dispersión de los esfuerzos y el peligro de que la acción sindical se desvirtuara por el antagonismo de las distintas organizaciones y desembocara en un instrumento meramente político. El mismo año de 1940 se dictó la ley de Bases de la Organización Sindical, especificándose las líneas fundamentales del orden sindical, la jerarquía de sus organismos, el índice de sus funciones y su articulación con el Estado y el Movimiento.

Gracias a este planteamiento y a la acertada política desarrollada por Franco desde la Jefatura de Estado, España dispone hoy de un floreciente montaje sindical que, además de cumplir una misión económica de indudable valor, sirve de base para la participación del hombre del trabajo en las tareas de la vida pública. Nuestros Sindicatos, situados a igual distancia del individuo que del Estado, constituyen un excelente medio de comunicación del

mundo del trabajo con la autoridad, al tiempo que son uno de los cauces por los que se verifica el carácter representativo de nuestro Régimen.

El encuadramiento sindical fue extendido en 1944 a los productores del campo, mediante la creación de las Hermandades Sindicales del Campo. Por otra parte, en el ánimo de todos los españoles está la inmensa labor desarrollada en España por las distintas Cbras Sindicales, tales como las del «18

Ante el Palacio de las Cortes, el Jefe del Estado saluda a los miembros de su Gobierno

de Julio», Educación y Descanso, Artesanía, Cooperación, Formación Profesional y del Hogar.

LINEAS MAESTRAS DE NUESTRA INSTITUCIONALIZACION

El verdadero reconocimiento de la auténtica libertad del hombre



El Caudillo, en la toma de posesión del general Muñoz Grandes, escucha las palabras del Presidente del Consejo del Reino

ha adquirido rango constitucional en la obra institucionalizadora de Franco en otro documento de excepcional importancia. Nos referimos al Fuero de los Españoles, promulgado en 1945. Se recogen en él los deberes y los derechos de los españoles, su fidelidad al Estado y a sus leyes; el amparo del Estado a todos los españoles por igual; su derecho a recibir educación e instrucción; la protección para la profesión y práctica de la religión católica; prestación del servicio militar, derecho de los españoles a participar en las funciones de carácter representativo a través de la familia, el Municipio y el Sindicato; derecho a participar en cargos y funciones públicas; derecho a fijar su residencia dentro del territorio nacional; derecho a la seguridad jurídica, así como reconocimiento y protección a la familia.

Con anterioridad al Fuero de los Españoles, el 17 de julio de 1942, surgen las Cortes Españolas, como el órgano superior de la participación del pueblo en las tareas del Estado. Afincadas en lo más hondo de la tradición política española, las Cortes constituyen un instrumento original de representación política, de acuerdo con la concepción orgánica del Nuevo Estado. No se trata de conseguir una amalgama parlamentaria al estilo democrático, sino de disponer de un instrumento legislativo en el que esté realmente presente el verdadero pueblo español. Las Cortes Españolas agrupan las representaciones más genuinas de todos los sectores del país de una forma ordenada y orgánica, y en sus distintas legislaturas han dado ejemplo de seriedad y de efectividad en la difícil tarea de legislar.

Para la consulta directa a la nación en aquellos casos en que la Jefatura del Estado lo considere necesario, por la trascendencia de las leyes a dictar, se promulgó en octubre de 1945 la ley del Referéndum, que constituye otro importantísimo hito en la tarea institucionalizadora del Régimen. Esta ley fue puesta en práctica dos años después, sometiéndose a consulta popular y directa en julio de 1947 la ley de Sucesión.

Culminaba con la ley de Sucesión una de las más activas etapas en la historia de la legislación fundamental del Movimiento. Su importancia radica en que está destinada a crear unas instituciones más fuertes que las mismas personas, que garanticen en todas las sucesiones que quien asuma la Jefatura del Estado reúna las condiciones debidas y sea fiel a lo que constituyen las esencias básicas de la nación. Como dijo el propio Caudillo en su alocución radiada con motivo del Referéndum, «La ley de Sucesión viene a garantizar para el futuro la fecundidad y la dimensión de nuestra gloriosa Cruzada, a hacer fructíferos los sacrificios españoles y evitar nuevos sufrimientos para el porvenir».

Posteriormente, en mayo de 1958, se promulgó la ley de Principios Fundamentales, en la que se sintetizan los principios políticos contenidos en las anteriores leyes fundamentales, y se cubre una importante etapa en la cimentación institucional del Movimiento

Nacional, que aún sigue abierto. Porque, según anunció el propio Jefe del Estado en su reciente discurso ante las Cortes Españolas, la virtualidad creadora de nuestro Movimiento no se ha agotado, y afloran ya en nuestro panorama jurídico dos nuevos instrumentos que han de servir poderosamente a esta política de instauración: la ley Orgánica del Estado y a ley de Bases de la Información.

FORTALECIMIENTO DEL MUNICIPIO Y LA FAMILIA

La obra de creación de nuevos instrumentos políticos puesta en práctica por el Caudillo, según la doctrina del Movimiento Nacional, ha tenido en España otras vertientes, aparte la línea señalada en las leyes fundamentales, pero vertebradas de un modo coherente en un todo político consistente. Institucionalizado el mundo del trabajo, ha sido también preocupación incesante del Régimen acaudillado por Franco dotar de nuevas posibilidades nuestra administración local, por ser el Municipio una de las formas orgánicas de organización política. Y ahí está la ley de Bases de Régimen Local que ha venido a vigorizar desde su promulgación en 1945 la multiforme acción de los Municipios y de las Corporaciones Provinciales. De acuerdo con esta línea política, el Movimiento Nacional ha promovido la realización de nuevas fuentes de riqueza en todos los rincones de la Patria, incorporando progresivamente a nuestros Ayuntamientos, incluidos los más humildes o alejados de la capital a la tarea del engrandecimiento de la Patria.

Posteriormente, la obra institucionalizadora del Régimen ha encontrado otros instrumentos para completar el montaje representativo y el establecimiento de nuevas fórmulas de convivencia. Nos referimos a la acertadísima labor llevada a cabo para el fortalecimiento de la familia y de las instituciones con ella relacionadas. La acción del Movimiento Nacional en este sentido tiene su más exacto compendio en los dos recientes Congresos Nacionales de la Familia Española, cuya Secretaría Permanente ha resultado un instrumento inmejorable para llevar ante el Gobierno y la sociedad española las preocupaciones, los afanes y los deseos de esta institución básica y orgánica que es la familia. También relacionadas con la familia, las clases medias, como realidad sociológica indiscutible y de vital importancia, han encontrado en el Movimiento Nacional un cauce adecuado de expresión.

Finalmente, el proceso institucionalizador de la vida española desarrollado por Francisco Franco se ha completado con otros dos nuevos instrumentos jurídicos de vital importancia: la ley de Igualdad de Oportunidades y la ley de Derechos Políticos, Profesionales y de Trabajo de la mujer. También ha sido importante la regulación del derecho de petición, que posibilita el acceso de todos los españoles incluso ante la propia Jefatura del Estado en demanda de información, sin limitación alguna.

FRANCO, ARTIFICE DE LA OBRA

Estas son las líneas fundamentales por las que ha discurrido la instauración de un nuevo orden político en el Movimiento Nacional. Resalta a primera vista en el somero análisis de las mismas una magistral concepción integradora, que elude con igual pericia el peligro totalitario y el atomismo individualista del liberalismo. En esto estriba su virtualidad política. Por otra parte, la viabilidad de las instituciones creadas en España por el Régimen acaudillado por Franco está en la mente de todos los españoles al comprobar la inquebrantable adhesión de estos mismos españoles a los instrumentos políticos creados. El clamor popular que acompañó al Caudillo en el momento de ser promovido éste a la Jefatura del Estado no ha disminuido un ápice y se ha convertido en la leal colaboración que el pueblo español en su totalidad ha prestado y viene prestando a la obra política del Movimiento Nacional. Dispone nuestro pueblo en la actualidad de adecuados instrumentos de organización política, fundamentados en un reverencial respeto a la libertad del hombre y en el deseo de hacer prosperar sus unidades orgánicas de asociación. En la arquitectura política del Régimen hay armonía y consecuencia entre los principios fundamentales que sirvieron de base en los momentos iniciales y el desarrollo que posteriormente se ha venido haciendo de estos mismos principios. Los problemas que parecían más difíciles de solucionar tienen ya unos cauces marcados para encontrar su solución en el momento en que se planteen, pues nada en España ha quedado a merced del azar, sino estructurado y previsto dentro de un orden de ideas cristianas y políticamente original.

Si consideramos que esta institucionalización de la vida española ha sido efectuada en momentos sumamente críticos, en los que incluso nuestra propia seguridad exterior peligraba, arrastrando igualmente el peso de un subdesarrollo económico que también ha sido vencido y superado, el temple humano y la dimensión política del artífice de esta obra adquiere proporciones gigantescas. Este ha sido Francisco Franco, Caudillo de España. Un hombre excepcional que ha de ocupar muchas páginas de la futura historia de España.

No ha sido Franco solamente el hombre que venció a los enemigos de España, que ha transformado el aspecto material de la Patria, creando nuevos recursos de riqueza e impulsando nuestra industrialización, sino también el político de mente clásica que ha hecho posible el establecimiento de un nuevo sistema de organización política que posibilitará el entendimiento y la convivencia de los españoles en el futuro.

Su obra política ha de quedar para bien de los españoles, igual que los nuevos regadíos, o las nuevas viviendas, o las inmensas plantas industriales que han de pregonar a los cuatro vientos de España la fecundidad de estos veinticinco años de Caudillaje, que Dios quiera se prolonguen por mucho tiempo para la grandeza de la Patria.

UN HOMBRE DE FE PARA UN ESTADO CATOLICO



ES un capítulo breve. No se trata de hacer una historia movida de veinticinco años de relaciones entre la Iglesia y el Estado español. Se queda eso para tiempos antiguos de solapado liberalismo o de, más o menos, política regalista. La historia de estos veinticinco años bajo la paz de Franco es reveladora por su sencillez, por su transcurrir tranquilo, sin otros resaltes que las jornadas gloriosas de un catolicismo sentido hasta la medula, lleno de hermosas tradiciones, empapado de gran aliento espiritual. Nada de posturas airadas o actos sensacionales, sino más bien un enorme acto diario en cuya atmósfera ha vivido España en olor de espiritualidad.

Ya en el final mismo de la Cruzada, el Jefe del Estado colaboró mediante los organismos competentes reconstruyendo iglesias y Seminarios, tendiendo una mano sincera y generosa a la jerarquía. Franco ha actuado siempre en católico, como lo que es, sin clamorosas y ventajistas posturas. Ahora, después de veinticinco años, ha podido decir, humilde y generoso a un tiempo, en la inaugura-

ción del Seminario de Pilas, de la archidiócesis sevillana, unas palabras reveladoras que explican su inasequible postura no sólo de respeto a la Iglesia, sino de profunda sumisión; al mismo tiempo llena de vigorosa vitalidad espiritual, con ideas claras sobre las relaciones entre ambas potestades:

«La Iglesia no puede ser indiferente a los errores del Estado y el Estado a los bienes de la formación de la conciencia cristiana; la Iglesia no puede ser indiferente ante un Estado que le permita o no realizar sus fines. No es que la Iglesia se meta en política. Siempre que lo ha hecho ha salido con las manos en la cabeza; sino que no puede estar con aquellos que le impiden realizar sus fines. La Iglesia—concluye—está por encima de todo régimen y de toda política.»

Postura clara la del Caudillo, que tuvo, allí mismo, el refrondo del cardenal arzobispo de Sevilla al decirle, después de enumerar las cualidades del gobernante católico, tras hacer recuento de sus delicadezas para con la Iglesia: «Gracias sean dadas a este hombre.»

Francisco Franco y su esposa, besando el Lignum Crucis devotamente en la Abadía de Samos

LA S. S. ANTES QUE NINGUN OTRO ESTADO

Era un reconocimiento espontáneo a un católico que obraba en católico. Y que durante los veinticinco años de su exaltación a la Jefatura del Estado no sólo no renunció a sus obligaciones religiosas, sino que tuvo empeño en cumplirlas con toda exactitud. Pero lo mejor será hacer un sumario recuento de los actos más definitorios de su Gobierno en relación con la jerarquía eclesiástica.

Las relaciones entre la Santa Sede y el Gobierno español se iniciaron antes que con ningún otro Estado por el Gobierno provisional de Burgos en 1936. La Santa Sede designó al doctor Gomá, arzobispo de Toledo, como «representante confidencial y oficioso de Su Santidad ante el Jefe del Estado español». Franco replicó en seguida nombrando un representante oficioso suyo ante la Santa Sede. Entre las fechas dramáticas y las vigiliadas dolorosas en mayo de

1938, S. S. Pío XI nombra Nuncio Apostólico ante el Estado español a monseñor Gaetano Cicognani con la contrarrespuesta de Franco designando embajador extraordinario ante la Santa Sede. Tres años más tarde, ya en las hermosas fechas de la paz, exactamente en junio de 1941, se firma un convenio que regula los privilegios del Estado español para la provisión de Mitras.

Estamos en la época en que se van restableciendo una serie de acuerdos, regulando cuestiones pendientes y sustituyendo el Concordato de 1851 invalidado por la República.

En el orden diplomático las relaciones se mantienen a través del Ministerio de Asuntos Exteriores y en las demás materias se realizan por el Ministerio de Justicia a través de la Dirección General de Asuntos Eclesiásticos. Así resulta que el Nuncio es en España el representante del Romano Pontífice con misión no sólo diplomática, sino gozando de plenos poderes con respecto de los católicos españoles y de los asuntos de carácter religioso. A su vez ejerce, con arreglo a sus derechos, el patronato de la Universidad Pontificia de Comillas.

1953: UNA FECHA GLORIOSA

Estas relaciones cobran su punto de madurez el día 27 de agosto de 1953. En esta fecha se firma el Concordato que regula las relaciones entre la Santa Sede y el Estado Español. Con él quedaba reconocida la actuación de Franco no sólo desde el punto de vista internacional, sino como prueba del restablecimiento del espíritu tradicional católico en la legislación, como en realidad hacía una docena larga de años que lo estaba en los actos oficiales del Gobierno. Naturalmente, la Iglesia en España se reintegraba a la situación económica anterior a la instalación de la II República, mejorada en diversos y no poco importantes aspectos. Al fin y al cabo el Jefe del Estado era un católico un hijo sumiso de la Santa Madre Iglesia. El Código de derecho canónico de la Iglesia con-

tinuaba formando parte del derecho español en virtud de un real decreto del 19 de mayo de 1919. En cuanto a privilegios, nuestra Patria conserva los del Real Patronato, Patronato de los Santos Lugares y del Tribunal de la Rota. Su Santidad Pío XII, de feliz memoria, nombró a Franco canónigo de una iglesia española en Roma y le concedió la Orden de Cristo, la suprema condecoración que la Santa Sede otorga a un gobernante cristiano.

El nuevo Concordato tiene 36 artículos, más un protocolo final referente a cinco artículos del mismo. En el texto se recogen las declaraciones iniciales del Fuero de los Españoles relativas a la profesión católica del Estado español.

Sin embargo, lo importante en la firma del Concordato no sólo fue el hecho de firmarlo, con las indudables ventajas que para ambas potestades reportaba, sino más bien la circunstancia de que venía a subrayar una actuación permanente, constante y normal en la vida católica española. No venía a poner fin a una situación tirante como suele ocurrir en tantas ocasiones. Antes al contrario, corroboraba una situación de hecho ya existente.

MODELO DE CONCORDATOS

Confesemos que durante los veinticinco años de la exaltación de Franco a la Jefatura del Estado las relaciones con la Santa Sede fueron óptimas. Una revista católica española ha escrito estos párrafos, que nos relevan de mayor comentario y que abundan en este carácter cordial de las dos potestades.

«Es justo comenzar destacando las óptimas relaciones del Gobierno español con la Santa Sede, solemnemente ratificadas y selladas por un Concordato, que por su perfección es considerado como modelo de Concordatos. Esto supone, además de los mutuos reconocimientos legales, una situación de concordia, de comprensión, de marcha coordinada en la consecución de los objetivos comunes peculiares a cada sociedad dentro de

su esfera. Lo más importante es que nuestro Concordato no es letra muerta, sino eficaz y operante.»

«Prueba de la voluntad eficaz de llevar a la práctica el Concordato ha sido por parte del Estado la reforma del Código civil, referente al matrimonio, para su acomodación al Derecho canónico, y de la reforma en dicha materia de las leyes militares para los sujetos a filas; del procedimiento a seguir para el reconocimiento e inscripción civil de entidades eclesásticas; la revisión del calendario civil de los días festivos, acatando rigurosamente como tales los que lo son por disposición de la Iglesia; el reconocimiento y autorización de los estudios primarios, medios, técnicos y de magisterio en los centros establecidos por la Iglesia.

AL UNISONO

Por parte de la Santa Sede, el nombramiento de los auditores de la Santa Rota Romana y del canónigo de Santa María la Mayor, a la implantación del español como lengua oficial de la Sagrada Congregación de Ritos, las nuevas demarcaciones diocesanas y creación de nuevas diócesis, con las subvenciones económicas estatales para la construcción de palacios episcopales y Seminarios, etcétera. No es solamente la virtualidad del compromiso solemne del Concordato lo que motiva su fiel cumplimiento. Existe una razón poderosísima que actúa por encima de lo puramente circunstancial y del aspecto diplomático; es el amor singular de la Santa Sede a España y la devoción filial, en correspondencia, y la adhesión inquebrantable del pueblo español y de su Gobierno a la Silla Apostólica.

La Nunciatura Apostólica de España es más que una pura representación diplomática: es como el pulmón que oxigena de romanismo el catolicismo de la sociedad española; vibrando está al unísono con las alegrías y penas del Supremo Pastor de la Iglesia, cumpliendo como órdenes y mandatos sus indicaciones.

Y el Jefe del Estado español tiene aquí toda su parte.



Junto con el Nuncio de Su Santidad asiste a la Coronación de la Virgen de Valvanera patrona de la Rioja



UN GOBERNANTE CON SU PUEBLO

LA política social en el campo inmediato de las realidades españolas se llama redención. Resulta que esta España nuestra se asoma a varias caras, a cual más espléndida, a cual más renovada, ya sea la nueva cara económica, agraria, cultural, representativa, etc., aunque ninguna ganará a la cara social. Por lo menos en ningún aspecto se puso tanto interés ni nin-

guno de los problemas españoles recabó tanta atención. Y así, de la España de 1936 a la de hoy las variaciones más espectaculares y profundas han corrido de parte de la transformación social. No hay por qué extrañarse. El Jefe del Estado acaudilló una Cruzada liberadora que ponía entre sus concepciones y programas el sentido humano de la vida, entre, sus premi-

sas una honda impronta cristiana.

Franco no fue el político de esquemas retóricos, con un mundo aéreo en la cabeza de proyectos y sueños, sino más bien el hombre con un corazón pegado al latido de las gentes, sincronizado con el ritmo vital de su pueblo. Su política social tiene delante a la hora de las leyes, de las decisiones, de las estructuras esas unidades elemen-

tales y naturales de la familia, el pueblo, el trabajo, el sindicato. El pone al hombre en el campo, a vueltas con sus riesgos laborales, en lucha con sus oficios y profesiones, en el taller o en la fábrica, no sobre los carpetones ni los "dosier" sumariales como los viejos diputados. Y así, un día y otro día, al contacto con estas realidades le van naciendo los soportes de su política social, el establecimiento de una legislación laboral sumamente ambiciosa, la implantación de un amplio régimen protector de la familia, la creación de un extenso sistema docente que brinda infinitas posibilidades a todos los españoles.

Franco se preocupó siempre de una organización profesional de los trabajadores, puso su preocupación al servicio de los hombres del agro y de la artesanía, de sus necesidades y aspiraciones, implantó un régimen de seguridad social de muy difícil superación contra las contingencias que les amenazan en su condición de productores y de seres humanos. Y por si algo faltara ha creado un Ministerio de la Vivienda como la prueba más definitiva de la preocupación por su pueblo y por los hombres que lo componen.

POLÍTICA SOCIAL CRISTIANA

No tiene nada de extraño. Todas sus intervenciones en concentraciones y asambleas, clausuras de actos, viajes a las tierras del Norte o del Sur nos ofrecen su ejecutoria de gobernante humano, solidario, cristiano, donde sus súbditos están muy por encima de los esquemas de laboratorio, sin resabios tributarios ni demagogias socialoides. Ni más ni menos sus in-

tervenciones declaman el hilo de un pensamiento sólido, bien dirigido. Así cuando habla a los obreros andaluces ante la Caja de Ronda, como a los labradores de la concentración parcelaria de Medina del Campo, cuando se dirige a los hombres de Escombreras o a los mineros de Rodalquilar, lo mismo en Almería que en Burgos, en Almadén o Riotinto que en los nuevos pueblos creados en la geografía española, su palabra es cálida, impregnada de los más nobles acentos. Así en su discurso de clausura del III Congreso Nacional de Medicina y Seguridad del trabajo puede declarar:

«Concretamente: Por el sentido católico de la vida que hemos querido que presida la acción social del Movimiento, hemos roto con el materialismo marxista de la lucha de clases, destructora de la Patria y conductora hacia la esclavitud; hemos abandonado, rechazado y combatido aquel viejo concepto liberal del hombre mercancía, del hombre mercancía que se coge y se deja, que se recibe en sazón y se exprime y abandona una vez agotado.»

Y más adelante añadirá:
«Si la cuestión es para nosotros importante, como nación todavía pobre y más necesitada de cuidados, no es esto lo esencial; para nosotros lo esencial es la redención del hombre, ya que si le consideramos como hecho a imagen y semejanza de Dios y, por lo tanto, nuestro hermano en Jesucristo, tenemos que cambiar lo que en otros hay de simple espíritu utilitario, por el amor, justicia y caridad.»

En la VI Asamblea de Hermanidades de campesinos celebrada el 11 de mayo de 1957:

«Todos los españoles somos solidarios, estamos embarcados en la misma nave, tenemos un solo porvenir y por tanto no han de ser las peleas y las rencillas ni los resquemores los que se produzcan, ha de ser el diálogo noble el que presida el análisis de los problemas para buscarles una solución justa y equitativa; pero para mantenernos en nuestra esperanza no debemos solamente mirar lo que nos falta por conquistar, que es mucho, sino también mirar atrás, observar el camino ya recorrido, cómo hemos superado muchos abandonados y aumentará nuestra fe y comprenderemos la diferencia existente entre lo anterior y lo actual.»

UN PADRE PARA LA FAMILIA

A esta luz, a este amparo las realizaciones sociales despliegan un hondo sentido positivo, de avance seguro y bien fundamentado. Franco quiere conjurar los males empezando sus estructuras no por arriba, sino al pie mismo de las unidades más elementales de convivencia. Es así como llega a calar en el alma y en las aspiraciones del pueblo. Y empieza por la familia.

Nuestras leyes fundamentales definen y programan esta inquietud. La declaración del Fuero del Trabajo establece que "la retribución del trabajo será como mínimo suficiente para proporcionar al trabajador y su familia una vida moral y digna. Se establece el subsidio familiar por medio de organismos adecuados". Con estos y otros antecedentes el despliegue de las realidades ha hecho de la institución familiar algo sin precedentes en la vida pública espa-



El Jefe del Estado reparte los títulos de propiedad a varios beneficiarios de viviendas en San Juan de Barcala (La Coruña)



Una de las preocupaciones de Franco ha sido y sigue siendo la formación profesional de los españoles. En la foto departe con especialistas andaluces

fiola. Estamos ante un reconocimiento de la personalidad política, de la dignidad social y la importancia económica de la familia expresada en la participación de los cabeza de familia en determinadas tareas de representación. El Caudillo ha puesto en ella delicadezas de padre llegando a llamarla "orgullo y esperanza de la Patria". Y como a tales la fue tratando, recibiendo siempre con el mayor calor sus representaciones, enviando sus mejores mensajes a congresos y reuniones y visitándola en el propio medio ambiental, en la misma raíz de sus problemas.

Todo lo cual ha cristalizado en los Congresos Nacionales de la Familia, de los que se celebraron dos hasta la fecha. Congresos que son la ocasión de varios departamentos técnicos para asesorar a las familias y para encuadrar las tareas de diversos organismos. La Delegación de Juventudes, la Sección Femenina, la Organización Sindical española. La protección legal a la familia española se realiza mediante la utilización de instrumentos legales y la creación de nuevas instituciones jurídicas y sociales. Se la protege tanto con una ley estableciendo ordenamientos

concretos de protección como con otra determinando cuáles son las exenciones que en cada caso deben concederse a las familias. Así las familias numerosas gozan de reducción de cuotas del impuesto sobre los rendimientos del trabajo personal y sobre la contribución general de la renta. Por lo demás se han dado medidas directas de protección, como son el subsidio familiar, el plus familiar, la ayuda familiar a los funcionarios públicos junto a otras disposiciones entre las que se encuentran los remedios indirectos como los subsidios y premios de natalidad y natalidad, el régimen de protección a la maternidad y los subsidios o pensiones de viudez, orfandad y escolaridad.

NUEVOS CAMINOS PARA LA EMPRESA Y EL TRABAJADOR

En esta línea de ventajosos descubrimientos el mundo del trabajo es otro de los mejores beneficiados. Un nuevo concepto de empresa ha traído al obrero español la certeza de que ya no es objeto de explotación de la entidad productora, sino que su trabajo se subordina debidamente al bien co-

mún. Han surgido en este aspecto los Jurados de Empresa que tienden a hacer efectiva la colaboración entre el capital, la técnica y la mano de obra en distintas modalidades, el incremento racional de producción, el mayor rendimiento en el trabajo. Gracias a ellos los trabajadores no sólo conocen el ritmo funcional de la empresa en que trabajan, sino que pueden tomar parte en muchas de sus funciones, así como percibir asistencia de los servicios médicos de la empresa, así como al beneficio que supone una distribución del personal con arreglo a sus condiciones psicofisiológicas para las distintas tareas y puestos de trabajo.

Al trabajador, por su parte, se le recogen sus mejores impulsos y aspiraciones en el contrato de trabajo, en una relación laboral que le presta calor, aire de familia, ya que la Ley de Contrato de Trabajo vigente tiene un sentido humanista que no sólo ha mejorado la relación laboral entre el patrono y el obrero o entre el empresario y

el funcionario, sino que desciende en su inquietante preocupación hasta la determinación de las condiciones de trabajo, la organización práctica de plantillas, ascensos, aumentos por años de servicios, salarios y complementos, desplazamientos afines, permutas, jornada, seguridad, higiene. Exactamente desde abril de 1958 cuando se reconoció tal facultad a los Sindicatos hasta esta primavera son muchas las empresas que han concertado estos convenios. Seiscientos mil trabajadores se benefician de esta mejora en más de cien empresas.

Quiere esto decir que hoy está garantizada la estabilidad del trabajador. El fantasma del despido se regula con normas concretas, dirimiéndose las posibles diferencias en previas conciliaciones en cuanto a los conflictos individuales en los Sindicatos antes de llegar a la Magistratura del Trabajo con su jurisdicción especial.

Quizá faltase algo si a este progreso técnico, a estos nuevos métodos de trabajo no respondiera una revolución en los cuadros de los trabajadores. Esta mano de obra especializada se prepara en las Escuelas de Formación Profesional, en las Universidades laborales, etc. Importa la readaptación y selección del personal, la elevación de la formación cultural y humana para que todas las puertas puedan quedar franqueadas. Así al nivel del trabajador que ha roto muchos estamentos, llegando a medios y estructuras insospechadas, hay que añadir la superación en el confort de vida y, sobre todo, la total cobertura de necesidades.

QUINCE MIL ENTIDADES SINDICALES

El Jefe del Estado ha dicho cuantas veces fue necesario: «En todos los países el sindicalismo ne-

cesita acceder al Estado, sin que haya de recurrir por ello a maniobras, violencias o subterfugios ajenos a su propia naturaleza y para que el bien público deje de estar asentado contradictoriamente sobre la división, la lucha de clases y supuestos errores.» «El sindicalismo necesita penetrar y establecer directamente en la plataforma de las decisiones y de las iniciativas políticas del Estado, responsabilizándose si ha de ser capaz y no defraudar la confianza que se deposita en él y las ilusiones y esperanzas que despierta. Sólo así podrá cambiar la fisonomía de la vida moderna y, además, ganará esas modalidades de acción del máximo rango político.»

Arranca de aquí el arraigo del gobernante con su pueblo y el entrañado afecto del pueblo hacia su gobernante. La asociación profesional reconoce a los Sindicatos como los orquestadores de los intereses entre unos y otros, entre patronos y obreros. El trabajador y el empresario han dejado de ser unos entes raros, sin más relación que las horas de fábrica o taller. Gracias al nuevo reglamento laboral pueden intervenir y participar en los órganos legislativos del país, tales como las Cortes, donde basta ser empresario, técnico, administrativo u obrero para poder ser elegido.

La expresión de estas relaciones tuvieron su momento en el I Congreso Sindical celebrado en febrero de este año, en el que empresarios, técnicos administrativos y obreros se pusieron delante un hermoso programa para examinar toda la problemática teórica, práctica, económica, social o institucional del país. Asimismo se pone mediante estas reuniones a disposición del poder público la auténtica manifestación y las maneras de pensar del mundo laboral, interesando a los trabajadores en todos los problemas de la empresa, producción y economía, relacio-

nes, etc. Y, desde luego, estas asambleas no descuidan la ocasión de una autocrítica saludable y positiva por la que los Sindicatos pueden informarse y orientar la inversión de sus fondos, puesto que de lo contrario perdería mucho de su carácter de organismo representativo.

SEGURIDAD ANTE LA ENFERMEDAD Y LA DESGRACIA

La declaración X del Fuero del Trabajo trae desde hace justamente veinticinco años dos principios definitivos en orden a una política social que quiera ser realista, los principios sobre seguridad social: «La previsión proporcionará al trabajador la seguridad de amparo en el infortunio.» «Se incrementarán los seguros sociales de Vejez, Invalidez, Maternidad, Accidentes de Trabajo, Enfermedades Profesionales, Tuberculosis y Paro Forzoso, tendiéndose a la implantación de un seguro total. De modo primordial se atenderá a dotar a los trabajadores ancianos de un retiro suficiente.»

No puede decirse que éstos y otros principios así abundarán mucho en la sociología española de 1936. Si acaso existía el seguro de Accidentes de Trabajo y unos brotes incipientes en el de Maternidad y Vejez. Y nada más. Puede decirse que la política de seguridad social española es obra exclusiva del Gobierno de Franco.

Todavía, cuando la Cruzada andaba en trágicas jornadas de implantación del régimen de subsidios, marcó el primer eslabón de una cadena ininterrumpida desde entonces de asistencia a los hombres españoles. Nada de extraño ha de tener, por tanto, que este capítulo figure a la cabeza en la transformación de las estructuras sociales. La lista es exhaustiva y completa hasta el punto que resulta pesada, pero no hay otro remedio que ponerla delante de los ojos. La enfermedad y el infortunio someten al hombre a la terrible prueba de perderlo todo o casi todo y es el gobernante quien ha de velar y procurar tirar de los hilos del remedio. Franco pone en esta faceta de su política de resurrección de España algo más que su inteligencia y su voluntad. Pone su propio corazón solidario. Vale la pena escucharlo cuando toda una espléndida cuenta de realizaciones autoriza y dignifica sus palabras, pronunciadas en el III Congreso de Medicina y Seguridad en el Trabajo:

«Si miramos la prolongación que la vida humana puede tener en los tiempos actuales por las atenciones médicas y sanitarias, destaca igualmente cómo la vida del hombre abandonado de las atenciones y cuidados médicos se consume y extingue en una prolongada vejez sin condiciones de trabajo y bienestar. Por lo tanto, todas aquellas atenciones que la técnica sanitaria moderna ofrece para la redención y la prolongación de la vida del hombre; todos los cuidados, todas las razones técnicas que los adelantos científicos, la psicotecnia y la organización del trabajo ofrecen para defender la vida de los trabajadores y disminuir sus esfuerzos, tienen que acogerse de una manera esencial en un país que quiere despertar a una nueva vida y que no se conforma; en una nación y un régimen que aspira a lograr el



En El Pardo, Su Excelencia el Generalísimo entrega uno de los premios anuales a la Natalidad



Franco saluda cariñosamente a una niña de los huérfanos de militares que le había leído un mensaje de bienvenida

mayor bienestar para todas las clases sociales; en una nación que, como la nuestra, ha establecido en el frontispicio de su Estado el título de nación católica y social.»

Todas las técnicas, todos los esfuerzos, todas las atenciones, son las que se cifran en la creación del Subsidio de la Vejez, transformado más tarde en el Subsidio de Vejez-Invalidez, el Seguro de Enfermedad, el Seguro de Silicosis, el Seguro de Invalidez, el Seguro de Enfermedades Profesionales, la implantación del Plus Familiar, la creación de las Mutualidades Laborales, el Seguro Escolar, el Seguro de Paro Tecnológico, la unificación del Seguro de Accidentes en la Industria y en la Agricultura, la implantación del Montepío Nacional del Servicio Doméstico, el Subsidio del Paro, las Mutualidades Nacionales de Administración Local y de Previsión Agraria...

DEL CAMPO A LA VIVIENDA

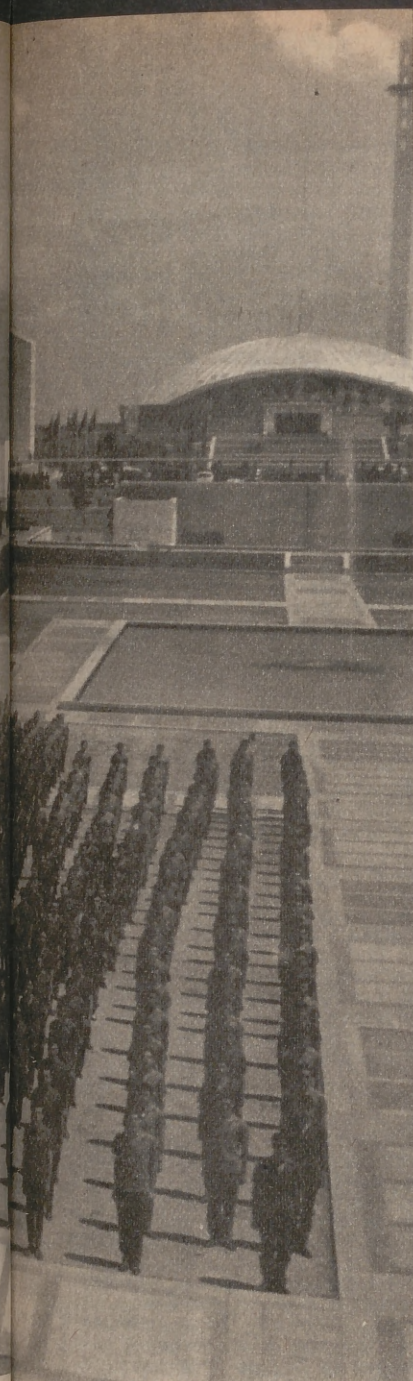
El signo social y representativo del Movimiento Nacional apura sus realizaciones en el campo, en la artesanía, en la vivienda. Francisco Franco dirige el timón sin

perder la cara a la geografía política y humana de España y es así cómo va elevando el nivel del pueblo. Una vez dijo que «la batalla del trigo es una de las más importantes en ganar...», como lo dirá de estas otras batallas de la paz, como son el Servicio Nacional de Crédito Agrícola, que ha realizado préstamos por un total de cinco mil millones de pesetas, de la Concentración Parcelaria, de la repoblación forestal, de la repoblación ganadera, de la formación cultural y capacitación profesional del campesino.

El Jefe del Estado ha buscado la solución a los problemas españoles allí donde podía estar. Sin importarle nada. Volvió a la vida las prácticas artesanas, dando un valor social a la Artesanía, no por sentimentalismo, sino por poner en actividad el contingente de los tapiceros o los forjadores, los ebanistas y los zapateros.

Franco, finalmente, arrostró el nacimiento de un problema que surgió de la propia salud española, del ritmo gozoso de su crecimiento. El problema de la vivienda. No obstante, previsto ya en el Fuero del Trabajo: «El Estado asume la tarea de multiplicar y

hacer asequible a todos los españoles las formas de propiedad ligadas vitalmente a la persona humana.» Problema importante para el que se han habilitado medios tan expeditivos como es la creación del Ministerio de la Vivienda por Decreto-ley del 25 de febrero de 1957. A las leyes de 1939, de 1941, de 1945, venía a sumarse la ley de 13 de noviembre de 1957, estableciendo un plan de urgencia para Madrid con la construcción de setenta mil viviendas. Todo ese complejo y apasionante programa de viviendas subvencionadas, de renta limitada, con créditos, etc., ha cambiado no sólo la geografía urbana de las ciudades, sino también la fisonomía moral de nuestro pueblo. Un pueblo más alegre que está con su Caudillo—he ahí las apoteosis recientes de las ocho provincias andaluzas, las últimas jornadas gallegas, etc.—, porque su Caudillo no dejó de estar con su presencia, con sus leyes, con su política social ni un solo momento entre ellos.



RECTOR DE UNA CULTURA PARA TODOS

EN España, a fuerza de siglos de oro, de tradiciones gloriosas, libros inmortales, estamos olvidando la enorme transformación cultural que desde hace justamente veinticinco años se está operando. El Jefe del Estado, atento a valorar en cada momento las oportunidades, con una preocupación tanto en intensidad como en extensión por los fenómenos de la redención espiritual de tantos españoles, hace tiempo que pronunció unas palabras de fe y de esperanza sobre nuestra juventud.

Es aquí donde el mejor resurgimiento, la mejor planificación que ha de dar frutos espléndidos más tarde. Y su preocupación cuenta tanto en las ciudades como en los pueblos, porque se trata de hacer partícipes de los dones y las satisfacciones espirituales al mayor número de españoles. No sólo el tener unas individualidades de excepción mientras se cierran las oportunidades al resto.

"Esto nos demuestra que no son vanas las esperanzas que tenemos en nuestra obra y nuestra fe, en

la juventud española y en la intelectual de nuestro país. Somos un pueblo intelectualmente bien dotado, con gran imaginación y destacadas cabezas, que sólo esperan la unidad, la disciplina, el orden y la racionalización para triunfar. Con ellos alcanzaremos las metas más ambiciosas."

Metas que por fortuna estamos alcanzando ya. Se podía haber hecho una obra de relumbrón, de pura superficie, pero la verdad es que se ha preferido empezar de raíz. No valía engañarse y hablar

de cultura en una nación donde todavía existía a comienzos de 1940 un elevado porcentaje de analfabetos. El jefe del Estado hubo de empezar su gobierno con la circunstancia de que el 23 por 100 de sus súbditos no sabían leer ni escribir. Un panorama no muy bonito, ciertamente. Junto a esto, lo escasez de escuelas, de educadores; el revulsivo terrible de la nueva metodología hacían escasos y limitados los sueños de un mejoramiento espiritual. Y, sin embargo, a la fecha escueta de 1961 el panorama está totalmente cambiado. Al final de 1960, según cantan los números, el analfabetismo ha quedado reducido al 9 por 100 solamente, con la esperanza inmediata que las estadísticas técnicas adelantan de que la próxima generación no tendrá más analfabetos que los auténticamente incapaces.

A este aire y a este ritmo bailan sus cifras los demás aspectos

del fenómeno cultural de nuestra Patria. No sólo hay más estudiantes, más centros docentes, mejores planes de estudio, más inquietudes en maestros y alumnos según un cálculo cordial. Ocurre, además, que el aumento se valora mejor porque no corresponde a un crecimiento vegetativo de la población —veinticinco millones en 1930 y treinta en la actualidad—, sino a unas nuevas inquietudes de orden espiritual fomentada por un superior nivel de vida y una era de paz tan continuada que ampara los más altos anhelos.

CINCUENTA MILLONES PARA ESCUELAS

Se imponía, por tanto, un programa para terminar la situación caótica de 1936. Un programa donde estuviesen presentes las nuevas modalidades de la cultura. Porque era necesario llevarla a todos los rincones de la Patria, para lo

En la inauguración de la Clínica de la Concepción, Franco escucha las explicaciones del doctor Jiménez Díaz. A la izquierda, un aspecto de la Universidad Laboral de Córdoba

que nada mejor como crear una enseñanza laboral que sustituyese los métodos atrasados en la industria y en la agricultura por otros de mayor eficacia. Mejor que nadie, Franco formuló estas aspiraciones en la inauguración del Colegio Mayor "José Antonio", el 8 de marzo de 1954.

"Y ésta es una de las preocupaciones mayores de nuestro Movimiento. No queremos posar solamente donde antes posábamos; queremos espigar en todas las inteligencias, difundir la cultura a todos los pueblos y lugares de España, en las escuelas primarias, en los Institutos de segunda enseñanza y laborales, para que todo español bien dotado tenga la posibilidad de acceso en todas las ocasiones a todos los puestos de

mando, de técnica o de responsabilidad."

Naturalmente, toda esta preocupación expresada por el Caudillo ha ido teniendo un reflejo inmediato. La ingente construcción de escuelas en todos los puntos cardinales de España era, sin duda, el primer paso. Un paso espectacular si se quiere y se compara con el aletargado sistema docente de la anteguerra, pero necesario e inaplazable en el que han colaborado, cada cual según sus posibilidades, la mayor parte de los organismos competentes.

Es así como nuestras escuelas han vuelto a florecer con sonrisas infantiles, con niños llenos de ilusión en los ojos. El Plan Nacional de Construcciones Escolares invierte en cinco años más de cincuenta millones de pesetas. El analfabetismo quedará reducido íntegramente, y lo que tanto vale gracias a este Plan podrá convertirse en obligatoria la ley de edad escolar para los niños que no hayan cumplido los catorce años. Naturalmente, y ya está dicho, no es sino un paso para la implantación del bachillerato elemental obligatorio para todos los españoles.

HACIA EL MEDIO MILLON DE BACHILLERES

Franco, sin embargo, no se siente satisfecho y vuelve a la carga una y otra vez porque tiene fe en la juventud. No pierde ocasión para proclamar como en el Primer Congreso Nacional de Trabajadores, del 30 de noviembre de 1946, sus esperanzas. Unas esperanzas puestas en esa plana mayor de la cultura media.

"Queremos que la enseñanza media, que es la que da el nivel

medio de las naciones, sea de todos los españoles, y queremos llevar a las cabezas de partido y a los pueblos importantes nuevos Institutos, pero unos Institutos Laborales, unos Institutos rurales, unos Institutos de barrio que, comprendiendo las enseñanzas teóricas, formen la verdadera preparación obrera y eleven la cultura de nuestras clases laborales para que el hombre que sale de España y emigra tenga unas dotes, conocimientos y preparación que aseguren su triunfo."

Y la verdad es que España ha comprendido. Nada menos que cuatrocientos veintiún mil bachilleres, en números redondos, están consiguiendo una auténtica revolución en la enseñanza. Volvemos a anotar que no se trata de un crecimiento meramente vegetativo, sino de una espléndida rotura de moldes. Desde 1920 a 1959, los alumnos de bachillerato han aumentado diez veces. Exactamente, de cincuenta y dos mil a una cifra cercana al medio millón. Todo porque se ha ampliado el asiento de los Institutos, buscando los núcleos de población allí donde desarrollan su vida. Pero, eso sí, el gran remedio han sido los Institutos Laborales, que han empezado a dar una enseñanza cualificada a ras de las realidades agrícolas e industriales de nuestra Patria. La enseñanza aérea, estética, tradicional dio paso a la simplificación técnica, aunque sin perder carácter formativo. Por su parte, el bachillerato más o menos tradicional se vio renovado con la reforma de 1953, retocada más tarde, en la que se dividieron los estudios en las ramas de ciencias y letras.

LA ENSEÑANZA LABORAL

Esta coyuntura fue avista por el Jefe del Estado con tiempo suficiente para hacerla posible. Nada menos que ante las Cortes dijo: "Los nuevos Institutos Laborales, que, aumentando la cultura media en toda la nación, esperamos constituyan una verdadera revolución y una mejora técnica importantísima en la especialización y perfeccionamiento de nuestros trabajadores".

Cinco años más tarde, en la entrega de diplomas a los vencedores del IV Congreso Internacional de Formación Obrera, añadió:

"La inquietud de un Régimen por la formación de las juventudes, por suprimir las masas de peonaje y convertirlas en obreros aptos y especializados. Esta obra quedaría, sin embargo, reducida a un pequeño sector, si la enseñanza media laboral no la llevásemos y difundiéramos por todos los rincones de la nación para ofrecer a todos los españoles la ocasión de elegir, prepararse, sobresalir y perfeccionarse en una profesión, y que los más dotados puedan posteriormente pasar de los Institutos Laborales, Centros de Trabajo y Escuelas de Aprendices a las futuras Universidades Laborales, donde alcancen un grado superior en el orden profesional y una cultura media general indispensable para la vida, al tiempo que los aptos puedan obtener becas y bolsas de estudio en las Universidades, Escuelas Especiales y Centros superiores de cultura del extranjero."

Esto, que pudo ser en otros países una promesa, una sola promesa, ha sido desbordado por el tiempo. Aparte el crecimiento de las listas de estudiantes en las aulas universitarias, que sobrepasan la cifra de setenta mil alumnos, la incorporación de las cinco Universidades Laborales —Gijón, Sevilla, Tarragona, Córdoba y Zamora—, los noventa y dos Institutos Laborales, junto a los otros Centros de estas enseñanzas, ha determinado una enorme revolución técnica.

A pesar de que la Universidad tradicional posee una enseñanza más estable, la inauguración de nuevos edificios y la adquisición y puesta en marcha de modernos aparatos científicos hizo aumentar el número de alumnos en un grado casi alarmante. Lo más destacable en materia de enseñanza de la Universidad ha sido, sin duda, la creación en 1943 de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas que vino a preparar especialistas en tales materias. Por lo demás, su carácter de disciplinas amplias contribuye a canalizar la pléthora de estudiantes de otras Facultades.

REVOLUCION EN LA ENSEÑANZA TECNICA

El programa propuesto ha ido cumpliéndose paso a paso. No sólo se les ha abierto a las juventudes españolas las puertas, sino que se les ayudó para que las franqueasen. La cultura se llevó así a todos los rincones mediante la igualdad de oportunidades para que todos los españoles capaces adviniesen los estudios superiores. Los criterios económicos no pueden ser el baremo discriminatorio de la inteligencia, y es así como lo han entendido, secundando el deseo del Jefe del Estado, de que «ninguna inteligencia se pierda», como el Frente de Juventudes, el Sindicato Español Universitario, la Comisaría de Protección Escolar, los Sindicatos, las entidades locales, han ido saldando sus cantidades para el fondo de becas. Asimismo, y paralelamente, surgió la creación de fondos de ayuda al estudio, Colegios Mayores, Seguro Escolar, Comedores, Patronatos, etcétera. Todo esto ha contribuido a la floración de los estudios, una vez que la Ley de Ordenación de Enseñanzas Técnicas de 1957 conectó los estudios de las Escuelas Técnicas con los universitarios para liquidar las diferencias de programas o de direcciones. Se han creado nuevas Escuelas —Minas, en Oviedo; Arquitectura, en Sevilla; Agrónomos, en Valencia—, que junto a las ya existentes, vienen a remediar el régimen de titulados.

De 1957 a 1960 el número de alumnos de las Escuelas Técnicas de grado medio —peritos y ayudantes— se elevó de 19.500 a 24.222, con un aumento del 25 por 100, y aún hubo aumento, posteriormente, en un 15 por 100. Naturalmente, en las Facultades superiores se duplicó el número de alumnos en un solo curso. No parece sino que cada joven español tuviese en el oído el anhelo del Jefe del Estado hecho palabra y deseado en cada discurso suyo. «Todo ello —decía en 1957 en la inauguración de la central térmica de Escombreras— debemos tenerlo en cuenta para la formación de nuestros técnicos, industriales de todo



Franco inaugura la nueva Facultad de Derecho de Barcelona



orden, porque es nuestra inquietud el que en una nación pequeña, como España, podamos extraer nuestros técnicos en áreas más extensas; que la formación de nuestros técnicos superiores no sea un privilegio del sector de los ricos y poderosos que pueden sostener una carrera costosa, sino que pueden llegar a ella las más claras inteligencias de la nación, multiplicando para todos las posibilidades.»

SEISCIENTOS MILLONES DE AYUDA AL ESTUDIO

Es para cumplir esta ejecutoria para lo que recientemente el Jefe del Estado ha querido que por medio del Patronato del Principio de Igualdad de Oportunidades se destinen a este menester seiscientos millones, el total de fondos de que dispone. Ya se trate en becas para la enseñanza media, ya para la enseñanza profesional. Sobre todo, para esta última se han librado veintinueve millones de pesetas para becas de ingreso en el bachillerato laboral, sesenta y nueve para el primero y segundo Curso de iniciación profesional y aprendizaje, diez millones para transformación

de bachilleres universitarios en laborales. Naturalmente, otras varias becas y ayudas que escapan a la estadística tratan de fomentar por todos los medios las enseñanzas.

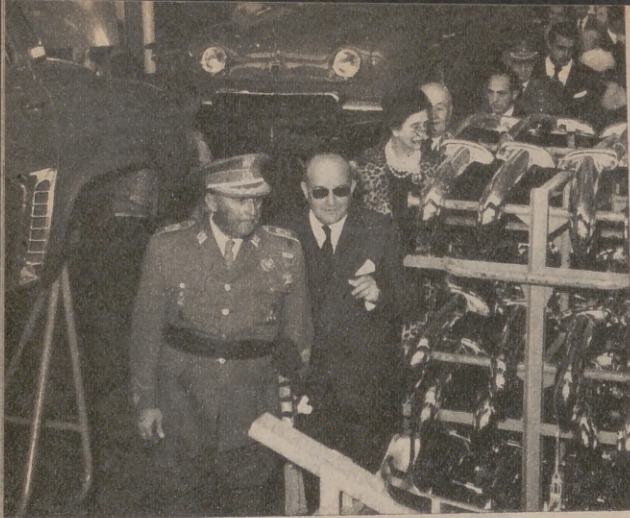
FESTIVALES DE ESPAÑA, COMO AÑADIDURA

Y sin embargo, la cultura arranca de aquí, pero no se queda aquí. Franco quiere que paralelamente al desarrollo de la enseñanza corra la acción cultural. Toda esa cultura acumulada de nuestros dramaturgos y filósofos de nada sirve si el pueblo no participa de ella. Es así que constantes inversiones vienen, mediante distintos organismos, a desarrollar una labor educativa, no ya de los estudiantes en edad de clase, cuanto del pueblo. La creación de entidades culturales, la aparición de Casas de la Cultura, de Cátedras ambulantes, están ahí para llevar al último rincón de la Patria la verdad de saber y de la cultura. Premios como el «Calderón de la Barca», de teatro; campañas de teatro popular, festivales por todo el ancho ruedo de España, tienen un objeto claro y maravilloso como es el de presentar al pueblo llano las virtudes de lo espiritual.

Seguindo su política de ayuda al estudio, el Jefe del Estado hace entrega de becas a los estudiantes

Los Festivales de España, por ejemplo, fueron creados en 1952 y dependen políticamente del Patronato Nacional de Información y Educación Popular, que trata, precisamente, de que estas manifestaciones artísticas alcancen al mayor número de españoles. Una estadística, por somera que sea, resultará lo suficientemente expresiva. Durante siete años han paseado por setenta y seis ciudades mil novecientos treinta y dos espectáculos de las tres manifestaciones clásicas, como son la danza, música y el teatro. El número de espectadores totales no baja de seis millones, lo que quiere decir que la quinta parte de la actual población de España ha gozado de estas exquisiteces artísticas.

La cultura no sólo sirve para los archivos o para los paladares exquisitos, cuanto para poner en pie el entusiasmo de las gentes que tienen derecho a su razón de espiritualidad. Tal y como quiere el Jefe del Estado.



VEINTICINCO años bastan y sobran para calibrar la obra de un hombre y, quizá, su vida entera. Sobre todo si estos veinticinco años se han vivido desde el supremo pedestal de Jefe de un Estado, lleno de las más altas responsabilidades y frente a los problemas más agudos. Podría hablarse de veinticinco años de la España de Franco, exactamente igual que si se tuviera que hablar de una España nueva, del milagro de una nación a la que le ha bastado este periodo de tiempo, apenas un cuarto de siglo, para que, por obra y gracia de un hombre, con la ayuda de Dios, cambie por completo la moneda de sus realidades. Hay que volver muy atrás en el tiempo pa-

ra toparnos con otra, así pujante y nueva, por el camino del mejor futuro. Si hay alguna frase que condensa la obra de este durante veinticinco años, démosla a darnos la idea de lo que es esta España: el periodo 1939-1961, es esta un poco abstracta, pero concreta en su concepción de realidades, se cree de algún tiempo, y es, cuando se quiera dar la clave definitiva de estos lustros que nos ha tocado el Régimen de Franco. El viejo refrán de «Obras son amores» aquí casi con exceso, que, como iremos viendo, ma-

siados números, demasiados datos a la vista, para convencernos de que el capítulo de las realidades ha superado ampliamente al de las promesas, por encima de las dificultades, también muy reales, con las que desde un principio hubo que contar.

La España que Franco toma a su cargo en 1939 no daba para demasiados optimismos. Tampoco la que siguió todavía unos años después. Sin embargo, aquí está esta España de hoy, vuelta de arriba abajo, casi desconocida. Una España de espléndidas realidades materiales, que son las que mejor entran por los ojos y las que, en definitiva, duran. Estas realizaciones materiales que se



El Jefe del Estado en diversas visitas e inauguraciones que muestran el desarrollo de realizaciones materiales

deben, en principio, a la iniciativa impulsora de Franco.

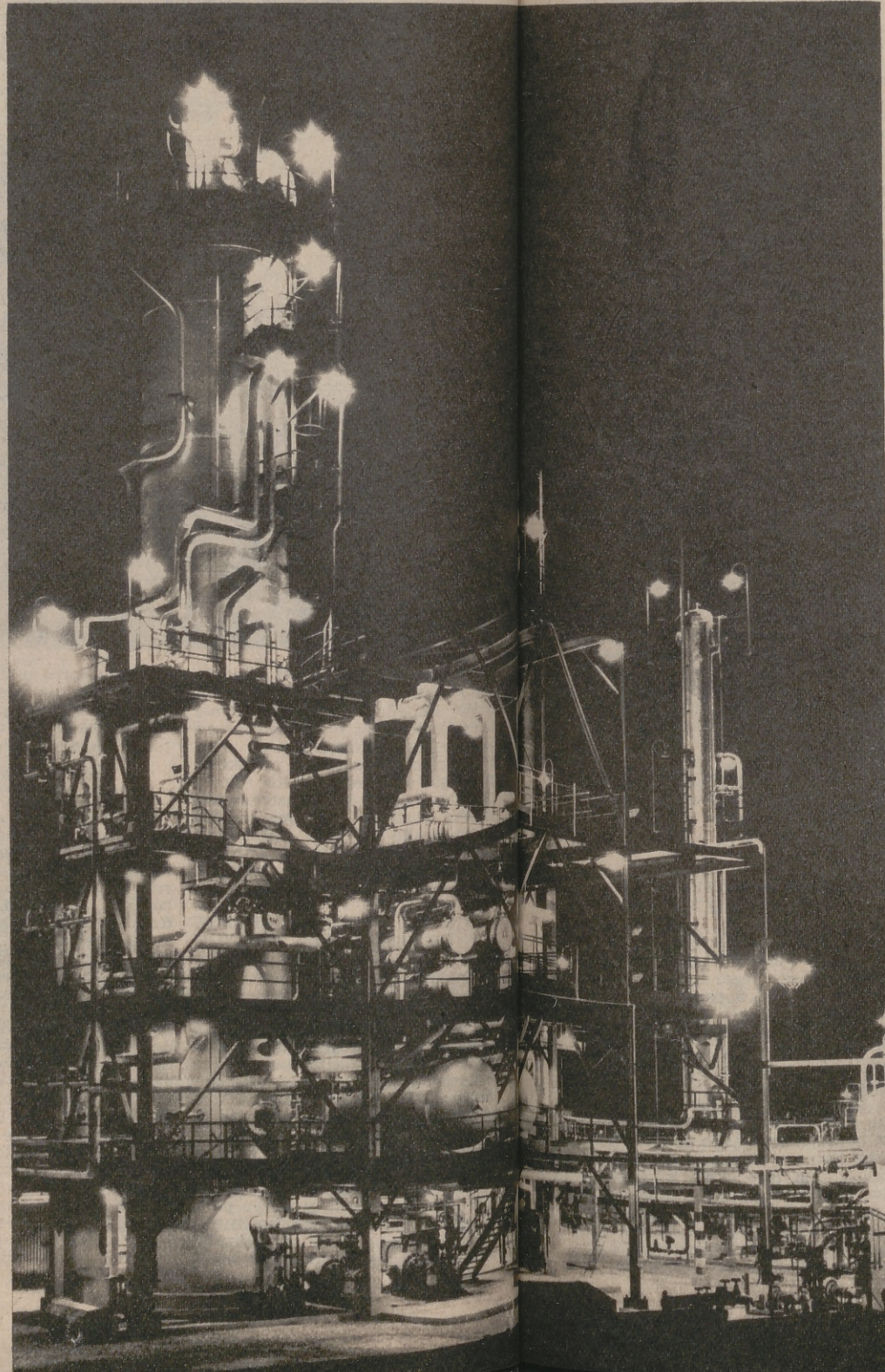
PANORAMICA DE VEINTICINCO AÑOS

La mejor perspectiva de estos veinticinco años nos la van a dar unas palabras del Caudillo pronunciadas en 1952, en su mensaje de fin de año. A pesar del tiempo transcurrido, que no ha servido más que para corroborar hasta la saciedad sus afirmaciones de entonces, estas palabras tienen hoy una vigencia absoluta. Franco hablaba al pueblo español con los resultados de su política a la vista: «En el orden interno comenzamos a recoger los frutos de años ingratos de siembra en materia de industrialización, de fomento de la agricultura, de colonización, de repoblación forestal, de construcción de viviendas, de grandes obras públicas, de tantas y tantas manifestaciones en las que aparece, tra-

ducido en obras, el espíritu creador y constructivo del Movimiento Nacional.»

Ese mismo año, cuando tanto quedaba todavía por hacer, Franco declaraba en las Cortes: «En el terreno de la agricultura se han impulsado las obras de colonización y de regadíos, así como el incremento de la producción; en el de la industria se ha proseguido la obra de industrialización, con el fomento de la producción y la ayuda y el estímulo a las fabricaciones de interés económico nacional, con positivo aumento de los rendimientos, y en las actividades mineras se ha incrementado igualmente la producción de materias primas, que tanto afec-

CREADOR DE UNA ESPAÑA MULTIPLICADA



tan a nuestra balanza de pagos. En el sector del comercio interior se han introducido crecientes libertades de circulación y tráfico, se han suprimido cupos...»

Estas palabras del Jefe del Estado dan un balance justo de lo conseguido hasta esa fecha. Es evidente que este balance, incrementado notablemente a lo largo de estos últimos años, ha sido fruto de una política eminentemente realista, llevada a cabo con todas las consecuencias y en todos los terrenos. El mejor exponente de lo que antecede nos lo va a dar la exposición de las realizaciones materiales, que han sido la culminación de este sentido realista que Franco ha sabido imponer a su mandato. Una exposición, por lo demás, bastante somera, casi limitada a una simple enumeración, puesto que su volumen escapa decididamente a las

dimensiones de un reportaje periodístico.

INDUSTRIALIZACION, ANTE TODO

Tal es la importancia de la industrialización llevada a cabo en España durante este cuarto de siglo, que desde la terminación de nuestra guerra de Liberación ha sido capaz de proporcionar un millón y medio de nuevos puestos de trabajo a la población laboral española.

«El progreso industrial—ha dicho Franco—no ha sido para nosotros un capricho, sino una necesidad. Las naciones pasan a industrializarse cuando sus necesidades interiores lo recaban. Hay quienes desde fuera creen todavía que nosotros propugnamos una industrialización artificial, y, sin embargo, nosotros afirmamos

que llegamos con un respetable retraso. Nuestra demografía impone cada día el aumento de producción, la creación de nuevas fuentes de trabajo.» La cita podría ser mucho más larga y más explícita. Pero preferimos meternos en el terreno irrevocable de las cifras. Resulta que este esfuerzo industrial ha dado como consecuencia el que desde 1940 la producción de energía eléctrica ha sido aumentada cinco veces; la potencia, instalada, 4,3 veces; la potencia hidráulica, 3,7 veces, y 5,7 veces el de potencia térmica. El progreso industrial en la España de nuestros días puede calificarse de fantástico, aunque los resultados se hayan obtenido frente a las más graves dificultades.

Por iniciativa directa del Jefe del Estado se creó el Instituto Nacional de Industria, que puede calificarse de hecho trascendental para el futuro económico de nuestra Patria. Frente a otras industrias de carácter más secundario, las preocupaciones mayores del Instituto Nacional de Industria se han dirigido fundamentalmente al fomento de las industrias básicas.

Descendiendo a algunas de las facetas más acusadas de esta política industrializadora, hay que mencionar la industria de refinado y destilado de petróleos que se ha desarrollado de forma espectacularmente creciente, pues, respecto a 1940, año en que no existía más que una refinería instalada en Santa Cruz de Tenerife, la refinación ha aumentado veinte veces gracias a las grandes realizaciones de Escombreras y Puertollano.

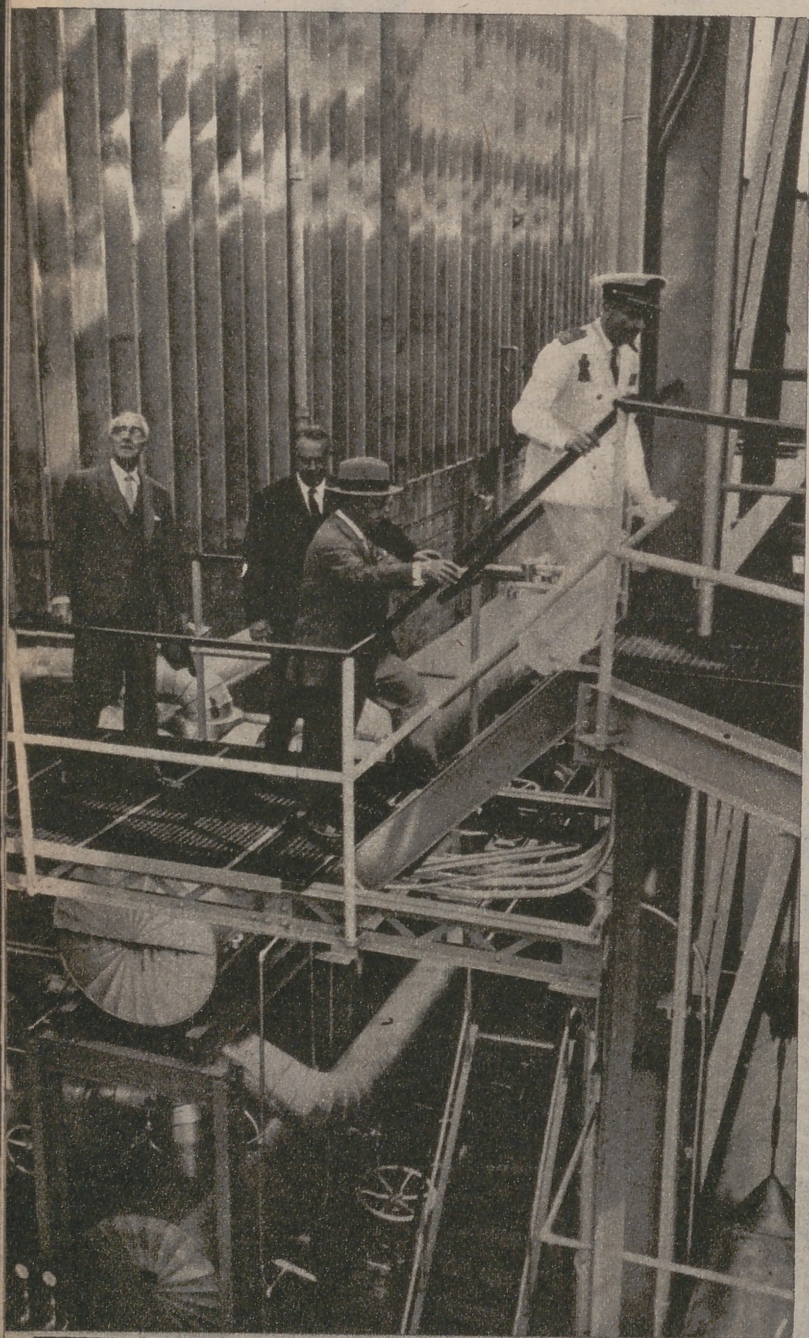
La industria siderometalúrgica se ha visto fuertemente impulsada con la entrada en servicio de la gran factoría de Avilés, la más moderna planta siderúrgica de Europa, que ha incrementado sustancialmente las producciones de hierro y acero, habiendo aumentado éstas, respectivamente, 2,8 veces y 2,3 veces en relación con las correspondientes a 1940. Ciertamente, aunque en el año 1929 se produjeron en España más de un millón de toneladas de acero, esta producción no se superó hasta el año 1953, debido a las dificultades de carácter internacional que tuvo que atravesar nuestro país.

Las demás facetas de esta obra de industrialización han seguido el mismo ritmo creciente y esperanzador, formando, quizá, el capítulo más importante de las realizaciones de estos veinticinco años.

LA AGRICULTURA, ESA CENICIENTA

Siempre se ha dicho que España es un país eminentemente agrícola y se tiene razón, ya que la agricultura significa para nosotros nuestra principal actividad económica. Esta importancia del campo para el hombre español está bien patente en las palabras que el Jefe del Estado pronunció allá, en 1948, cuando se procedió a una política agraria eficaz y positiva: «Por haber abandonado el campo, por no haber tenido para él atenciones y una dirección técnica y eficaz, sufrimos en estos momentos de penuria del mundo escasas y necesidades.»

La nueva política agraria definió desde el principio sus objetivos,



En la visita inaugural de la central térmica de Compostilla II, Franco recorre las instalaciones



En Córdoba, Su Excelencia visita un grupo de viviendas acompañado de las autoridades

Servicio, a 1960, la labor de este Organismo afectó a casi 300.000 hectáreas, repartidas entre más de 800 pueblos. Hay que aclarar también que las realizaciones de este Servicio no se centran solamente en la mera agrupación de las parcelas, sino que completan su obra mediante la construcción de nuevos caminos, electrificación de centros rurales, transformación en regadío de los terrenos aptos para ello, etc...

Otro sector del campo español que ha merecido una atención especial por parte del Estado es el forestal. La labor de repoblación

comenzando inmediatamente una acción real de acuerdo con las posibilidades de nuestra economía. En 1939 se crea el Instituto Nacional de Colonización. La labor de colonización en orden a una acción directa para extender el área regada ha sido de una gran importancia. Ya se sabe que precisamente el agua es el gran problema de nuestro campo. En este sentido la labor realizada queda debidamente resaltada al considerar que los nuevos regadíos conseguidos a favor de esta política agraria han afectado a casi medio millón de hectáreas.

Ejemplos de estas realidades son los planes de Badajoz, Jaén, Los Monegros, etc., y todos los que están en proyecto, a punto de convertirse en realidad, como la cuen-

ca del Duero, que afectará a más de 600.000 hectáreas distribuidas entre nueve provincias. Otro plan de gran extensión es el que afecta a la comarca de las Bárdenas, para poner en regadío otras 100.000 hectáreas.

Otro tipo de acción sobre el campo español ha ido dirigido a resolver un problema clave del mismo como es la excesiva atomización de las explotaciones en extensas zonas españolas. El Servicio de Concentración Parcelaria marcó otro puntal importante en la mejora de la agricultura, impulsada por la clara política impuesta al problema por el Caudillo. Su labor queda destacada al considerar las concentraciones realizadas en los últimos años. Desde 1954, año en que inició sus actividades el

de los montes españoles puede considerarse como una de las primeras de Europa, al conseguir, desde 1940, mejorar una extensión de más de 1.300.000 hectáreas. Paralelamente a esta creación de nuevos bosques se han hecho sensibles mejoras en los existentes, preocupación que ha permitido ir mejorando el capital forestal. Entre este tipo de realizaciones hay que señalar la ordenación de montes en una superficie que ascendía en los últimos años a 755.677 hectáreas. Los nuevos caminos forestales han sumado en el mismo período 5.844 kilómetros. La formación y regeneración de pastizales se ha extendido a 25.000 hectáreas y la regeneración de montes bajos y medios ha afectado a más de 63.000 hectáreas.

Como colofón de este apartado, desviándonos un poco de las últimas referencias, transcribimos unas cifras que dan el ritmo del crecimiento en nuestra agricultura de la superficie de regadío, desde el año 1940 a 1959. Resulta que en los diez primeros años la superficie regada se mantiene en 100.000 hectáreas. Para el año 1958-1959 esta superficie ha alcanzado las 500.000 hectáreas. La cifra de por sí dice ya bastante a favor de una política eminentemente realista.

OBRAS PUBLICAS

Las obras públicas condicionan, en gran parte, el grado de desarrollo de un país o una zona determinada, con la característica de que su realización se hace directamente por parte del Estado, Diputaciones o Ayuntamientos. Esco quiere decir que el gran volumen de realizaciones públicas de estos veinticinco años de vida española está impulsado por la voluntad del hombre que, en esos momentos, tiene las riendas del Gobierno. Franco, en esto, ha ido más allá de lo que, dado el estado de nuestra Patria a raíz de la guerra de Liberación, podía esperarse.

De aquí que hubiera que empezar por reconstruir puentes, infraestructuras ferroviarias, carreteras, que unido a las dificultades de nuestra geografía, subrayan debidamente el esfuerzo que ha sido menester realizar. La red de carreteras españolas ha aumentado en estos años en casi 20.000 kilómetros, de los cuales un 95 por 100 corresponden aproximadamente a caminos rurales, con los que se ha conseguido dotar de comunicaciones a un elevado contingente de pueblos de escasa población y de intensa actividad agrícola.

La Red de Carreteras del Estado, que comprende 80.000 kilómetros, ha experimentado no sólo una ampliación de su recorrido, sino que mediante un Plan de Modernización, que afecta a casi 12.000 kilómetros, han conseguido también una serie de mejoras, tanto en sus firmes como en sus trazados, desvíos, balizamientos y supresión de pasos a nivel.

Las inversiones en el sector ferroviario se han dirigido fundamentalmente a la modernización de su infraestructura, como renovación de vías, electrificación de tramos y mejora de los sistemas de control. La electrificación ha alcanzado a más de 1.800 kilómetros, permitiendo que en la actuali-

dad la longitud total que dispone de este sistema represente el 14 por 100 de la totalidad de la red.

Podrían tocarse otros muchos aspectos, dentro del epígrafe de obras públicas, todos exponentes de la tarea renovadora del Caudillo durante estos cinco lustros, pero ello haría demasiado extenso este capítulo. Sin embargo, hay un aspecto, dentro de las obras públicas, que es fundamental.

OBRAS HIDRAULICAS

Franco ha puesto en ellas un especial interés, porque ha visto su primordial necesidad tanto para la producción de energía eléctrica y el abastecimiento de aguas a poblaciones. Y, claro, las destinadas a regadíos. La irregularidad de los ríos españoles, que alternan entre grandes avenidas y exiguos caudales de estiaje, obligan a realizar un previo embalsamiento de sus aguas, regulando sus corrientes, al mismo tiempo que hacen posible su aprovechamiento. La labor realizada en este sentido en los últimos veinticinco años ha tenido una importancia destacadísima, que se hace más digna de consideración al estimar el extraordinario volumen de inversiones que requieren.

Índice de las realidades conseguidas en este sector es el extraordinario incremento alcanzado en la capacidad de los embalses. De una capacidad, en 1939, de 4.033 millones de metros cúbicos, se ha pasado, en 1960 a más de 18.700 millones, es decir, se ha multiplicado por cuatro en este período.

Ejemplo de esta expansión son los pantanos de Entrepeñas-Buendía, de 2.462 millones de metros cúbicos; el de Cijara, con 1.670 millones; los de Ricobayo, Alarcón, Peñarroya y un etcétera bastante largo. Respecto al destino de las obras hidráulicas en cuanto a su aprovechamiento para producción de energía eléctrica, los resultados han sido asimismo de gran envergadura, ya que de 1.464.000 KVA. de potencia instalada para la producción de energía hidroeléctrica en 1940, se han logrado 3.284.000 KVA. en 1959.

La labor realizada en cuanto a nuevos regadíos, a través de la Dirección General de Obras Hidráulicas e Instituto Nacional de Colonización, queda reflejada en medio millón de hectáreas de tierras que se han dotado de aguas. En este sentido, de los 183 millones de pesetas invertidos en 1942 con fines agrícolas se ha pasado a más de 2.100 millones por el mismo concepto en 1959.

De los datos anteriores ha podido deducirse la labor desarrollada por esta intensa política que el Caudillo ha sabido imponer a la creciente gama de nuevas necesidades, satisfechas durante estos veinticinco años en la mayor medida.

MEDIO MILLON DE VIVIENDAS

Dentro del plan de realizaciones que ha hecho la preocupación fundamental del Caudillo a lo largo de estos veinticinco años, el de la vivienda ha ocupado un sitio preferente. Para Franco el problema de la vivienda ha tenido toda la importancia que merecía, so-

bre todo en los últimos años, dado el gran crecimiento demográfico de la población española.

De acuerdo con esta primordial preocupación, Franco decía en Elbar el 11 de agosto de 1949: «El Movimiento Nacional no estará satisfecho mientras todos los trabajadores que ansían una vivienda no la tengan.» Unos años más tarde, en Granada, volvía a insistir sobre el mismo problema: «Nosotros queremos borrar las miserias de esas cuevas, que hoy venimos a redimir modestamente con estas viviendas, fruto del esfuerzo de nuestras autoridades y de la inquietud de nuestros camaradas, de nuestros Gobernadores, que van de rincón en rincón con un nuevo estilo, buscando las necesidades de los pueblos de España para satisfacerlas.»

Para servir estas necesidades, el Régimen ha dispuesto de la Obra Sindical del Hogar, del Instituto Nacional de la Vivienda, de Regiones Devastadas, de la Fiscalía de la Vivienda y, finalmente, como culminación de todos estos Organismos, del Ministerio de la Vivienda, creado en 1957, con sus diversas Direcciones Generales.

Los servicios de todos estos Organismos, que han trabajado por hacer una realidad las citadas palabras de Franco, pueden muy bien resumirse en unos datos capaces de aclarar por sí solos hasta qué punto las realizaciones han ido más allá de los proyectos. En el año 1950 se registra un incremento de un 77 por 100 en la construcción de viviendas con respecto al año 1940. Con respecto a este mismo año, en 1959 el incremento ha sido de 383 por 100. Un incremento gigantesco que explica el que para ese mismo año el Ministerio de la Vivienda llevase ya construidas 131.383 viviendas, superando holgadamente el ritmo previsto por el Plan Nacional de la Vivienda.

En los últimos cuatro años, aunados todos los esfuerzos de los diversos Organismos, se han construido un total muy cerca del medio millón, de 452.688 viviendas, lo que ha remediado en gran parte el gran problema planteado por el crecimiento demográfico español y por la anterior escasez de viviendas. Una mención aparte, de gran volumen, merece a este respecto la obra llevada a cabo por el Instituto de Colonización, con la construcción de 160 nuevos pueblos por las diversas zonas colonizadas.

Para terminar, nada mejor que las propias palabras del Caudillo, refrendadas por los escuetos datos de más arriba, y convencerse de que lo que Franco consideraba entonces, en 1952, en Pasajes de San Pedro, como una ilusión, hoy es una espléndida realidad: «Constituye una ilusión desde los primeros días del Movimiento el dotar a todas las clases trabajadoras de España de un hogar confortable. La revolución lleva en su bandera la mejora de las clases menos dotadas, una justicia distributiva lo más perfecta posible, y día por día, en medio de todas las vicisitudes, de los sacrificios e injusticias internacionales, fuimos levantando estos edificios, yendo a buscar los dolores donde existían, para sofocarlos y atenderlos en la medida de nuestros medios.»



CENTINELA DE OCCIDENTE

ERA el mundo de Hitler, de Chamberlain, de Stalin, de Roosevelt y de Mussolini el que presenció el advenimiento a la Jefatura del Estado de Francisco Franco. Un mundo de políticos ya desaparecidos y encuadrados en unas estructuras en buena parte desaparecidas también. Todavía era una realidad el gran imperio británico y la Francia colonial. Se adivinaban posibilidades fantásticas a la aviación, pero las gentes aun viajaban casi exclusivamente sobre el mar o sobre la tierra. En Europa occidental todavía había quienes creían sinceramente que el comunismo no traspasaría jamás de un modo estable las fronteras de la Unión Soviética.

Y esas ideas han cedido su puesto a otras. Se han sucedido en el mundo las fórmulas políticas, los

avances técnicos, las transformaciones socioeconómicas y las realidades de 1961 son muy diferentes de las de aquel octubre de 1936. No todas, sin embargo, y entre las que han acertado a perdurar ocupa un lugar destacado la que ha hecho posible la España actual. El hombre que rige los destinos de la España de 1961 es quien comenzó a regirla con mano firme en 1936. Ha sabido conducir a su pueblo, sorteando las durezas de una Cruzada, las asechanzas de una guerra mundial, de un aislamiento internacional y ahora, en el mundo actual ha hecho de España uno de los más firmes bastiones de Occidente.

Y todo ello sin alterar un ápice los principios sustanciales que informaron la creación del nuevo Estado español, en un milagro de

veinticinco años de una hábil política exterior.

Es una historia larga en la que abundan las victorias y no faltan tampoco las amarguras y las angustias de momentos difíciles para España, afortunadamente superados. En la historia que se inicia con la llegada de los primeros diplomáticos extranjeros a la entonces exigua y en apariencia débil España nacional y ahora alcanza su cenit con la ineludible realidad de la importancia de España en el panorama del mundo. Un discurso de Francisco Franco significa ahora una mención destacada en los órganos de información de todo el mundo. Una opinión de Franco en materia de política internacional figura siempre junto a la de los grandes estadistas del mundo.

LA LUCHA POR LA NEUTRALIDAD

La gran mayoría de los españoles había prestado escasa atención al conflicto que se estaba gestando en Europa, preocupados como estaban por la propia suerte de España. No fue sino hasta después del 1 de abril de 1939 cuando muchos de ellos comprobaron con dolor que el mundo se enfrentaba con el espectro de una segunda guerra mundial. Para España, deshecha tras los rigores de la contienda y en los primeros pasos de las tareas de la paz, la entrada en una segunda guerra hubiera sido sencillamente catastrófica.

Pero en Berlín y en Roma se veían las cosas desde un muy diferente punto de vista. España, por la importancia de su Ejército, por su situación estratégica, representaba una pieza clave en la lucha contra los aliados. España tenía que entrar en la guerra. Pero España no entró porque el hombre que estaba al frente de sus destinos se propuso mantenerla en la paz tan duramente ganada.

No fue una tarea fácil. Decir a Hitler o a Mussolini en las entrevistas celebradas o a través de la vía diplomática que España seguía decidida a la neutralidad hubiera

significado más pronto o más tarde la entrada en la Wehrmacht por los Pirineos, camino de Gibraltar. Y naturalmente, España se hubiera opuesto a la invitación con todas sus fuerzas. Sería la guerra, aunque en un bando distinto.

Por lo tanto, era necesario no decir que no, retardar la decisión definitiva hasta que los mismos dirigentes del Eje apreciaran la noble voluntad de España de permanecer neutral. Una neutralidad difícil, amenazada por tiros y troyanos y realizada de mano maestra. Una neutralidad que nunca se rompió, como afirman los enemigos de España, con la llegada de la División Azul al frente de Rusia.

La gloriosa División no luchaba contra los aliados, sino contra la Unión Soviética de la misma manera que Rusia y el Japón siguieron manteniendo relaciones normales hasta 1945 a pesar de militar ambas naciones en los bloques que entonces se enfrentaban.

Fue una neutralidad que no impidió a Franco señalar, avanzada ya la guerra, los peligros que comportaba una victoria rusa en Europa y que en el lado aliado nadie quiso ver. Franco repitió sus advertencias, pero recibió en respuesta una carta de Winston Churchill

en la que le pintaba para el período posbélico la estampa de una Europa controlada por los grandes Ejércitos americanos y británicos mientras que Rusia, sangrada y empobrecida, tendría que recurrir para seguir viviendo a la ayuda de los aliados. Antes de que transcurrieran tres años desde que Churchill escribió esa carta declaraba en Estados Unidos por vez primera que en Europa los rusos habían alzado un "telón de acero" que dejaba en la esclavitud a millones de personas. Si en 1944 hubiesen sido oídas las advertencias de Franco es seguro que ese "telón" no se hubiese alzado donde hoy está.

DESDE «EL CASO DE ESPAÑA» A LA INTEGRACION EN OCCIDENTE

«La guerra no se habrá terminado verdaderamente hasta que no se haya derribado el régimen de Franco en España.» Esa es la consigna que brotó en casi todo el mundo en 1945, precisamente el año en que un triunfante Stalin conseguía que en la Conferencia de Potsdam se decretara la cuarentena a España. Era una consigna, base de una larga sucesión de campañas antiespañolas, destinada a convencer al mundo de que España, solidaria siempre con las potencias del Eje, tenía que ser abatida como ellas. Para lograrlo fue preciso «olvidar» los excepcio-

nales servicios que la neutralidad española prestó a la causa de los aliados en Gibraltar, en el Norte de África, en los Pirineos, en el Mediterráneo y en el Atlántico.

Y se olvidó porque, naturalmente, era preciso olvidarlo para cumplir los fines que se pretendían. El mundo fue testigo aquel año y el siguiente de una de las más grandes enmascaramientos de la verdad que registra la Historia moderna. Fotografías «trucadas», reportajes «sensacionales», declaraciones auténticas informaban sobre las fábricas de bombas atómicas en España dirigidas por nazis, sobre los planes del Ejército español para invadir Francia, sobre los asesinatos en masa de obreros en las calles de Madrid,

Francisco Franco recibe la adhesión fervorosa del pueblo español en la plaza de Oriente por la conjura internacional contra España en la O. N. U. A la izquierda, acompañado de Oliveira Salazar, en Mérida

sobre los millones de españoles que gemían bajo el terror en cárceles y campos de concentración. Cuando la gran campaña propagandística había dado ya sus frutos en todo el mundo, un cipayo de Rusia, el polaco Oscar Lange, presentó ante la ONU una acusación concreta: España era un peligro para la paz.

Había que aislar ese peligro, sofoclar a España en sí misma, porque así lo quería Stalin, que para los pueblos de muchos países no comunistas seguía siendo todavía el paternal y afectuoso «Tío Joe». Los hilos de la farsa se movieron con destreza y los comunistas y



quienes sentían temor a que éstos les tachasen de fascistas y reaccionarios votaron en la ONU a favor de que se retirasen de España las representaciones diplomáticas. En Madrid sólo quedaron el Nuncio de Su Santidad, el embajador de Portugal y el ministro de Suiza. Ahora no había más que esperar, pensaban los que prepararon la maniobra. El pueblo español se echaría pronto a la calle y derribaría el régimen.

Efectivamente, el pueblo se echó a la calle. Fue un mañana invernal, la del 9 de diciembre de 1946. Pero no para derribar al régimen, sino para presentar a su Caudillo el testimonio más grandioso de fidelidad y entusiasmo que conoció nunca Madrid. Y tras Madrid toda España.

Nueve años más tarde el panorama había cambiado totalmente, pero España no había modificado en nada su posición. Tras sucesivos planteamientos anuales el «Caso de España», inventado para destruirla, quedó en lo que realmente era: una maniobra para debilitar a Occidente en uno de sus puntos vitales. ¿Qué sería ahora de la O. T. A. N. y de todo el Occidente si tras haberse impuesto en España los designios del comunismo fuese un país soviético o simplemente neutralista?

En 1955, al cabo de esos nueve años, había en España 41 embajadores y 14 ministros plenipotenciarios. España, excluida de todos los organismos internacionales en 1946, ingresaba con todos los honores en 1955 en las Naciones Unidas.

Desde entonces no se ha interrumpido esa corriente. En los dos últimos años se ha acentuado la proyección española en Europa con el ingreso en la O. E. C. E., el mejoramiento de relaciones con la Francia de la V República y con Inglaterra, y la República Federal Alemana, a través de entrevistas y visitas de los ministros de Asuntos Exteriores y los titulares de otras carteras ministeriales.

PORTUGAL, HISPANOAMERICANA Y LOS PAISES ARABES

Cuando en gran parte del mundo occidental se glosaba el «gesto romántico» de Galvao en el «Santa María» y la «tiranía» portuguesa en Angola, España sentía en su propia carne el dolor de Portugal y se mantenía firmemente a su lado en las horas difíciles de la nación hermana. Para Portugal han sido los votos de España en la ONU. Esa es una... de tantas consecuencias beneficiosas del Pacto Ibérico, obra de Franco y de Salazar, que ha mantenido unidas a las dos naciones a través de los avatares de una guerra internacional, de la posguerra, de la guerra fría y de la ciega ola del nacionalismo de nuevo cuño.

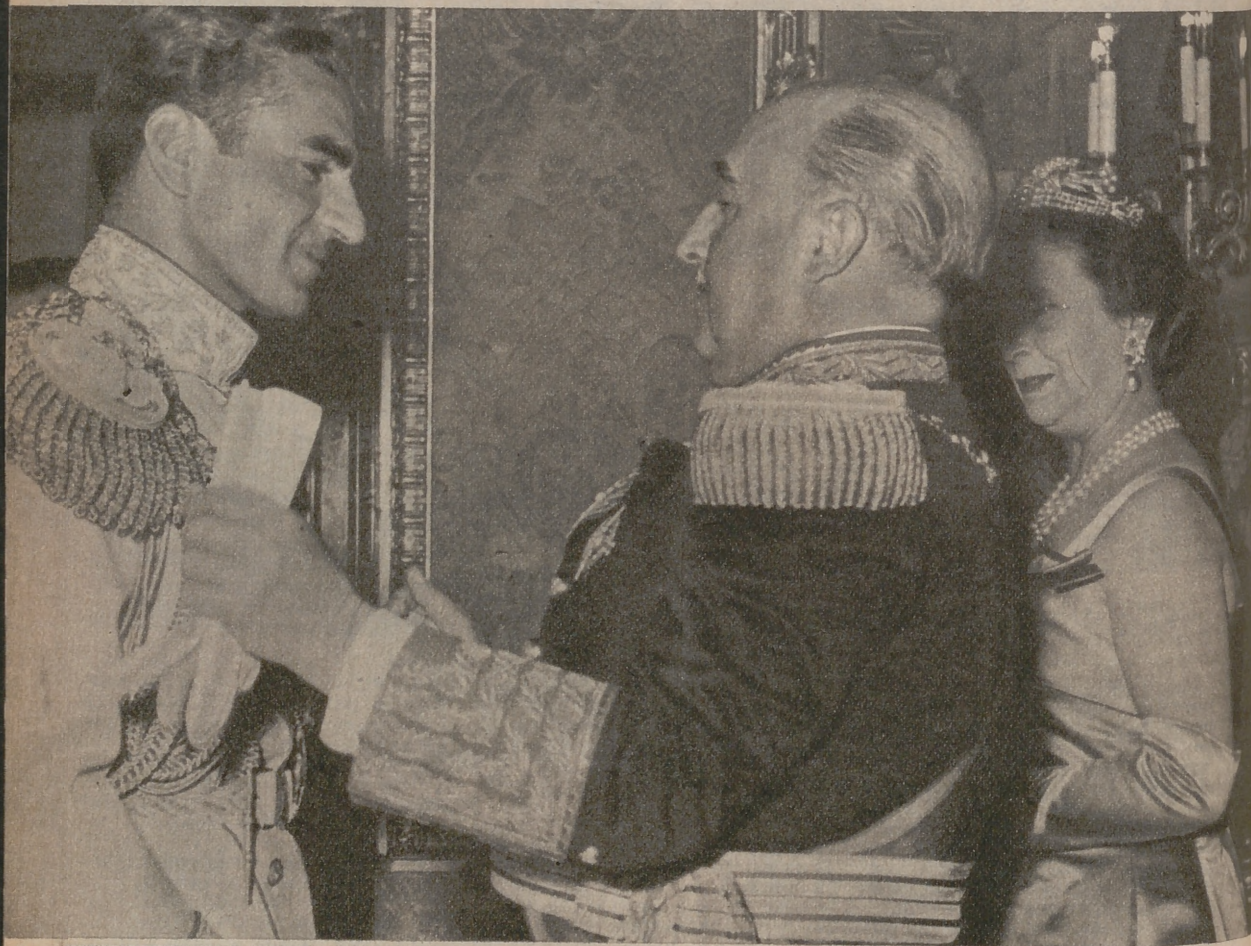
Portugal ha postulado siempre el ingreso de España en la O. T. A. N., ingreso por otra parte nunca solicitado oficialmente por España. Portugal, como miembro de la O. T. A. N. y aliada de España, es uno de los vínculos—el otro es Norteamérica—por el que España se integra en la defensa de Occi-

dente con la organización atlántica.

La sólida alianza entre España y Portugal es obra también de los enemigos de ambas naciones. A lo largo de los últimos veinticinco años, España y Portugal han sufrido ataques conjuntos. Son dos flancos de una misma fortaleza y el abatimiento de uno de ellos entrañaría indudablemente un riesgo gravísimo para el otro.

Otra de las constantes de la política exterior española a lo largo de los últimos veinticinco años ha sido el acercamiento a las naciones hermanas del otro lado del Atlántico por los más diversos caminos. Obra difícil y fatigosa, no siempre correspondida, pero cuyos objetivos están por encima de los meros fines materiales de cualquier política exterior. España tenía que acercarse a Hispanoamérica porque no se puede concebir a España aislada de la comunidad hispánica de América y de Filipinas. Todo parece indicar que el camino para librar a Hispanoamérica de las garras del comunismo que han empezado a asirla, puede estar precisamente en una fórmula política tan apartada del materialismo marxista como del capitalismo. Y en ese sentido la influencia del ejemplo de España puede ser decisiva.

Y la tercera constante se dirige hacia África y Asia, es la amistad con los pueblos árabes, con el ejemplo de la hidalguía española, concediendo la independencia a la zona de protectorado en Marruecos y retirando nuestras tropas. Por Madrid han desfilado en los



Durante el banquete de gala en el Palacio Nacional, el Jefe del Estado condecora al Sha de Persia



últimos años los grandes dirigentes del mundo musulmán, desde Mohamed V a Nasser, y por tie-hacia África y Asia; es la amistad rras del Oriente Medio realizó un viaje en 1952 el entonces Ministro de Asuntos Exteriores, don Alberto Martín Artajo. Esa amistad no excluirá nunca la defensa de los legítimos intereses de España en las provincias africanas y plazas de soberanía.

LA AMISTAD Y LA CATOLICIDAD

En Madrid hay una gran plaza que perpetúa uno de los momentos más significativos de la amistad entre dos pueblos. Es la plazade Eisenhower, y fue bautizada así con ocasión de la visita que realizó al Jefe del Estado español el Presidente de los Estados Unidos de América.

Hasta llegar al momento solemne del abrazo de los dos estadistas, aquella mañana del 22 de diciembre de 1959, fue preciso recorrer un largo camino iniciado con la visita del fallecido almirante Sherman y los preparativos para la firma de los acuerdos de 1953 entre ambos países. Después se registra un sensible progreso en las relaciones hispanonorteamericanas, destacado con las visitas de ministros de ambos países, la audiencia concedida por Eisenhower a don Fernando Castiella en agosto de 1959 en Londres y los mensajes entre Franco y el Presidente norteamericano antes y después de su visita a Madrid, donde se le dispensó uno de los recibimientos más cordiales que presencié en su largo viaje por diecinueve capitales del mundo.

El año 1953 tiene para la política exterior española una doble importancia. Es también el año en que se firma el Concordato con la Santa Sede, prueba fehaciente de la catolicidad del Estado español y de las cordiales relaciones entre el Vaticano y España.



El Caudillo recibe al Rey Hussein de Jordania en visita oficial a España. Arriba, con una comisión de senadores norteamericanos llegados a Madrid



«El General Franco, creador y renovador de la nueva España, de esta España de grandiosas tradiciones.» (Mariscal Papagos.)



JERARQUIA HUMANA E HISTORICA

OPINIONES EXTRANJERAS SOBRE FRANCO

«ERA preciso que Franco fuese el caballero de alma juvenil y audaz, heroica y sencilla, para que la naciente España nacional se reconociera interpretada por él. Pero era también necesario que poseyera la integridad moral, la sabiduría, el superior buen sentido que sus propósitos atestiguan para avanzar a través de tantos obstáculos y mantener en equilibrio a tantas fuerzas

exaltadas. Sí; un héroe que fuese también «un hombre normal», un jefe prudente y longánimo; he aquí lo que necesitaba esta nación antigua y nueva, donde las viejas virtudes fermentan como un vino nuevo, donde las viejas tradiciones ocultan un poder de expansión de las que se las creía incapaces... Y de esta España que renace a un gran destino, su jefe, el General Franco, es hoy el símbolo viviente.»

Estas palabras son de un amigo de España, el académico francés Henri Massis, uno de los intelectuales europeos que mejor supo captar el espíritu de la España surgida el 18 de julio del año 1936 y el pensamiento que in-

formaba las acciones del hombre que ascendió a la Jefatura del Estado el 1 de octubre de 1936. Son palabras justas y, al mismo tiempo, entusiastas.

A lo largo de estos últimos veinticinco años han sido legión los hombres célebres por su ideario o sus acciones que han calificado elogiosamente al Jefe del Estado español. Como siempre ocurre, el elogio es tanto más destacable cuando viene de quienes no se sentían precisamente solidarios con su conducta. Tal es el caso de Henry Wallace, vicepresidente de los Estados Unidos cuando Truman ocupaba la Presidencia, calificado por su izquierdismo y después fracasado

fundador de lo que debía haber sido el tercer partido norteamericano. Wallace ha dicho del Caudillo:

«Quien sugirió el Pacto del Atlántico fue el general Franco en una carta dirigida a Winston Churchill en 1944. Pero entonces era muy pronto para formar el eje antibolchevique. España no es miembro del Pacto. Pero, ¿cómo pueden negarle los países del Pacto su admisión? El único crimen de Franco es haber sido anticomunista prematuramente.»

La personalidad del Jefe del Estado español ha sido objeto de particular atención de los mejores periodistas del mundo y de los más calificados historiadores, que han anticipado ya un certero juicio sobre lo que la figura de Franco representará en el marco del siglo actual. Entre los primeros cabe señalar el comentario de Raymond Cartier en «Las diecinueve Europas»: «Nadie más alejado que él (Franco)—dice—de lo patológico y de la novelaría. Es enemigo del gesto inútil. Creo haber sido el primero en descubrir, entre los expedientes del proceso de Nuremberg, la versión alemana de la entrevista de Hendaya. Y recuerdo mi solitario asombro, en una habitación del Gran Hotel en ruinas, ante el coraje de quien resistió al Atila de 1940... Está cumpliendo una misión. Sería una ingenuidad atribuir la carrera de Franco a un simple conjunto de circunstancias. Si bien no es infalible se siente, al menos, guiado por una voluntad suprema. Su serenidad en medio de las dificultades y de los peligros se explica por esa convicción.»

ARRODILLADO ANTE EL ALTAR

Otro periodista, Henri Buckley, de la Agencia Reuter, ha señalado: «No hay nadie que ponga en duda la honradez personal de Franco y jamás se oye chisme alguno sobre su vida privada. Ante todo, mantiene estrecha relación con sus compañeros de armas; cada semana hay varias audiencias en las que numerosos generales y jefes presentan sus respetos a Franco o charlan en privado con él. Los que hablan con él ven en Franco a un hombre razonable, con sentido del humor y capacidad para reírse de buena gana. El General no es hombre de criterio cerrado y hace concesiones ante la argumentación que se le exponga. Es católico muy devoto y sus admiradores dicen que antes de tomar decisiones de importancia en los asuntos públicos visita al Santísimo Sacramento en la capilla particular de El Pardo, pasando a veces horas arrodillado ante el altar, en honda meditación.»

Antes que él, Georges Rotvand, de «Le Temps», retrató así al Caudillo: «Lo que primero impresionó de Franco son los ojos. Tiene calor su mirada directa, viva, envolvente, sensible y, sobre todo, muy humana. Las facciones son finas; la frente, alta, con grandes entradas; su nariz, mediana, es fina y aguilena; los labios, más bien delgados; la tez, clara y su cara, rellena, de mentón voluntarioso; anchas espaldas, pequeño de talla y casi orac-

ta a la de otro general afortunado: Napoleón.

Su cerebro es robusto y vivo. Es un intelectual del arte militar, nervioso, como todos los intelectuales. Pero controla perfectamente sus nervios. La voz es cálida, emocionada. Un estilo directo, simple, sin trucos oratorios; y sin períodos estudiados. Todo él atrae porque se siente un acento manifiesto de sinceridad. Gran preparación y rápida ejecución: he aquí el método de Franco... Se percató de todo con gran rapidez, con la vivacidad característica del espíritu español. Pero reflexiona largamente sobre lo que tan rápidamente ha alcanzado.»

Entre las opiniones que la figura del Caudillo ha merecido a los historiadores, ninguna tan entusiasta y conmovedora como la del norteamericano William Thomas Walsh, el hombre que ha biografiado con amor, pero también con rigor científico, a los más excelsos personajes de la España imperial. Dice así este norteamericano, devoto de España: «Franco es un hombre honrado y modesto, que no ambicionó nunca el Poder; un caballero cristiano fiel a Dios y a su Patria, como proclamó el arzobispo de Nueva York, monseñor Spellman, des-

pués de hablar con él en 1943; Franco salvó a su pueblo del cruel destino que sufren las masas esclavizadas en Rusia y en todos los países conquistados por Rusia; la legislación social de Francia es mucho más avanzada que la de la República de 1931, y en varios aspectos superior, incluso, a la de los Estados Unidos. A mí me gusta el Régimen de Franco por los enemigos que tiene. Estos enemigos son aquellos que odian a Cristo y a su Santa Iglesia; los más blasfemos y los más hipócritas de este triste mundo. Son aquellos que con su propaganda diabólica pretenden hacer del mote de fascista sinónimo de cristiano.»

Otro historiador, este británico y con mayor fama que el anterior, el mundialmente conocido Arnold J. Tonybee, escribió en «The New York Times Magazine»: «Es Franco, quizá, el arquetipo en la Edad Contemporánea de una personalidad que ha triunfado por destreza. Franco remó contra la corriente de una época. Logró articular falangistas y carlistas en un doble arnés. He aquí una personalidad que utiliza cuanto de mejor hay en las fuerzas impersonales con la técnica del «chinese boxing» o «boxeo de sombras.»

“LE ADMIRO TAMBIÉN COMO UN GRAN ESTADISTA”

Mucho menos conocido que los dos citados, un profesor de Historia, Carlton J. H. Hayes, describió así al Caudillo: «El General Franco, físicamente, no era tan grueso ni tan bajo como querían presentarlo los caricaturistas norteamericanos, y tampoco hacía nada por “pavonearse”. Desde el punto de vista espiritual, me pareció no tener nada de torpe ni ser un “poseído” de su persona, antes se me reveló como de una inteligencia clara y despierta y de un notable poder de decisión y cautela, así como de un vivo y espontáneo sentido del humor. Rió fácil y naturalmente, como yo no puedo imaginarme que lo hiciesen Hitler y Mussolini más que en la intimidad.” Pero la opinión de Carlton J. H. Hayes no era la de un simple profesor de Historia. Hayes, que escribió “Misión de guerra en España”, llegó a Madrid como embajador de los Estados Unidos. En su libro ha descrito magistralmente la serie de prejuicios que le acompañaron hasta su arribada a España y cómo fue desembarazándose de ellos a medida que contemplaba la realidad en la que se hallaba. Como Hayes ha habido, naturalmente, muchos Jefes de Estado y de Gobierno, ministros, generales, etcétera, que han enjuiciado elogiosamente la figura de Francisco Franco. Ninguno ha sido tan conciso y justo como Eisenhower en la audiencia concedida a Martín Artajo en la Casa Blanca (“Admiraba a Franco como general, pero ahora le admiro también como gran estadista”). Ninguno tan vibrante de entusiasmo como el juicio de Carlos Maurras: “La historia de la reconquista de España por los Ejércitos de Franco constituye una epopeya cuyo simple esquema geográfico es una maravilla. ¡La octava maravilla del mundo!... Gloria, pues, a este noble conquistador militar. Mas persuadido, tal vez, que ninguno de sus colegas, de que el soldado victorioso es un obrero de la paz, “Miles pacificus”, esto es, letra a letra, sílaba a sílaba, el sentido de una locución secular. Gloria al restaurador civil que seguirá al conquistador, que no puede menos que seguirlo; él ha recibido el mandato categórico del juicio de los hechos, mandato que confirman las escenas de alegría, las manifestaciones de esperanza observadas con la vuelta de lo nacional a Barcelona... Yo me he planteado esta pregunta: ¿Cómo diablos sería recibido en el país de los soviets el nuevo Franco que permitiera al pueblo ruso respirar? ¿Serían menores los impulsos de alegría? ¿Los suspiros de felicidad menos potentes?”

LOS GRANDES SOLDADOS

Contemporáneo de este juicio es el del mariscal Pétain, embajador de Francia en Burgos y Madrid, de donde salió llamado para hacerse cargo del Gobierno de su país en momentos difíciles, aun a sabiendas de que comprometía su propia vida en el empeño: “El General Franco, dijo Pétain, es un gran espíritu y, al mismo tiempo, una cabeza privilegiada. Conoció a Franco en Ceuta el año 1925, en una revista militar. Yo acompañaba al general Primo de Rivera.



«Admiraba a Franco como General, pero ahora le admiro también como gran estadista.» (Eisenhower.)

Franco era entonces coronel y conocido por su valor militar y su bizarría. La campaña militar la ha dirigido magistralmente, con calma y sangre fría, cual corresponde a un militar de primera clase".

Otro militar, el mayor general Charles Willoughby, del Ejército de los Estados Unidos, analizó así al soldado que es Franco: "Desde el punto de vista del Alto Mando, hay que reconocer en Franco una cualidad que le revela como un gran General: sus disposiciones de estrategia elástica, sus rápidos movimientos de un teatro de operaciones a otro. Esto no es ni más ni menos que la esencia de la maniobra. Franco sabe maniobrar cuando encuentra obstáculos naturales o tácticos que hacen costoso o infructuoso el ataque; sabe tomar decisiones de alta prudencia, que revelan la última fuerza de su carácter. A este respecto, Franco puede compararse ventajosamente con los generales de la primera gran guerra, quienes inmovilizaron cientos de miles de hombres en situación sin salida, como en Verdún en Mesines Ridge o en el Somme".

El mariscal Papagos, prohombre de la Grecia moderna, ha señalado del Caudillo: "Me considero extraordinariamente feliz porque se me haya ofrecido la ocasión de establecer contacto con el General Franco, creador y renovador de la nueva España, de esta España de grandiosas tradiciones de bravura y de caballería, ducho en ciencias y en artes, que bajo su égida y gracias a ella ha podido volver a encontrar su camino y llevar alta la cabeza, mostrando al mundo las grandes virtudes, mereced a las cuales la vida merece ser vivida. El General Franco puede enorgullecerse de su obra; verdaderamente vale la pena preguntarse qué sería España sin su aparición en la escena política".

LA JUSTICIA EN LA MENTE Y LA VICTORIA EN EL CORAZON

España y Franco son nombres indisolublemente unidos, como recaló el embajador de los Estados Unidos en Madrid Stanton Griffis: "Cada parlamentario y cada periodista que visitaba España, ha dicho, me hacía la pregunta de si la Ayuda Americana a España no sería en realidad una ayuda indirecta a Franco y un apoyo para Franco. Sólo había una contestación a esta pregunta: Franco es España. Leed su historia y la historia de España en los últimos diecisiete años, y todo el mundo llegará a esa conclusión inevitable".

No han faltado nunca los elogios de los países hispanoamericanos y de Portugal, afincados tan profundamente en el corazón de España. "Franco lleva la justicia en la mente y la victoria en el corazón", dijo de él Humberto Sosa Molina, ex ministro de Asuntos Exteriores de la Argentina. "Franco, ha señalado el doctor Guillermo Braga, de la Universidad de Coimbra, triunfó en la vida como hombre y como militar; tenía que triunfar también como Jefe de Estado. Y el secreto de su triunfo como Jefe de Estado está en haber sabido dar la primacía a los valores del espíritu,



«El General Franco es un gran espíritu y, al mismo tiempo, una cabeza privilegiada.» (Mariscal Petain.)

estructurando las bases de la nueva España sobre los principios eternos de la civilización occidental y cristiana y reintegrando la Patria a la línea de su destino histórico. Su acción de gobernante, en una palabra, ha sido en la paz lo que su espada fue en la guerra: una defensa intransigente y constante de los valores morales, como la mayor garantía del progreso, del orden y de la justicia." "No hay ningún estadista europeo, ha dicho John E. Swift, presidente supremo de la Asociación de los Caballeros de Colón y presidente del Tribunal Supremo de Boston, que haya hecho tanto como el general Franco para detener al comunismo."

Un hombre de letras, el novelista francés René Benjamin, trazó este resumen acertado de la figura del Jefe del Estado: "Franco es la calma, la seguridad, la firmeza. Es también la bondad, la reflexión,

la indulgencia. Con el nimbo de estas virtudes aparece a los ojos de quienes contemplan al Caudillo de los españoles, cuya mirada me produjo una impresión de serena grandeza en la larga entrevista que con él tuve. Es hombre de absoluto dominio sobre sí mismo. Esta virtud culmina en él sobre todas las demás. No es extraño que sea un estratega invencible quien de tal modo sabe vencerse a sí mismo. Calma, penetración, resolución firme y segura. ¿Qué tienen que hacer frente a esta jerarquía humana e histórica los agitadores profesionales los de horizontes de odio, los beneficiarios del crimen?"

Franco es, sobre todo, católico, y ello ha sido reconocido por el Santo Padre Juan XXIII al padre Francisco Gómez, C. M. F., vicario apostólico de Fernando Poo: "Da leyes católicas, le dijo, ayuda a la Iglesia, es buen católico. ¿Qué más quieren?"



PANOCHETA

NOVELA por
Carmen GARCIA BELLVER

LA desaparición de la Balbina y el misterio que la rodeó fue durante mucho tiempo la comidilla del pueblo. La Balbina, ni guapa ni demasiado joven, con el marido pastor y un hijo de cinco años, que salió de su casa a media tarde para visitar a una hermana en la aldea vecina y nadie la volvió a ver. No dejó rastro de sí, y como nunca había dado motivos para sospechar de su conducta, fue por eso más inexplicable el hecho y mayor la intriga. Aprovechó un día en que los pastores tenían fiesta, y Blas, el marido, llevó al hijo con ellos a comer el cochifrito. Ya hacía cuatro años de aquello, pero todavía se recordaba, y era suficiente que la hermana de la Balbina viniese al pue-

blo a vender fruta para que saltara la cuestión sobre el tapete y el asunto cobrase actualidad.

A lo largo de los cuatro años transcurridos, Blas se volvió hurraño, parco de palabras y descuidado en su persona. En cambio, el chiquillo creció sano y de buenos colores. Su nombre también era Blas, como el padre, pero en el pueblo le llamaban cariñosamente «Panocheta», debido al color rojizo del cabello. Tenía la cara pecosa y los ojos claros, como estrellas azules, haciendo guardia a la naricilla respingona. Al principio preguntaba mucho por la madre. Todos los niños la tenían, pensaba Blasico, a menos que se hubiera muerto, como la de Martín, el herrador. Una madre que guisaba,

bueno y lo malo van colgaos de una ristra muy larga.

—¿Como los pimientos secos?

—Poco más o menos.

Pronto se encariñaron con el pequeño y había una áspera ternura en sus voces cuando le hablaban:

—Ven aquí, Panocheta. Arrímate a la fogata, ¡lehel, que estarás helado...

—Y toma este pan, que es de hoy, o queso, o vino, o un trozo de torta...

Al niño le gustaba aquel ambiente; pero las aspiraba, sin medios para ello, a otra vida menos dura para su hijo. Por eso, el día que don Isidoro, el maestro, lo paró en la calle para hablarle del Blasco, vio abierta la puerta de la esperanza. Llevaba tanto sufrido en soledad que le parecía increíble que alguien se preocupase de ellos para mejorar su situación. Después de exponerle el asunto, el maestro resumió:

—Así que ya lo sabes, Blas. No es que sea gran cosa lo que te propongo, pero siempre será mejor para el Blasco trabajar en la lechería que aguantar soles y vientos allá arriba con las cabras. Además, por las noches, cuando acabe el reparto, podrá venir a la escuela con los aprendices, y le enseñaremos lo más indispensable. El día de mañana nos lo agradecerá. Además, Ramón el lechero no tiene hijos, así que... Me comprendes, ¿verdad?

—Sí, señor, sí, y reconozco; pero... ¿servirá el Blasco? Yo lo veo pequeñajo todavía.

—Hombre, se puede probar. El chico es despierto, y repartir la leche no es difícil. Casi siempre son las mismas casas.

—De acuerdo. Pero dormirá en la mía, ¿no?

—Claro, Blas. No va a dejarte solo también.

Aquel «también» se le clavó al pastor como un alfiler en la herida.

Al día siguiente Blasco empezó a trabajar en la lechería. Con el nuevo oficio estrenaba también sus nueve años y empezaba a formar un distinto concepto de la vida. Cosas que hasta entonces no habían tenido importancia la adquirían a sus ojos: el dinero, las comodidades, la ropa limpia y abundante... El lechero le había dicho que todo aquello se conseguía trabajando, pero Panocheta no lo entendía del todo. ¿Es que lo que su padre hacía no era trabajar? Sin embargo, vivían pobremente y ni siquiera pudo comprar la casa en que vivían, que fue su ilusión de siempre. Ramón dijo que todo aquello también era cuestión de suerte, y el niño se quedaba pesativo. ¿Qué sería la suerte? Muchas veces había oído la palabra, y hasta una vez que hablaban de su padre.

—Poca suerte tuvo Blas con la Balbina—oyó.

—Poca. Y por más vueltas que le habemos dao a la torre no se encontró la salida...

Blasco se rascó la cabeza. ¡Qué cosas decían las personas mayores! Desde luego, que no había quién las entendiera. Como si todo fueran adivinanzas.

Cuando, por las noches, llegaba a su casa, Blas le esperaba impaciente para que le contase las incidencias del día.

—Me gusta esta faena, padre. Ya la hago sin sentir. ¡Y como más bien! La señora Manuela guisa

lavaba las orejas, remendaba los pantalones y daba besos por las noches. También las madres enseñaban oraciones, y en invierno arrojaban a los hijos para que el frío no se colara en las carnis. Eso eran las madres de los otros. En cambio, la suya..., ¿dónde estaría? Qué rara le resultaba al chiquillo aquella madre ausente que se le iba borrando de la memoria. Poco a poco dejó de nombrarla.

Cuando ocurrió el hecho, Blas no quiso dar parte a la Policía. Al indicarle la conveniencia de hacerlo, respondió con firmeza:

—No; la Balbina se marchó por voluntad propia. De eso estoy seguro. Si la hubiera ocurrido algo grave a su persona, a estas horas lo sabríamos ya. Ella nos quería al chico y a mí. ¡Qué se sabe lo que se le metería en la cabeza! Pero antes que denunciarla me cortaría la lengua.

—¿Por qué, Blas?

—Porque tengo un hijo. ¿Qué quieren ustedes, que la Guardia Civil le traiga a su madre conducida? Algún día, si está de Dios, volverá, y si no lo hace será porque ella misma comprenda que éste ya no es su sitio.

Al cumplir Panocheta los siete años intentó el padre que fuese a la escuela, pero hubo de desistir de tal propósito. El hombre se iba al monte y no había quien se encargara del chico ni estuviera al tanto de las horas para sus comidas. Se decidió a llevar al chico a la sierra, y Blasco se alegró.

—Como usted quiera, padre. No me gusta quedarme todo el día al cargo de las vecinas, y además ya soy mayor y podré ayudarle algo si subo con usted.

Blas lo miró, y los ojos se le regocijaron en la figurilla estirada del hijo, en la inocencia de sus siete años voluntariosos. Le llevó la zamarra y las abarcas, y Panocheta se las puso, sintiéndose orgulloso de ellas. Sería pastor como su padre. Por lo menos así lo pensó entonces. Le tiraba la sierra y la compañía de los otros pastores. Sobre todo, la del tío Anselmo, el más viejo de ellos. Era de la costa y se gozaba en hablarle al niño del mar.

—¡Si tú la vieras tan ancha y tan hermosa...! La mar es lo más grande que hay.

—¿Más que la solana, tío Anselmo?

—Sí, hijo, sí. Muchísimo más.

—¿Más que el haza del señor Luciano?

—Mira, Panocheta. Hazte cuenta que la mar es como un campo llano, pero más grande que todos los que tú has visto juntos, y que en lugar de trigo se siembran peces, y en vez de árboles tiene barcos.

—¿Qué son barcos?

El viejo se lo explicaba; un pastor le hablaba de las minas; otro, que tenía un hijo naciendo el servicio militar en Aviación, le describía a su modo los aviones:

—Son mismamente como pájaros. Sin plumas, claro; y en vez de corazón llevan una máquina que guía un hombre.

—¿Son buenos o malos?—preguntaba el niño.

—Según y cómo, Panocheta, según y cómo. Lo



como los ángeles, y la barriga me agradece el plato de caliente.

Blas recordo los guisos de la Balbina, que tenían fama en el pueblo, y le dio pena que el chiquillo ni pensara en ella. La vozecilla infantil seguía:

—Lo que me da rabia son los cambios de las perricas. ¡Hay que tener más vista...! A una mujer le falta un real, a otra le sobra una peseta... Pero no me engañan, no. El señor Ramón está muy contento. ¿Y usted, padre?

—¿Yo? También, claro.

Pero Blas no decía cuánto echaba de menos al hijo, ni cómo el día se le hacía largo y difícil allá en las cumbres, ni cuántas veces clavaba los ojos en el pueblo intentando adivinar los rasos del Blasco.

Un día de mercado el niño se encontró con su tía Mariana en la plaza. Era aquella hermana que su madre fue a ver cuando desapareció.

—¡Blasco, hijo mío! ¡Cuánto me alegro de verte! ¿Qué haces aquí en el pueblo? ¿Ya no vas al monte con tu padre?

—No. Ahora trabajo en la lechería del señor Ramón.

—¡Vaya! Mucho mejor. ¡Qué alto y qué guapo estás! ¡Si mi pobre hermana pudiera verte...!

—No tendrá muchas ganas cuando no lo hace, digo yo.

—¡Qué se sabe, hijo!

—También usted está tan a oscuras como nosotros?

—La verdad es que no puedo darte ninguna noticia.

—Escuche, tía: cuando yo sea mayor ganaré cuartos y me iré a correr mundo hasta que la encuentre viva o muerta.

Mariana quiso calmarle.

—A lo mejor ella vuelve cualquier día...

—Sí, sí. Hace ya cuatro años que se fue y siempre me han dicho eso. Ya ni se acuerda de nosotros, ni tan siquiera del nombre del pueblo.

—No hables así. Blasco. Es tu madre.

—¡Ay, qué gracia! ¿Se acuerda ella de que tiene un hijo?

La mujer sintió miedo de los ojos azules, de la lógica ingenua y aplastante del sobrino, y desvió la conversación.

—Bueno, déjate de cosas tristes. ¿Cómo andas de ropa?

—Ni mal ni bien. Sólo que aquí tengo que ir más presentao que en la sierra.

—Te mercaré una cazadora y calcetines. ¡Ah, y una bufanda!

—Está bien. Pero la escopeta no es menester, ¿sabe? Mi padre me la recogería en seguida.

Mariana se echó a reír.

—¿Quién ha hablado aquí de escopetas? Una cazadora es una prenda de abrigo, hombre. Una chaqueta de forma diferente.

—Siendo así...

Cuando tuvo el paquete en la mano y Mariana se hubo marchado, Blasco regresó a la lechería. La señora Manuela y su marido elogiaron las compras y elogiaron a la que las había hecho.

—Tu tía ha sido siempre formal y trabajadora. Es una buena mujer. Se quedó viuda muy joven y sacó su casa adelante con desahogo. Todas las mujeres no son iguales...

A Panocheta le fastidió la última frase. Estaba seguro de que la lechera la había dicho por su madre, y le daba rabia no poder contestarle con algo concreto, con algo duro, que le hubiera hecho tanto daño como una pedrada. De pronto se le ocurrió que por eso estaría su padre siempre de mal humor, porque, aparte de la pena, tendría coraje de no poder contestarle a la gente cuando le hicieran preguntas... preguntas...

Aquella noche Panocheta le llevó a Blas los regalos que le había hecho Mariana.

—Mire usted, padre. Eso se llama una cazadora. ¿Verdad que es maja? Espérese usted que me la voy a probar. ¿A que me está ni que pintá?

—Sí que te está bien, sí. Y como debemos de ser agradecidos, cuando se haga la cabaña le llevarás a tu tía media docena de quesos. Siempre se porta bien con nosotros.

A los pocos días de aquella conversación ocurrió el accidente de Blas: cayó por una terrera del monte y creyeron que se había matado. Conservó la vida, pero lo recogieron magullado, con las dos piernas rotas y una ancha herida en la frente. Fue conducido al hospital, donde se hicieron cargo de él, y luego avisaron al hijo. No hubo gritos ni lágrimas al enterarse, como todos esperaban. Blasco

se quedó mudo, quieto, con los ojos perdidos en algo lejano e invisible. Su padre, la terrera, el hospital, la sangre... eran palabras tremendas en su nuevo significado. Antes que pena sintió miedo. Un miedo oscuro, como cuando dormían en el monte y se oía a lo lejos aullar a los lobos. Lo mismo que entonces, al final de su temor se asomaba la muerte. ¿Se moriría su padre? ¿Sería posible? Pero, no, no podía serlo. ¿Cómo iba a llevarse los Dices sin devolverle siquiera a su madre? Blasco se aturdió. ¿Por qué le pasarían tantas cosas a él sólo? A otros chiquillos no les ocurría nunca nada: comer, dormir, ir a la escuela, pelearse, caer de algún árbol... Lo de siempre. Pero lo que es a él...

El viejo Anselmo, el pastor que trajo la noticia, le echó la mano por los hombros, diciendo:

—¡Anda, Panocheta, tú eres valiente! Vamos a verle ahora.

—¿Al hospital?

—Sí, claro. ¿Te portarás bien? No vayas a chillar ni a hacer el crío. Ya eres un hombre.

Blasco levantó la cabeza y le miró. Toda la fuerza y el empuje de sus nueve años iba en la respuesta:

—Cuando usted quiera podemos echar a andar, y pierda cuidado, que no lloraré. ¿Cree usted que soy de requeson?

Los ojos azules tenían un brillo sospechoso; pero Panocheta se sonó con fuerza la naricilla y emprendieron la marcha hacia el hospital. El niño no preguntó nada por el camino. Iba concentrado en una idea penosa, una idea aprensiva y extraña que le sugería el establecimiento sanitario. Muchas veces, desde la montaña, lo contemplaba blanco, cuadrado, algo separado del pueblo, como si dentro de sus paredes hubiera algo misterioso que no debía ser observado por la gente. El niño recuerda que una vez fue con su padre y el tío Anselmo, precisamente, a llevar los quesos que todos los años regalaban los pastores para los enfermos del hospital. Se asomó, pero entonces no quiso pasar de la puerta. Vio un pasillo largo con ventanas y puertas pintadas de blanco, monjas, dos señores también con batas blancas, que pasaron hablando de sus cosas, y a la izquierda de la puerta, al lado mismo, dos camillas preparadas. A pesar de la impresión recibida, Panocheta dividió pronto lo que había visto. En cambio, el olor del hospital decía que se le había metido por dentro y no podía sacárselo del cuerpo. Estaba acostumbrado al aire libre, empapado de retama y tomillo, olores primitivos y familiares del ganado y los piensos, de la leña quemada y la pleita de esparto. Por eso la mezcla de desinfectantes, medicamentos y enfermedad, que constituyen el tufillo peculiar de esos locales sanitarios, pese a su exagerada limpieza, abrió ante la naricilla de Panocheta una puerta desagradable. Ahora pensaba que su padre estaba allí, respirando, viviendo en manos de aquellos hombres de blanco, que remendarían su cuerpo y lo agujerearían para poder curarlo. De repente, Blasco sintió que el miedo se le fundía en una pena honda, en un dolor nuevo, por el padre herido, por las cansadas piernas con los huesos rotos... ¡Pobre padre! Tan bueno y... Por la cara del niño rodaron dos lágrimas, que él se apresuró a limpiar con la manga. El tío Anselmo procuró disimular y distraerlo.

—Ya estamos, Panocheta. ¿Te acuerdas de aquella vez que trajimos los quesos? ¿Y de la medalla que te dio la monja?

—Sí. Pero diferencia va de visita a visita. Oiga, ¿entraremos en seguida?

—Sí. Me han dicho que fuera a por tí. El quiere verte.

Blasco se sonó otra vez. ¿Qué les pasaría a sus ojos que tan pronto se llenaban de agua? Porque él no estaba llorando, ¡ni pensarlo! Él era un hombre. Debía de estar resfriado. Cuando cruzó la puerta de entrada reconoció el olor y respiró con fuerza. ¿No lo respiraba también su padre? ¡Pues adentro! Juntos en lo bueno y en lo malo.

Blas estaba incorporado en la cama cuando llegaron, con los ojos clavados en la puerta de la habitación. Al verlos trató de sonreír para animar al niño.

—¡Arrímate, Blasco. Esto no será nada. Pasará, ¿sabes? No te asustes. Las piernas es que me las han enyesado. Ven, hijo.

Abrió los brazos, y Panocheta se acercó con un raro tambor en sus piernas, morenas y ágiles, al pensar en las de su padre, tapadas con la colcha. Apoyó la cabeza en el pecho del hombre y sintió las manos grandes y torpes que cerraban el abrazo sobre su espalda. No hablaron durante un buen rato. Por el rostro reseco de Blas corrían lágrima-

mas silenciosas; pero Panocheta, que escondía las suyas, no pudo verlas. El tío Anselmo intervino:

—Vamos, Blasco, que vas a aplastar a tu padre, ¡recontra! Enderézate una miaja.

El herido negó:

—No, no. Déjelo usted así. Es la mejor «inyección» que me han puesto desde que me trajeron. ¡Estoy tan contento de verlo!

Pero el niño ya había levantado la cabeza. Cuando su padre empezó a hablar le pareció como si él estuviese apoyado en la raíz de la voz. Su mano tímida recorrió el pecho hundido y notó las costillas a través de la chaqueta que le habían puesto al herido. ¡Qué flaco estaba! Se le oía el corazón golpeando como un reloj cansino. El tío Anselmo le iba diciendo que no se preocupase por el ganado, que entre todos se lo cuidaban, y tenía que tener tranquilidad. En aquel momento entró una monja bajita y redonda.

—¡Vaya, vaya! Basta por hoy, Blas. Mañana, si Dios quiere, pueden volver y charlarán ustedes más tiempo. Ahora podría perjudicarte.

Panocheta y el viejo se despidieron. Ya en la calle, el pastor palmoteó la espalda de Blasco.

—¡De buena se ha librado tu padre, zagal! Porque de ésta no la diñarás, pero le ha visto las orejas al lobo.

—¿Cree usted que se quedará cojo?

—¡Qué sé yo! Hay muchos adelantos ahora. Los médicos harán lo que puedan, y Dios mejor que ninguno. ¡Hale! Voy a juntarme con los demás y a decirles cómo sigue el herido. Hasta mañana, hijo.

Blasco entonces se dirigió a su casa. El padre acostumbra a dejar la llave bajo una piedra del corralillo trasero. Allí la encontró el niño y se introdujo en la casa por la puerta de la cocina. ¡Qué extraña le pareció sin su padre dentro! Los humildes enseres, la leña preparada bajo las trébedas, los cántaros llenos de agua, le traen a Panocheta la voz y la figura de Blas y el calor ausente de su cariño. Le parecía ver las manos de su padre cuando preparaban la cena y la cama; las manos que llenaban la casa a falta de otras que debieran hacerla. Blasco se mueve despacio, como si temiese despertar al silencio. Recorre la casa y se acuerda de cuando el padre quería comprarla. También de aquello que le dijeron que durante tres días tuvo una hermana que se fue al cielo, como la madre de Martinico, y que la suya lloró mucho por ella. Entró en la habitación de matrimonio y miró al cuadro donde San Blas aparecía vestido de obispo, con báculo y capa encarnada.

—Escúchame, señor San Blas: tú que eres Santo y estarás cerca de Dios, háblame de mi padre. Ya estás viendo lo desgraciado que es. Que no se quede cojo y pueda subir a la sierra. Allí no le fastidian con preguntas, y así no piensa en mi madre. Ella se fue a alguna parte y nos quedamos solos. Dile al Señor que me deje a mi padre, que yo seré bueno. Palabra que no cogeré ni una lechuga más de la huerta del médico ni le sacaré la lengua a doña Rosa, aunque se lo gane. Te lo prometo, San Blas; pero tú cúmpleme el encargo. El Señor te hará a ti más caso que a mí, y... no quisiera abusar, pero... ¿por qué no me traes también a mi madre? ¡Cómo me gustaría verla en esta casa! Es más por mi padre que por mí. ¡Le hace tanta falta! Ahora, que si es mucho pedir, que mi padre se cure y deja lo otro.

Blasco se sentó en la cama grande—de hierro con bolas doradas—y apoyó la cabeza en los barrotes. Miró la chaqueta nueva de Blas colgada de la percha y cubierta con una toalla, y de pronto se echó a llorar. Allí no lo veía nadie y podía desahogarse a sus anchas. En la casa vacía, los sollozos de Panocheta sonaban tristes, desamparados. El llanto le sacudía los hombros, y la figurilla, acurrucada a los pies de la cama, era un pájaro tembloroso aislado por la tormenta. Lloró mucho; pero luego los movimientos convulsos de la cabeza pelirroja se fueron calmando poco a poco. Las manos, antes apretadas, seguían ahora de un modo inconsciente, con las yemas de los dedos, los relieves de la colcha de ganchillo, y aunque no miraba, sabía perfectamente cuándo era la rosa y cuándo el caramelo lo que tocaba. Una o dos veces que no estuvo muy seguro volvió la cabeza a hurtadillas para comprobarlo. Sin saber por qué le vino el recuerdo de su tía. ¿Le habrían dicho lo de su padre? Seguramente algún pastor llevaría la noticia y ella vendría a ver al herido. Los ojos azules de Panocheta se animan con este pensamiento. Mariana significaba los capachos de fruta, la confitura de albaricoque, las rosas de maíz... De pronto, Blasco

se dio cuenta de que tenía hambre. Seguramente aquello no estaba bien después de lo que le había sucedido a su padre; pero desde la leche por la mañana que no había comido nada, y su estómago reclamaba la ración de costumbre. Se puso de pie y comprendió que tenía que volver a la lechería. Estaría esperándole, y su comida, tapada y al calor. No lo pensó más. Devolvió la llave a su sitio y cruzó la calle. Dos vecinas le vieron. En seguida todo fueron exclamaciones, preguntas, comentarios sobre la suerte de Blas y empeño en que el chiquillo comiese allí. No tuvo más remedio que aceptar y también responder con la verdad cuando le preguntaron que a qué había ido sólo a su casa. A Panocheta entonces no le dio vergüenza. No quiso presumir de hombre porque veía que le faltaban muchos años aún para serlo, y dijo en voz baja:

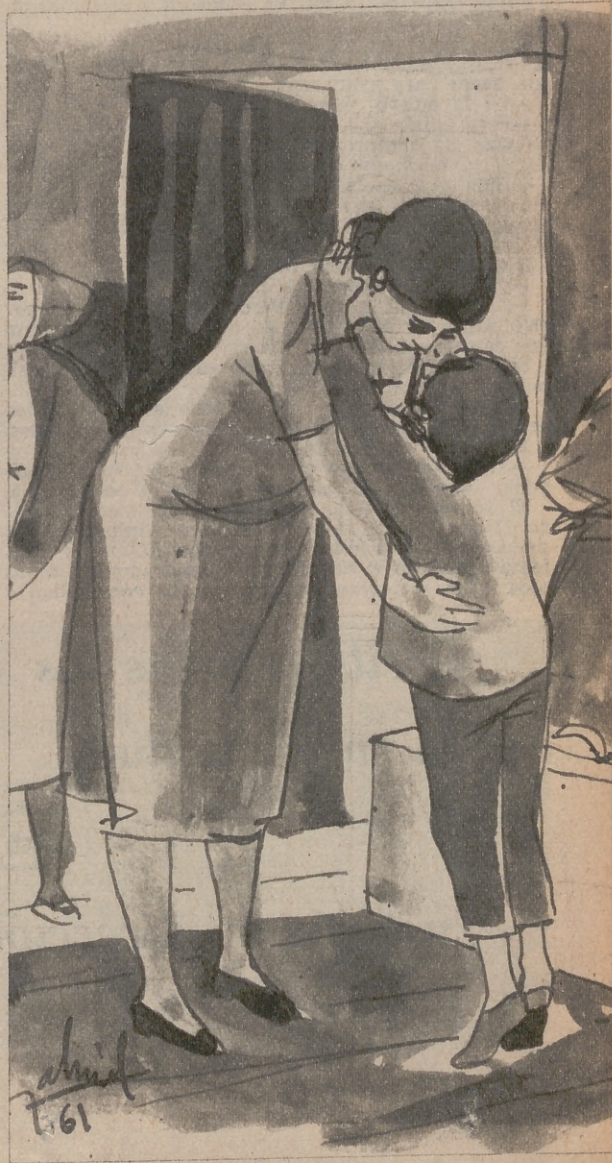
—He venido a llorar.

Rosica, la vecina más joven, gritó:

—¡Madre! ¿Ha oído usted a Panocheta? ¿Pues no dice que ha venido a llorar? ¡Anda, no seas tonto y sostégate!

Le obligaron a comer, y luego Rosica le acompañó a la lechería y le explicó la tardanza al señor Ramón. La ocasión era propicia y todos se portaron bien con el chiquillo para hacer menos dura su soledad. En cambio, en cada boca había una censura para la Balbina y su ausencia, para aquel abandono inexplicable.

Pasó una semana. Blas mejoraba lentamente. Panocheta iba a diario al hospital, charlaban de sus cosas y el niño volvía a estar contento. Pero si inadvertidamente rozaba la dureza de la escayola al sentarse en la cama, se ponía nervioso y volvía a entrarle miedo. «¿Le duele, padre? ¿Le dan bien de comer? ¿Puede respirar a gusto aquí dentro?» Eran las tres preguntas que repetía el niño, porque las consideraba fundamentales. Respecto a la comida, se tranquilizó, porque un día la sirvieron delante de él. Después lo contaba en la lechería:



—Lo mismo que un rey, señora Manuela. La comia, en una bandeja, y tó de lo mejor. ¡Hasta plátanos!

—Me alegro mucho; pero ¿qué te pasa? No irás a llorar ahora.

Blasico se sorbió las lágrimas.

—¡Malhaya sea, hombre! ¿Es que ha tenido que romperse las piernas para que alguien le cuide? ¡Pobre padre! ¡Tiene una mala suerte!...

¿Había dicho suerte? Blasico se quedó sorprendido. Nunca había usado aquella palabra, y le pareció que al hacerlo crecía.

La tarde del octavo día del accidente, Blasico encontró a Mariana junto a la cama de Blas. En el suelo había una cesta de manzanas y, pasillo adelante, la monja llevaba un canasto repleto. A Panocheta se le alegró la cara al ver a su padre. Ya no tenía la venda de la frente y estaba afeitado y limpio.

—Padre, ¡qué contento estoy! ¡Si está hecho un mozo!

Blas se echó a reír y riñó cariñosamente al hijo.

—¡Pero, Blasico! ¿Es que no has visto a tu tía?

—Pues... como verla, claro que la he visto, pero... Usted disimule, tía. Mi padre es lo primero.

—Bien dicho, muchacho. No creas que me enfado. ¿Y cómo te arreglas tú?

—De perlas. ¡Hasta tengo ahorros! Todo el pueblo está por mí. En las casas donde llevo la leche, que si bollos, que si chocolate, que quédate con la vuelta, que esta pesetilla pa caramelos... ¡El acabóse! Y si son el señor Ramón y su mujer, más que familia.

—No sabes el peso que me quitas de encima. Luego pasaré yo por la lechería. Ahí te dejo los pañuelos por si te hacen falta, Blas. Y ahora me marcho. Seguramente el domingo vendré con alguien más de la familia. ¡Para eso estamos!

Mariana se despidió y Panocheta metió la mano bajo la almohada para ver los pañuelos.

—¡Arrea! Mire lo que hay aquí, padre: dos billetes de a veinte duros. Los conozco muy bien.

—Son cosas de la tía. Es generosa y nos apraeita.

—¿Es rica?

—No. Trabajan mucho ella y los hijos, pero no es rica. Buena, sí, y debes quererla. No sabe lo que hacer para ayudarnos.

—Yo la quiero, pero...

—Pero ¿qué?

—Que no comprendo cómo ella nos tiene tanta ley, y su hermana, o sea, mi madre, tan repoca.

—¿Por qué hablas así, hijo?

—¡Qué quiere usted! Estoy harto de oír a la gente hablar y hablar... Que si la Balbina esto, que si la Balbina lo otro...

Blas se había puesto válido.

—¿Crees que tienen razón?

—¡Yo qué sé, padre! Pero ¿por qué no vuelvo? ¿No sabrá lo de usted? ¿Es que ya no le importa que estemos muertos o vivos?

El pastor, haciendo un gran esfuerzo, intento calmar la indignación de Panocheta.

—Blasico, hijo mío, no se debe atacar a quien no está delante pa defenderse. Eso es de cobardes. El chiquillo irguió la cabeza.

—Sí, señor; si será como usted lo dice pero, abandonar la casa y la familia tampoco es cosa buena.

El domingo por la mañana el niño hizo temerario el reparto de la leche, y luego, limpio y bien peinado, se fue a misa. Estaba invitado por las monjas a comer en el hospital, y aquello adquiriría a sus ojos niños una gran importancia. Le convidaban a

él, ¡a él!, sin estar malo ni nada, a comer allí dentro, y al pronto se quedó sin saber qué decir. Lo consultó con el tío Anselmo y éste le aconsejó aceptar y le acompañó para ver al padre y fumar un cigarro con él. Ya le estaba permitido de vez en cuando y recibía muchos envíos de tabaco. Estaban hablando los dos pastores de cómo iban las cosas en el hato cuando se oyó en el pasillo la voz de Mariana.

—Ahí está la tía, padre. ¿Salgo a ver si vienen los primos?

—No. A las hermanas no les gusta que se asome uno a las puertas. Ya entrarán los que vengan.

A poco apareció Mariana sola. Los ojos azules expresaron su decepción, pero la boca de Blasico permaneció cerrada. Pensó que los primos, a pesar de ser tan grandotes, a lo mejor le tenían miedo al hospital, como a él le pasaba al principio. ¡Si supieran que estaba invitado a comer!...

Mariana y el cuñado hablaban animadamente, el tío Anselmo metía baza de vez en cuando en la conversación y Panocheta se aburría. Miró distraído hacia la puerta. De pronto el grito que lanzó llegó hasta la raíz del sentimiento.

—¡Madre!!

¿Cómo la habría reconocido? Efectivamente, la Balbina avanzaba hasta el hijo, que se le colgó del cuello. Mariana y el pastor se apartaron a un lado. Los ojos del herido estaban redondos de sorpresa y sus labios pronunciaron el nombre tantas veces silenciosamente:

—¡Balbina!

La mujer se arrodilló junto a la cama y abatió la cabeza. Blas no podía hablar y una emoción hondísima vibraba en el silencio como un alambre tenso. ¡La Balbina, que había vuelto! Blasico la miraba llorando y riendo, y tocaba sus ropas y su pelo para convencerse de su realidad. Ella, humilde, fue soltando a retazos aquella historia suya tan simple, tan vulgar y tan conmovedora.

—¡Perdóname, Blas! Y tú también, hijo... La casa... queríamos comprarla, ¿te acuerdas?, y nunca veíamos la ocasión ni el dinero —los ojos del herido brillaban con una luz nueva. Balbina proseguía—. Me consumía de pena cuando murió la niña, y entonces lo pensé.

La mujer se interrumpió con un sollozo violento, y la voz de Panocheta fue aguda como un cristal:

—¿A dónde se fue, madre?

—A Francia. He estado de cocinera en una fonda de Marsella trabajando mucho. Ahora la casa ya es nuestra. Mi hermana la compró hace dos meses con el dinero que yo le iba mandando. Todavía ha sobrao y será pa cuidarte a ti, Blas. Ya estoy aquí y no nos separaremos nunca. Hemos sufrido todos demasiao. ¿Verdad que me perdonáis?

La mano de Blas acarició la cabeza de su mujer, donde brillaban algunas canas, y de pronto Panocheta salió corriendo de la habitación, en tanto que la Balbina seguía diciendo:

—Sí, me enteré del accidente porque mi hermana me avisó.

Sor Angeles encontró al niño en el corredor

—Oiga ¿hay algún San Blas en esta iglesia?

—Sí. Es el abogado de la garganta. Al entrar en la capilla, a la derecha, lo tenemos. ¿Vas a pedirle algo?

Blasico, gozoso, se echó a reír.

—¡Cá, no, señora! Lo que está bien está bien. Voy a darle las gracias por lo bien que me hizo el encargo. ¡Hasta me ha regalao una casa de propina!

Recibirá todas las semanas

en su domicilio

EL ESPAÑOL

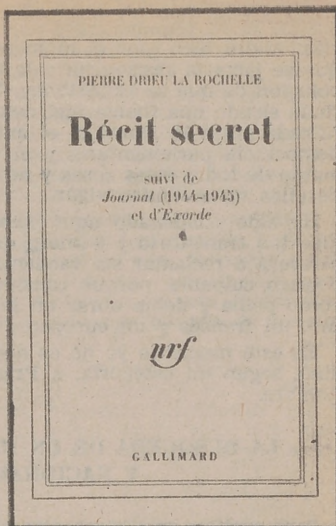
Si envía su dirección a

AVENIDA DEL GENERALISIMO, 39.-MADRID

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

"RELATO SECRETO"

Por Pierre DRIEU LA ROCHELLE



DRIEU la Rochelle es uno de los exponentes más representativos de una generación europea sacrificada tanto por el egoísmo de sus propios portavoces como por el odio de sus enemigos. Como tantos otros, Drieu de la Rochelle encontró, allá por los años treinta, en el fascismo la síntesis satisfactoria que aunaba sus ansias sociales y patrióticas, dentro todo ello de un espíritu europeo de solidaridad ultranacional que se prometía de lo más venturoso. En unión de Robert Brasillach, de Lucien Rebatet, Abel Bonnard, Céline, Chateaubriand y otros tantos inteligentes compatriotas, formó el plantel de intelectuales franceses que tanta influencia ejercieron no sólo dentro de su país, sino incluso fuera de las fronteras nacionales. La guerra se encargaría de trastocar todo, y fundamentalmente de identificar los aspectos accidentales, realmente odiosos, con ideas esenciales, que nada tenían que ver con lo que no era más que apetencias personales o particularistas. De todos los errores de Hitler, quizá ninguno haya sido tan grande, a pesar de que hoy apenas si nadie lo menciona, como el de haber sofocado en germen el desarrollo de todo un proceso ideológico que se anunciaba como auténticamente renovador del escenario político, dominado entonces por la democracia parlamentaria imperante y por un comunismo abiertamente subversivo. En Hitler pudo más el imperialismo nacionalista estrecho que la bandera ideológica que a su régimen, en unión de otros movimientos, cobijaba, y por ello no vaciló, anticipándose a ello, justo es re-

conocerlo, a los aliados en Yalta, a sacrificar grandes partes europeas al comunismo. Cuando se lanzó abiertamente contra su antiguo comparsa lo hizo precisamente con un espíritu racista y particularista que no podía en manera alguna satisfacer las ansias europeistas y anticomunistas de esa generación que vivió, según frase ya acuñada un auténtico romanticismo fascista. Drieu la Rochelle sufrió, como tantos otros, este desencanto, aunque una ética insobornable le obligó a seguir hasta el final en el bando que había escogido inicialmente. En el momento de la bancarrota, Drieu la Rochelle, que no quiso huir al extranjero, a pesar de poderlo haber hecho, jaito de una fe religiosa fuerte y menos afortunado que Brasillach, que en la desgracia reencontró al Dios olvidado, puso fin a sus días, tras una triple tentativa, fallida dos veces. Hoy ofrecemos a nuestros lectores los últimos escritos de este autor, ocultos durante muchos años, aunque algunos trozos de ellos fueran dados a la publicidad en una revista en 1951. Nuestro libro está compuesto por un ensayo sobre el suicidio, que revela la fatal obsesión que malograría su existencia, el diario de los días posteriores y un exordio, que es algo así como una autodefensa frente un tribunal imaginario, ante el cual Drieu la Rochelle justifica toda su postura.

DRIEU LA ROCHELLE (Pierre): «Récit secret» (Suivi de Journal (1944-1945) et d'exorde). NRF Gallimard. París, 1961. 112 págs. 5 NF.

QUIERO hablar de algo que ha sido colectivo en cierto modo y que a pesar de la diversidad de procedencias, de opiniones, de caracteres, de móviles y de fines, justifica su nombre considerablemente: la colaboración franco-alemana. Quiero hablar de ello porque desde el mes de agosto de 1944 no se ha permitido hablar a nadie con la menor memoria, con el menor sentimiento humano y con la menor verosimilitud. Ha bastado la maledicencia más fácil o la calumnia más grosera. Y para hacer más cómodo este contentamiento no se ha designado en las acusaciones de los periódicos y en las de la tribuna o de los tribunales, fuera de algunos protagonistas de leyenda, más que a comparsas sin voz, a representantes mediocres o de fácil convencimiento de la bajeza. Naturalmente, se han declarado culpables, y esto era todo lo que se les pedía.

TOTAL APROBACION DE UNA CONDUCTA PERSONAL

Son todas estas circunstancias las que me hacen salir y no declararme culpable. En primer lugar, yo no reconozco vuestra justicia. Vuestros jueces son escogidos al igual que vuestros Jurados y ambos de una manera que excluye la idea de la justicia. Preferiría el Tribunal marcial; sería por vuestra parte más sincero, menos hipócrita. Además, ni la instrucción ni el proceso son llevados de acuerdo con las reglas que constituyen la base de vuestra misma concepción de la libertad.

Desde luego, yo no me quejo de estar ante una justicia que tiene casi todas las características de una justicia fascista o comunista. Observo solamente que para justificarse plenamente a mis ojos, sería necesario que las obras de vuestra pretendida revolución estuviesen a la altura de sus pompas judicia-

rias. Ahora bien, por el momento, la revolución de que se jacta la resistencia vale lo mismo que la revolución de que se jactó Vichy. Y la resistencia continúa siendo una fuerza mal determinada y mal justificada entre la reacción, el antiguo régimen de la democracia parlamentaria y el comunismo, participando de todas estas cosas y no sacando de ninguna de ellas un auténtico vigor.

He sido condenado aquí como tantos otros por algo tan transitorio y efímero que mañana nadie se atreverá a reclamar sin vacilación ni temor. No me declaro culpable, porque considero que he actuado como podía y debía obrar un intelectual y un hombre, un francés y un europeo.

En este momento yo no os doy cuenta a vosotros sino, según mi categoría, a Francia, a Europa y al hombre.

LA BUSQUEDA DE UN IDEAL SOCIAL Y NACIONAL

Para explicar mis ideas, sigo el orden de los acontecimientos. Antes de la guerra yo he sido siempre nacionalista e internacionalista al mismo tiempo.

Internacionalista no a la manera pacifista y humanitaria; no universalista, sino dentro del marco europeo. Desde mis primeros poemas escritos en las trincheras y en los hospitales de 1915 y 1916, me presentaba siempre como patriota francés y patriota europeo.

Me he negado siempre a sentir el odio intelectual respecto de ningún pueblo. Mis primeros poemas se titulaban «Plainte des soldats européens, a vous Allemands» («No os odio, pero me opongo a vosotros con toda la fuerza de mis almas»).

Después de la guerra yo he continuado y me he preocupado de Francia, de su vida, de su orgullo, al mismo tiempo que ponía mis esperanzas en la Sociedad de las Naciones.

Inicialmente creí que el capitalismo podría reformarse por sí sólo, después he abandonado esta creencia cándida y me he juzgado socialista de 1928 a 1929. Mis libros: «Mesure de la France», «Geneve ou Moscou», «L'Europe contre les patries», testimonian la constancia de este doble sentimiento, que se aliaba a un espíritu crítico, a Dios gracias, suficientemente despierto.

Examinaba considerablemente todos los partidos de Francia y terminaba por despreciarlos. Ni la vieja derecha ni la vieja izquierda me complacían. Pensé en hacerme comunista, pero ello no era más que la expresión de la desesperación.

A partir de 1934 encontré el término de mis dudas y de mis vacilaciones. En febrero de 1934 rompí definitivamente con la vieja democracia y con el viejo capitalismo. El emparejamiento de los comunistas en el frente popular con los radicales y los socialistas me alejó de ellos. Habría querido mezclar a los manifestantes del 6 de febrero con los del 9 de febrero, a los fascistas con los comunistas.

Creí descubrir esta fusión en Doriot en el 36. Finalmente, la izquierda y la derecha se encontraban. He sido decepcionado por el seudofascismo francés como otros lo han sido por el Frente Popular. Doble fracaso, del cual se beneficiaría el viejo régimen moribundo, aunque todavía astuto.

He aquí lo que yo quería de Doriot y de mis camaradas del partido popular francés: quería rehacer una Francia fuerte que se viera libre del Parlamento y sus congregaciones y que fuese lo suficientemente poderosa para imponer a Inglaterra una alianza en la que reinasen la igualdad y la justicia. Francia e Inglaterra debían volverse hacia Alemania y emprender negociaciones en las que reinasen la comprensión y la firmeza; teníamos que darle colonias o arrojarla sobre Rusia. Habríamos sido libres para intervenir en el conflicto en el momento útil.

Doriot fracasó como un vulgar La Rocque, y nos encontramos en una posición falsa. Después de Munich, que yo apoyé sin alegría, con desprecio, me retiré de Doriot y me recliné en mi biblioteca, esperando la catástrofe.

Tuve una visión lúcida de las cosas del 39 y del 40, sabía que en Francia una revolución era imposible hecha por los franceses. Una revolución no podía venir más que desde fuera. Lo creo nuevamente, pero en el 40 me aferré a esta esperanza contra toda verosimilitud.

Yo no he partido como tantos otros de la idea de la derrota de Francia; para mí esto fue un hecho significativo de una situación mucho más general. La posición dominante de Francia en Europa había terminado desde la extensión del imperio inglés, la unidad alemana, el desarrollo de Rusia y los Estados Unidos. La nueva escolla de las potencias nos relegaba a segundo término.

Teníamos forzosamente que entrar en un sistema de alianzas, y en este sistema mantener una posición subordinada. Esto había sido demostrado después de treinta años por nuestra alianza con Inglaterra. Contra este hecho nada se podía hacer.

Es por lo que yo claramente acepté y declaré este hecho—que en mi opinión no es doloroso, porque forma parte de la evolución del mundo y es compensado desde la perspectiva del humanista y el europeo—por lo que yo he sido sobre todo detestado. Esta repulsa es natural, y un intelectual digno de ese nombre no puede más que soportarla estoicamente: sólo le queda continuar en la tarea ingrata.

Llegados a la conclusión de que una potencia secundaria está condenada a un sistema, queda por saber qué alianza de Francia es más provechosa para ella y para Europa. Jamás separé estos fines, que para mí no pueden ser más que uno.

El sistema alemán me parecía preferible a los otros, porque América, el imperio inglés, el imperio ruso, tienen demasiados intereses y, además extra-europeos, como para ocuparse seriamente de Europa.

En virtud de estas ideas generales he aceptado el principio de la colaboración. He venido a París en 1940 completamente decidido y consciente de que rompía con la opinión francesa en su gran mayoría por mucho tiempo. Sabía perfectamente los inconvenientes que me iba a traer, profundos inconvenientes de corazón, pero a pesar de mis temores y de mis retrocesos, me forzaba a hacer lo que consideraba como mi deber.

Mis tres ideas esenciales eran las siguientes:

Primera. La colaboración entre Alemania y Francia no podía ser considerada más que como uno de los aspectos de una situación europea. No se trataba solamente de Francia, sino de todos los otros países. No se trataba de una alianza particular, sino de un elemento en todo un sistema.

Todo esto no comportaba ningún elemento activo. No he sido jamás germanófilo y guardo todas mis simpatías particulares para el genio inglés, que conozco mucho mejor.

Segunda. Contaba con conservar mi espíritu crítico y me halaga haberlo conservado en lo posible y más allá de lo posible, tanto respecto del sistema alemán como del inglés, del americano y del ruso.

He visto inmediatamente que los alemanes, en su mayor parte, no comprendían la grandeza de su tarea y la novedad de medios que exigía.

Tercera. Al entrar en un sistema de coordinación y de subordinación que satisfacía o debía satisfacer mis ideas internacionales, europeas, contaba con defender la autonomía francesa, y para esto yo tenía ideas muy claras sobre la política interior, a través de las cuales debía hacerse la defensa de Francia.

Estoy sorprendido del lamentable fracaso de la política alemana en Europa, de la lamentable incapacidad política que ello ha representado. Fue a partir de este convencimiento, en el 41 y el 42, cuando me he sentido muy pesimista por Europa y por Francia, porque el fracaso de Alemania después del de Francia y de Inglaterra en Ginebra abría una negra perspectiva.

Me había engañado seriamente. Había creído que el fascismo, semisocialismo, se haría plenamente social bajo la presión de la guerra. Pero ocurrió precisamente lo contrario, que la contienda interrumpió la evolución social de Italia y de Alemania (y quizá también la de Rusia) y petrificó en un estatismo militarista y burocrático los elementos en desarrollo. Esto mismo hizo que a Alemania no se le ocurriera extender su revolución a otros países ocupados, a los que habría transfigurado con esta ocupación.

NECESIDAD DE SUPERAR EL NACIONALISMO (6 de noviembre de 1944)

Lo que ha hecho siempre dramática mi situación es que siempre he mirado por encima de las fronteras de Francia. Ya en el círculo del gusto y de

Las maneras chocaba mucho a mis compatriotas por lo que en ellas se infiltraba de mi conocimiento de otros países. Además, juzgaba demasiado libremente a Francia desde un punto de vista objetivo que parecía casi un sacrilegio. Finalmente, mi nacionalismo ha sido siempre paralelo a un internacionalismo, primero al de la Sociedad de Naciones ginebrina, luego al de la Europa ni rusa ni anglosajona.

He querido siempre mezclar y aproximar las preocupaciones contradictorias: nación y Europa, socialismo y aristocracia, libertad de pensamiento y autoidad, misticismo y anticlericalismo.

LA RESISTENCIA SERA DEVORADA POR EL COMUNISMO (7 de noviembre de 1944)

La supresión del absoluto divino obliga a restituir el absoluto en lo humano. Nuestra época es una época de ateísmo y de «totalitarismo». El Estado es el dios y los políticos son sus sacerdotes. Sólo una «religión» podrá, a la larga, oponerse al comunismo triunfante y el comunismo lo sabe muy bien.

Sigo en los periódicos el desarrollo de la situación política. Nada tengo que decir a esta situación que yo la había analizado exactamente en su proceso inevitable, en mis artículos y en mis últimos libros.

La resistencia es el fascismo que no se atreve a decir su nombre y que no osará jamás decirlo ni desarrollar su germen. Así pues la resistencia nacerá muerta, será aplastada entre la democracia resurgente y el comunismo. Sus elementos estarán siempre secretamente separados: se lanzarán hacia la izquierda o hacia la derecha. Entonces la democracia (el capitalismo) se verá completamente desnuda ante el comunismo, y como no se atreverá a convertirse en fascismo o lo hará demasiado tarde, será devorada por el comunismo. Todo esto es demasiado evidente para ser interesante.

8 de diciembre

La marcha del comunismo en Europa se precisa cada día más inexorable, irresistible. Stalin me parece forzado a ir hasta el último extremo. En primer lugar, porque tiene sesenta y cinco años, y luego, porque no puede arriesgarse a dejar a la Alemania del Oeste que se una a Occidente, lo que reconstruiría una alianza considerable (Alemania-América-Inglaterra-Francia). Tratará de arrancar a Francia al Occidente y tomar pie en América.

Inglaterra quiere jugar de árbitro entre los Estados Unidos y Rusia; pero parece que Stalin prefiere a Francia, más maleable, conducida por un ambicioso, para dar el jaque a América, ya que Inglaterra, con su Imperio, está a la merced de los Estados Unidos y se ve incapaz de desobedecerla seriamente. Inglaterra no le será nunca a Rusia segura, mientras que Francia siempre le podrá ser útil por su odio a Alemania. Además, podrá más fácilmente comenzar el comunismo en Francia que en Inglaterra. El partido se dispone a jugar la carta del odio a Alemania durante mucho tiempo.

¿Estados Unidos y, finalmente, Inglaterra, a pesar de sus reticencias, se van a aproximar a Alemania? Quizá lo hagan demasiado tarde.

¿Los acontecimientos de Bélgica y de Grecia son el comienzo de la tercera guerra mundial? Sí, seguramente.

NEGRO PORVENIR 31 de diciembre

¡Qué año! No lamento nada, o, más bien, lamento una cosa: no haber conseguido lo que me propuse el 12 de agosto. Pero heme ahora vivo de nuevo y más todavía que en los primeros meses de este año. Parece que las cosas se ponen mejor. No hay detenciones, por el momento; se han hartado de ellas. Hay treinta mil personas encarceladas, según declara el ministro del Interior. ¡Quizá sean suficientes! No había menos en los campos de Vichy. Es posible que Europa sea siempre así. Así fue una parte de Europa largo tiempo después de 1914.

20 de enero de 1945

Siempre he pensado que la prisión era un castigo más terrible que la muerte, y lo sigo pensando aún hoy, y, sin embargo, si fuese un auténtico filósofo no debería temer a la cárcel...

Hay años en los que estoy cansado de la política. En esta esfera lo que llamamos tontería humana estalla con una satisfacción monstruosa. Y, sin embargo, yo la he practicado siempre un poco. Por pereza, por falta de profundidad, por algo profesional. Comprendo ahora la frase de Barres, a quien yo interrogaba: «Pero, ¿cómo habéis pasado tantos años en eso?» ¡Bah!, cuando se ha escrito dos o tres horas se acaba por sentir desgana de uno.

Frecuentemente en la conversación yo voy a la política como se podría ir a una partida de cartas. Hay tan pocas gentes con las que se puede hablar de otra cosa... Son tan incultas o están tan encerradas en un sector de la cultura, tan «especializadas», como se dice en la jerga innoble de nuestros tiempos...

¿No es divertido hacer como un juego de adivinanzas sobre lo que va a ocurrir? Yo he forjado muchas suposiciones, hipótesis y profecías. Me he engañado, sin duda. Sobre Rusia más que sobre Alemania. Pero he acertado totalmente por lo que respecta a Francia.

INVOCACION FINAL

Me he conducido con plena conciencia en medio de mi vida, según la idea que yo me hago de los deberes del intelectual. El intelectual, el clérigo, el artista, no es un ciudadano como los demás. Tiene deberes y derechos superiores a los de los otros.

Yo estuve en París, y con algunos nos empeñamos en ir más allá de lo nacional; de desafiar a la generalidad de la opinión; de ser una minoría considerada con vacilación, duda y desconfianza finalmente, maldita cuando los dados de hierro cayeron en la balanza en El Alamein y Stalingrado.

El papel del intelectual, por lo menos de algunos de ellos, es el de ir más allá de los acontecimientos; de intentar todas las probabilidades que exigen riesgos; de ensayar los caminos de la historia. Tanto peor si se engañan en el momento. Se aseguran una misión necesaria: la de estar fuera de lo multitudinario. Delante, detrás o al lado, poco importa; pero fuera de ello. El porvenir no está hecho de otra cosa que de lo que se ha visto hoy; está forjado con lo que han visto la mayoría y la minoría.

Una nación no es una voz única: es un concierto. Es necesario que haya siempre una minoría, y nosotros hemos sido ésta. Hemos perdido y hemos sido declarados traidores. Es justo. Vosotros habríais sido los traidores si vuestra causa hubiese sido la derrotada. Y Francia no habría sido menos Francia, ni Europa menos Europa.

Yo soy uno de esos intelectuales cuyo papel es el de estar en la minoría. Somos varias minorías. No tenemos mayorías. La del 40 se disolvió en poco tiempo; la vuestra también se disolverá.

Me siento orgulloso de haber sido un intelectual que mide prudentemente sus palabras. Habría podido escribir en la clandestinidad (ya lo he pensado), en escribir en zona libre o en el extranjero.

No he hecho nada en estos grupos; pero he entrado en ellos para que me juzguéis hoy, para ponerme al nivel del juicio corriente, vulgar. Juzgad, como decís, pues sois jueces y jurados.

Estoy a vuestra merced, completamente seguro de escapar en el transcurso del tiempo. Pero, por el momento, juzgadme; para eso he venido. Vosotros no os escaparéis de mí como yo lo haré de vosotros.

Sed fieles al orgullo de la Resistencia, como yo soy fiel al orgullo de la Colaboración. No hagáis trampas, como yo tampoco las hago. Condenadme a la pena capital.

Nada de medias tintas. El pensamiento se ha hecho fácil; pero no caigáis en la facilidad.

Sí; soy un traidor. Sí; he mantenido inteligencia con el enemigo. He llevado la inteligencia francesa al enemigo. No es culpa mía si este enemigo no ha sido inteligente.

Sí; no soy un patriota ordinario, una nacionalista cerrado: soy un internacionalista.

No soy un francés: soy un europeo.

Vosotros también lo sois sin saberlo, o sabiéndolo. Pero hemos jugado y yo he perdido.

Reclamo la muerte.



BARCELONA: FIESTAS DE LA MERCED

500 CANCIONES Y 8.000 ESPECTADORES
EN EL III FESTIVAL
DE LA CANCIÓN MEDITERRANEA



Las diversas estampas gráficas dan el latido lleno de color de las Fiestas de la Mercè. A la derecha, el Alcalde de Madrid saluda a su colega de Barcelona



EL cantante es de mediana estatura. Tiene un rostro tallado en duros trazos, como el de los indios del Alto Perú... Pero el cantante es francés y su mano tiene forma de cuenco cuando, ante los micrófonos de TVE y de la Eurovisión, entona con una voz intensa y emocionada:

Dans le creux de ta main...

Después sigue una canción de amor que habla de lo que el protagonista sería capaz de hacer en el cuenco de la mano de su amada. En el cuenco de la mano de la amada, por ejemplo, pueden sonar campanas que borren todo un pasado... La canción tiene un fuerte aroma poético. Ocho mil espectadores siguen las palabras y los gestos del cantante con un silencio entregado.
Robert Jeantal, éste es el nom-

bre del cantante, se ha hecho canción él mismo... Sus manos se cierran para encerrar también un soplo de intimidad y hacer un rincón para su canción en la inmensidad del Palacio Municipal de los Deportes... «Dan le creux de ta main je te ferai un palais...» Ocho mil seres humanos imaginan en estos momentos que todo es posible si se está enamorado, incluso levantar un palacio en la palma de la mano de una mujer.

De pronto uno se da cuenta de que el silencio ha entrado por alguna fisura mal tapada del Palacio... Pero el silencio dura poco. Un aletear de manos otorga a Robert Jeantal la ovación más portentosa que haya oído jamás. El cantante saluda y saluda... No puede permanecer mucho tiempo más ante el público que le aclama... Otro cantante espera. El



ritmo del Festival no puede alterarse... El ritmo del III Festival de la Canción del Mediterráneo. El locutor Federico Gallo ruega al público que no exija un bis de «Dans le creux de ta main». No lo permiten las reglas del Festival.

—Si tanto les ha gustado, respetado público, voten... Tomen nota y llévenla a la final.

Y tomaron buena nota.

MAS DE 500

El III Festival de la Canción del Mediterráneo está considerado, después del de San Remo y con el de la Eurovisión, uno de los más importantes de Europa. Promovido por Radio Nacional de España en Barcelona y conllevado con las Direcciones Generales de Turismo de Francia, Italia, Grecia y España, se propone hacer universal una canción cantada con palabras fundidas en el crisol del «Mare Nostrum».

En su primera edición triunfó Italia con su canción «Binario», original del autor-cantante Claudio Villa. En la segunda, Grecia, con la canción «Agaph Mioun», de Kosta Minouri e interpretada por Mina Mischouri. En la tercera, un Jurado seleccionador tuvo que desbrozar más de 500 canciones para brindar al criterio del público veintidós canciones finalistas.

El público, como se cansó de repetir Federico Gallo ante los micrófonos, es el árbitro absoluto. En unas papeletas adjuntas a la entrada señala los dos primeros días las cinco canciones que hayan sido más de su agrado. Estas diez canciones son las que concurren en la ronda final.

Este año el público seleccionó tres canciones griegas, tres españolas, tres francesas y una italiana. Por primera vez desde el inicio de estos festivales no se daba el caso de un cantante-autor de la canción concurrente. ¿Va esto en detrimento de la calidad interpretativa de la canción? Bastaría haber oído la interpretación que de «Dans le creux de ta main» hiciera Robert Jeantal para comprender que no es así.

Los griegos tenían un público favorable. El año anterior, sus dos canciones coparon los dos primeros lugares, y este año volvía a concurrir el compositor ganador del año anterior, Kosta Minouri, con una canción que desde el principio mostró marchamo de calidad: «Ta grisa Matákkia». El intérprete de la misma era Alecos Pandas, segundo en la edición anterior con la a estas horas celebrada «Yo te daré dos rosas blancas de aquel rosal que cuidas con tanto amor...»

La mecánica del Festival es la siguiente: Las veintidós canciones se reparten entre dos días; cada día son elegidas, por el público, cinco de las once cantadas, cada una por dos intérpretes; las diez seleccionadas pasan a la final, donde también son interpretadas por dos cantantes para que el público pueda escucharla en dos estilos.

EL MARCO

¿Qué hacía la ciudad mientras en el volumen de cristal, aire y seres humanos del Palacio Municipal de los Deportes se dilucidaba el III Festival de la Canción del Mediterráneo?

Llegar a Barcelona durante las

fiestas de la Merced es como llegar a Madrid en pleno San Isidro. Todas las facetas de la ciudad han sublimado actos de homenaje a la Patrona de la ciudad, que se convierten, por su dedicación al público, en verdaderos actos de homenaje al prestigio de la urbe.

El 23 de septiembre, cuando la noche comienza a impregnar el aire, el pueblo se congrega en la restaurada plaza de San Jaime, con el Ayuntamiento ante sí y la Diputación a sus espaldas. Arriba, en el Consejo de Ciento, se lee el pregón de fiestas... A continuación los heraldos ocupan un entarimado alzado en el centro de la plaza y leen el pregón ante el pueblo en catalán y castellano. Las fiestas de la Merced ya han empezado.

Pero el siguiente problema que tiene planteado el rumoroso hombro de la calle que desciende por la de Fernando para llegar a las Ramblas es: «Bueno, ¿y por dónde empiezo?» De momento puede empezar por andar unos cuantos pasos más y contemplar los nuevos puestos de flores que el Ayuntamiento ha colocado en la universalmente conocida Rambla de las Flores.

Este mercado, emplazado en los dos márgenes del paseo central de un tramo de las Ramblas, ha sido la admiración de nativos y forasteros desde siempre. El Ayuntamiento ha decidido arrinconar el verde esqueleto de madera de los viejos puestos y sustituirlos por armaduras de aluminio, cristal y plástico. Que nadie crea que la cosa ha sido fácil. Más de un cronista local ha puesto un grito donde se pone siempre, en el cielo: ¡Y el sabor de lo tradicional!

Si el sabor de lo tradicional tie-

EL "PLAN MECENAS"

Tiene por objeto ayudar a los escritores noveles, dándoles oportunidad para que publiquen sus trabajos. Por otro lado, considerando que existe un creciente desinterés del público por la lectura, se intenta fomentar mediante la entrada del lector en la vida activa. El será quien vote las mejores obras editadas por el PLAN cada año.

MECENAS publicará obras largas y cortas, en prosa o verso, siguiendo dos turnos intercalados: Uno, por riguroso orden cronológico de adhesión al PLAN, y otro, por méritos. Existe el proyecto de editar hasta cinco obras cada mes, formando un solo volumen que contenga tres largas y dos cortas.

Habrán dos categorías de suscriptores: SUSCRIPTORES LECTORES que no colaborarán, aunque voten anualmente para elegir los mejores trabajos, y SUSCRIPTORES COLABORADORES.

Con objeto de librarse de imposiciones económicas, ineludibles en otro caso, los Volúmenes Mecenas se distribuirán por el importe de una cuota mínima inferior a 55 pesetas mensuales entre sus suscriptores, siendo ésta la única contraprestación exigida. Era el único sistema eficiente que permitiese editar todos los trabajos meritorios sin preocupaciones de venta. En el futuro se procurará eliminar incluso esa condición.

MECENAS no busca lucro inmediato ni pide cantidad alguna previa y sólo cobrará un precio más que módico por los volúmenes que vaya entregando a sus suscriptores.

Los autores que colaboren en los Volúmenes Mecenas percibirán como pago el 10 por 100 del precio marcado en las solapas de cada volumen

o, si lo prefieren, 200 ejemplares gratuitos de su obra.

Por tanto, la cuota fija, inferior a 55 pesetas, dará las siguientes ventajas:

- 1.ª Recibir un libro todos los meses por un precio ínfimo que simplemente cubra gastos de gestión y edición. Esto permitirá al suscriptor formarse una biblioteca en la que estén representados todos los valores, estilos y tendencias de la literatura actual, constituyendo un excelente instrumento orientados sobre las apetencias del público.
- 2.ª Todos los meses habrá una doble selección entre los obras presentadas por los Suscriptores Colaboradores para elegir las que vayan a ser publicadas. Esto supondrá, por lo menos, 24 oportunidades más de las que ofrecen los Premios Literarios anuales.
- 3.ª ADEMÁS, se irán editando, por orden cronológico de adhesión al PLAN, todas las demás, no seleccionadas y que posean nivel de méritos suficientes. Con ello se eliminarán a u t o m á t i c a m e n t e, preferencias, suerte, apreciaciones, etc.
- 4.ª La votación de las mejores obras editadas durante el año será una nueva ventaja que añadir a las anteriores y fomentará, además, el interés del lector medio por las inquietudes literarias.

El PLAN cuenta ya con centenares de adhesiones, por lo que si no hay imprevistos iniciará sus actividades en plazo muy breve.

«PLAN MECENAS», Apartado 12
SAN LORENZO DEL ESCORIAL



ne abundante mezcla de polvo, carcoma, moho e incluso, según algunos guasones, setas, debe ser un sabor muy poco agradable. Lo cierto es que Barcelona estrena puestos de flores en estos días de la Merced.

Y DESPUES, ¿QUE?

Bueno. Y después, ¿qué? Puede

escoger entre encaramarse hasta Montjuich y presenciar el tercer Festival de la Canción del Mediterráneo; asistir en el Liceo a la actuación del bailarín José Greco; presenciar las secciones de teatro latino o las de teatro románico en el Tinell; ir urgentemente en busca de entradas para el Festival del Cine en Color; ir

Las carrozas del gremio de feriantes pasa entre las serpentinatas y la alegría popular

al encuentro atlético entre España y Austria, o bien a la Travesía a nado del puerto. Si es buen aficionado taurino tiene el coso de la Monumental repleto de prome-



Majas de la Casa de Madrid, ataviadas con el típico traje, depositan una corona de flores ante el monumento a Mosen Cinto

sas de buenas tardes cuajadas de emociones peculiares de la Fiesta. ¿Por dónde empezar? Es una lástima que no se consiga una paga extraordinaria durante las fiestas de la Merced, piensa el barcelonés. ¡Si el bolsillo llegara de aquí a Roma!... (dicho local que indica una gran prosperidad económica). Pero el bolsillo no llega de aquí a Roma y, salvo algunos afortunadísimos, el barcelonés medio debe elegir entre esto o aquello.

Pero aún queda más. Mucho más. La II Gran Gala de la Seda, a celebrar a bordo del trasatlántico español en un crucero por la Costa Brava en la noche del 30 de septiembre. Pero para narrar este sucedido ya habrá tinta en el tintero en su día.

Una ciudad industrial como Barcelona debe cuidar sus espectáculos de masas y las fiestas de la Patrona de la ciudad han abundado en este tipo de manifestaciones. Había que ver el Paseo de Gracia durante el desfile de carrozas del Real Circulo Artístico... Los niños asistían al espectáculo extasiados y alborozados. El despilfarro de luz y color les jugaba en la retina como una maravilla de cuento o de película de Walt Disney.

¡Mama, que macu!

Repetían, que es lo máximo que puede decir un niño catalán para expresar su entrega a las cosas de este mundo.

OTRA VEZ

Pero será preciso que volvamos al Palacio Municipal de los Deportes. Los días 23, 24 y 25 se han desarrollado las sesiones del III Festival de la Canción del Mediterráneo.

El festival tiene su anecdótico. Primero, la sobriedad, la elegancia de los artistas griegos. ¿Qué prodigio de voz y empaque personal! Alecos Pandas, Mara Lo, Angela Zilia... Cuando esta última, una bellísima morena de rostro expresivísimo se arrancó por el «Ta grisa Matákkia», el Palacio de los Deportes se hundía, tanto, que después nadie comprendió cómo «Presentimiento», española, ocupaba el segundo lugar en vez de la griega. ¿O qué decir de Nihita? Pocas veces hemos oído una canción tan delicada, tan sugerente en la voz de Alecos Pandas y Mara Lo, una especie de Edith Piaf griega, perennemente vestida de negro.

El conjunto de las griegas ha sido el de más calidad, seguido de las francesas con «Dans le creux de ta main», «L'Amour est une

chanson» y «Cupidón». En cambio a todos ha sorprendido la falta de imaginación que día a día muestran las canciones italianas, como si se hubiese agotado el cuerno de la abundancia de los Modugno, Villa, Rascel, etc. La única canción italiana que alcanzó la final fue «Tu sei brutta», cantada por Jimmy Fontana y Giorgia. Si el primero era conocido ya por nosotros por el anterior festival, la segunda fue una sorpresa mayúscula.

Menuda, más bien abundante, con una mirada de toro encerrado, Giorgia se hizo simpática inmediatamente. Pero los comentarios eran más o menos así:

—Si ésa te pega un sopapo lo vas a pasar mal.

La canción «Tu sei brutta» (bruta es sucia), con su ritmo moderno, duro y rasgado, contribuía a cimentar la leyenda de agresividad que Giorgia se estaba creando. Pero llegó el fin de fiesta. Giorgia se fue hasta el piano y acompañándose ella misma cantó maravillosamente el «Himno al amor», que, claro está, no nos hizo olvidar a Edith Piaf, pero que también consiguió emocionarnos con un perfecto francés desgarrado, como requiere la canción.

PRESENTIMIENTO

Si el espectáculo hubiera estado sentado con cierta proximidad a los críticos musicales hubieran visto su gesto de contrariedad al quedar «Presentimiento», española, en segundo lugar. Merecían aquél, con iguales méritos, «Nihita» y «Ta grisa Matákkia», y, en todo caso, la española «Vagabundo»; por delante de «Presentimiento», en calidad.

¿Por qué entonces su segundo lugar?

José Guardiola es el punto clave del enigma. José Guardiola es muy querido por sus paisanos y se ha convertido en el cantante melódico español más cotizado. Nos sorprendió que la extraordinaria calidad de Ramón Calduc y Carlitos Romano no impusieran «Vagabundo» al criterio del público. Pero es mucho competir con la nombradía de José Guardiola.

La actuación de Carlitos Romano tuvo un deje de emoción, de suspense, en el primer día. Inició la canción...

*¡Canto a la luz y al viento
sueño con las estrellas,
canto mi libertad...
a la tierra!*

A partir de entonces el cantante empezó a toser y la orquesta estranguló los compases de acompa-

ñamiento con los que pretendía disimular la indisposición del cantante. Carlitos Romano, un magnífico, extraordinario cantante argentino, se retiró unos momentos. Reapareció y repitió la canción, magníficamente por cierto. Al finalizar, las gotas de sudor que maban de su frente se mezclaban con las lágrimas en las mejillas.

UN FALLO

La noche de la final la expectación era enorme. Robert Jeantal volvió a cantar «Dans le creux de ta main» con delicadeza sin igual. Un crítico me decía:

—La canción recuerda el estilo de Aznavour y Becaud, pero el cantante es personalísimo, cosa que en Francia, con la abundancia de primeras figuras es muy difícil.

El rostro de Jeantal, ese rostro de joven delicado y sensible, retrataba la canción. En Robert Jeantal hay un cantante para el porvenir de la canción francesa. Jeantal se mostró magnífico cantante no sólo en la melodía ganadora, que interpretó siempre él mismo, sino en «L'Amour est une chanson» con Nicole Croiselle. «L'Amour est une chanson» es todo lo contrario de «Dans le creux de ta main». Se trata de una melodía movida, al ritmo de samba... Jeantal se mostró como un cantante dúctil. A la hora de intentar recordarnos a algún intérprete francés haríamos una mezcla entre Becaud y Jacques Brel, insuperable en su «Madame Patronese» y tal vez tendríamos una aproximación de Robert Jeantal. Pero éste tiene más ductilidad que Becaud y más sensibilidad que Brel.

Jeantal ha sido el gran descubridor del Festival. Pero en Francia ya le habían descubierto. Este año ganó el premio Corazón de Oro, uno de los que consagran las jóvenes revelaciones. Robert Jeantal, cuando recogió el trofeo, no sólo a la mejor canción, que no era suya, sino al mejor intérprete del Festival, demostró una modestia, una ausencia tal de pose que la devoción del público se hizo más unánime.

Con los pantalones mal planchados de un traje sencillísimo, Cantal se inclinaba una y otra vez ante las aclamaciones. El locutor seguía leyendo el orden final:

1.º «Dans le creux de ta main» (Francia). 2.º «Presentimiento» (España). 3.º «Ta grisa Matákkia» (Grecia). 4.º «Nihita» (Grecia). 5.º «Vagabundo» (España). 6.º «Tu sei brutta» (Italia). 7.º «Cupidón» (Francia). 8.º «Julio Verne» (España). 9.º «L'Amour est une chanson» (Francia); y 10.º «Psemma» (Grecia).

Al salir, el mismo crítico resumía el festival de este modo:

—El Festival ha tenido tres cosas importantes: la canción ganadora y su intérprete, Robert Jeantal; el lote de canciones griegas, a cual mejor, y el hecho de que las canciones españolas ya emplecen a dejar de lado la andaluza y el bolero melódico acaramelado.

Y yo recordaba un fragmento del rock español «Julio Verne»:

*Te llamaban soñador,
pero tuuuuu tenías razón.
Pobre Julio Verne.*

Manuel V. MONTALBAN
(Fotos: Hispania Press.)

LEA TODAS LAS SEMANAS

El Español

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Tres meses	35 pías.
Seis meses	75
Un año	150

ZARAGOZA, ALTAR MAYOR

CIEN MIL PEREGRINOS DE TODA ESPAÑA EN EL V CONGRESO EUCARISTICO



El Caudillo y su esposa asistieron, dando ejemplo de piedad y fervor, a la procesión de clausura del Congreso. Era la primera vez que el Jefe del Estado recorría las calles zaragozanas, y el puerto de Vinároz, a la izquierda siempre en la memoria de Zaragoza.

POR todas las partes se llega a Zaragoza, por los caminos de Andalucía y por los de Cataluña. Por ellos llegaron a la capital aragonesa miles y miles de españoles en peregrinación eucarística. Y por los de Levante y La Mancha y Extremadura. Y hasta de las lejanas islas Canarias o las más vecinas a Zaragoza, las Baleares. De Burgos y León, de Bilbao, de Murcia han llegado sacerdotes, religiosas. Y obispos presidiendo las peregrinaciones oficiales de sus respectivas diócesis. Toda España se

ha volcado sobre Zaragoza, toda España estaba presente en el recién estrenado paseo de la Independencia o en la plaza del Paraíso, en la calle de Jaime I y, sobre todo, en las plazas de La Seo y del Pilar. Mezclados los Ministros del Gobierno y los hombres del trabajo, los labradores y los prelados españoles, las religiosas, los obreros, los estudiantes, los militares, las asociaciones piadosas. Toda España presente en esas jornadas, iluminadas por un sol rotundo, en las que se han mul-

tipicado las procesiones y las conferencias, las misas y los actos religiosos por diversas intenciones, los actos infantiles, las Exposiciones de arte sacro y las representaciones de Autos Sacramentales. Y toda España presente en Zaragoza para adorar, honrar y cantar al Santísimo Sacramento en el V Con-

greso Eucarístico Nacional, que constituyó uno de los más esplendorosos jalones de la historia eucarística española, tan llena de motivos para figurar en las más limpias páginas con que cuenta la Iglesia, y en la relación de Congresos que se han celebrado en España, tanto los internacionales como los nacionales y los provinciales, regionales, locales o comarcales.

FRANCO, PEREGRINO EN ZARAGOZA

Cuando el Caudillo bajó del coche en el que entró en Zaragoza, los caños —apagados hasta ese momento— de la monumental fuente de la plaza de Don Benito Paraíso comenzaron a arrojar chorros de agua y de luz. Y minutos después, las farolas del nuevo paseo de la Independencia volcaban sobre el pavimento sus haces luminosos. Zaragoza abría sus puertas al primer peregrino de España de una forma radiante. Porque si el V Congreso Eucarístico Nacional pasará a la historia por su esplendor, por su afluencia de peregrinos, por las cien mil almas que durante esa semana acudieron al Pilar, la ejemplaridad de Franco en la procesión y en el Pontifical conmovió sinceramente a los zaragozanos, a los aragoneses y a cuantos estuvimos en Zaragoza. El Caudillo y su esposa estuvieron en las jornadas de clausura del Congreso, y el recibimiento fue triunfal: se les aclamó con esa clara sobriedad de la buena gente aragonesa, se les vitoreó insistentemente, pero también se vio en sus Excelencias la forma auténtica de la piedad entera.

Los miles de personas que abarrotaban la plaza de España, la calle del Coso y la de Alfonso I contemplaron la procesión con respeto; se arrodillaron al paso de la carroza de paita de La Seo, sobre la cual iba la custodia ostensoria plateresca de Pedro Lamaison y Forment, en la que el Cuerpo Sacramentado del Señor recorría las calles zaragozanas, y vieron cómo Franco era ejemplo y muestra de las más auténticas virtudes españolas. Realmente lo que Zaragoza ha vivido estos días es la mejor forma de decir a propios y extraños qué es lo que ocurre actualmente en España. Esas palabras que hablan de unidad, de catolicidad, de fervor eucarístico tuvieron plena realización en la capital aragonesa, porque allí estaba el Caudillo con su pueblo, todos apretados en un mismo haz de ideas, como la mejor ofrenda que al Sacramento se puede hacer.

NACIMIENTO E HISTORIA DE LOS CONGRESOS EUCHARÍSTICOS

Pocos españoles habrá que no hayan entonado o seguido, por lo menos una vez en su vida, el "Cantemos al Amor de los Amores". Este popularísimo himno eucarístico nació en España en los días del año 1911, cuando se celebró el Congreso Eucarístico Internacional en Madrid, primero de los dos que ha habido en nuestra Patria de ámbito universal, ya que el segundo fue en Barcelona. En la ciudad catalana se cantó otro de los himnos en honor del Sacra-

mento que han "pegado" bien y se han asentado en el oído, la voz y la memoria de las gentes españolas: "De rodillas, Señor, ante el Sagrario".

Enumerar los Congresos Eucarísticos regionales, provinciales, comarcales o puramente locales que ha habido en España sería tarea tan larga como dificultosa. Se puede afirmar, sin lugar a equivocarse, que ni una sola provincia española ha dejado de celebrar alguno o varios, desde que los Congresos Eucarísticos como tales comenzaron a celebrarse hace casi un siglo en Francia. Fue exactamente el 29 de junio de 1873 cuando sesenta diputados franceses se reunían en Paray-le-Monial para consagrar su Patria al Sagrado Corazón de Jesús y manifestar públicamente su fe ante el laicismo que imperaba en Francia. Entre los católicos que acudieron a los sagrados oficios, en un rincón de la iglesia había una muchacha francesa, Marie Martha Tamisier, recogida en oración, sin que apenas nadie se diese cuenta de que estaba allí, pensando en el estado espiritual de Francia, hablando de tú a tú a Jesús Sacramentado, con una segura esperanza de que los hombres encontrarían la paz si mirasen con serenidad a un sagrario. Al salir de la iglesia de Paray-le-Monial marchó presurosa a hablar con monseñor Claude M. Dubuis, entonces obispo de Galveston (Texas). Marie Martha Tamisier quería que el mundo entero se reuniese en torno a la Sagrada Eucaristía para que encontrase lo que había olvidado o perdido: fe, esperanza, caridad, creer en lo que entraña el Santo Sacramento. Monseñor Dubuis expuso el proyecto al Papa León XIII y el Pontífice prometió todo su apoyo para que estas reuniones mundiales eucarísticas se celebrasen. Ocho años más tarde, el 28 de junio, peregrinos de España, Francia, Austria, Inglaterra, Holanda, Suiza, Italia, Chile y Méjico se reunían en Lille para honrar a Jesús Sacramentado. Habían nacido los Congresos Eucarísticos Internacionales. Al acabar el siglo XIX eran ya doce los que se habían celebrado. Y precisamente de aquí, antes en el ámbito internacional que en el local o nacional, es de donde partieron las manifestaciones públicas en honor de la Eucaristía, tal como hoy las entendemos bajo la denominación de Congresos.

CUATRO CONGRESOS EUCHARÍSTICOS NACIONALES EN ESPAÑA

El ejemplo cundió pronto. Y en España también comenzaron a organizarse, de un modo que recogiese el sentir de toda la Nación. El primero de ellos se acordó en el III Congreso Católico Nacional de Sevilla, que se celebrase en Valencia. Entonces era arzobispo de la ciudad del Turia el doctor Saca-Hervás, quien se esforzó cuanto pudo por conseguir que el primer Congreso Eucarístico Nacional que se celebraba en España tuviese un perfecto desarrollo. Valencia ha sido cuna de santos eucarísticos; aquí fue fundada la Adoración Nocturna, y, finalmente, en su catedral se conserva el cáliz que la tradición asegura ser el mismo que usó Nuestro Señor Je-

sucristo en la Última Cena. Valencia, por lo tanto, era lugar digno, bien elegido. Y el 2 de noviembre de 1893 se inauguró el I Congreso Eucarístico Nacional.

Poco después, finales de agosto de 1896, en Lugo —la ciudad del Sacramento— comenzaba el segundo de los Congresos Eucarísticos Nacionales. Lugo fue elegida por ser ciudad de gran tradición eucarística, pues en su catedral, por especial privilegio papal, está expuesto día y noche el Santísimo Sacramento. El tercero se desarrolló en Toledo muchos años después. Su famoso Corpus y la custodia de Arce pueden ser dos puntos de referencia para conocer la historia eucarística de Toledo, donde se celebró el III Congreso Eucarístico Nacional en octubre de 1926. El cuarto tuvo como sede a Granada, donde comenzó el 15 de mayo de 1957.

TEMA: LA MISA. CONSIGNA: EL CONCILIO

En la semana del 17 al 24 de septiembre de 1961 es cuando se desarrolló el V Congreso Eucarístico Nacional en Zaragoza, cuyas actividades se fundamentaron sobre dos bases fundamentales, el tema de estudio: «La santa misa», y la gran consigna: «El Concilio Euménico». Sobre este último punto, el arzobispo de Zaragoza, doctor Casimiro Morcillo, publicó una pastoral el 25 de enero de este mismo año sobre «Los Concilios en la Iglesia y el Concilio Vaticano II», en la que, entre otras cosas, decía: «Todo el arzobispado, con España entera, pública y solemnemente, se postrará ante el Santísimo Sacramento del Altar, vínculo de caridad y signo de unidad, en el Congreso Eucarístico Nacional del próximo mes de septiembre para pedir a Dios que envíe su Espíritu sobre el Concilio y que congrege a todos los que se honran con el nombre de cristianos en torno a la mesa del Sacrificio Eucarístico». Y en otra ocasión, el prelado de Zaragoza dijo: «Nuestro Congreso Eucarístico no puede olvidar que la Iglesia está preparando un Concilio Euménico y que en el sacrificio de la misa es donde mejor pueden unirse todos los que se han bautizado en el Espíritu Santo. Por eso todos los actos del Congreso serán una plegaria colectiva del pueblo español, elevada a la Eucaristía, para pedir la asistencia del Espíritu Santo al Concilio y la unión de todos los cristianos».

Si esto dijo el arzobispo de Zaragoza de lo gran consigna del Congreso, del cual él mismo fue presidente del Comité ejecutivo y de la Comisión doctrinal, el tema de estudio de esta Asamblea nacional eucarística la definió en una circular de la siguiente forma: «La Eucaristía como sacrificio de la nueva alianza de Dios con los hombres». De aquí arrancarán todos los actos que se celebran, y así, las diez Comisiones que prepararon el Congreso —ejecutiva, arte y ornamentación, propaganda, niños, doctrinal, congresillos comarcales, hacienda, hospedajes, protocolo y religiosas—, y que trabajan en esta semana para ir cumpliendo sus cometidos, han encaminado sus tareas en ese sentido.



TRADICION EUCARISTICA DE ARAGON

Sobre la tradición e historia de la región aragonesa también hay que hablar, pues no sólo por haber nacido aquí San Pascual Bailón y otros santos de gran amor a la Eucaristía, sino por motivos como el que la tradición cuenta de que el cáliz que Jesucristo usó en la Última Cena fue entregado por el Papa Sixto II y fue enviado a España en el siglo III, permaneciendo primero en Huesca y luego en San Juan de la Peña, y antes de ser entregado a la catedral de Valencia estuvo depositado, en el siglo XV, en la capilla de San Martín, del palacio de Aljafería.

Pero hay cinco casos eucarísticos más. El primero, el de las seis Sagradas Formas de Daroca. Otro más, según refiere Blasco de Lanuza, sucedió en el monasterio cisterciense de Nuestra Señora de Piedra, al convertirse en viva sangre las especies sacramentales con las que oficiaba un sacerdote de Cimballa. El 23 de noviembre se pronunció sentencia declarando obra prodigiosa el misterio de Anifión, en cuya iglesia parroquial se guardan los corporales con cinco formas teñidas en sangre y otra más de una sustancia parecida a la levadura, las cuales no fueron atacadas por un incendio que allí se produjo. Caso parecido ocurrió en el mismo siglo XIV en Andorra (Teruel). Y milagros similares, en Aguaviva (23 de junio de 1475), San Juan de la Peña (17 de noviembre de 1499), Real Monasterio de Montearagón (1477), Paracuellos de Jiloca, Villanueva de Jalón y en el convento de San Agustín, de Fraga (1480). Otro de los casos extraordinarios que forman parte de la tradición eucarística de Aragón es el del Santísimo Monasterio de Piedra. Y por último, el sucedido el 8 de noviembre de 1601

en La Viñuela. Uno de los acólitos que ayudaba a la santa misa cometió una imprudencia y se incendió la iglesia parroquial. Cuando se efectuaban las operaciones de descombro, bajo unas baldosas apareció la arqueta con las Sagradas Formas, sin que nada las hubiera ocurrido. Y, por último, el milagro de la Hostia profanada, que cuenta el maestro don Diego Espés, racionero de La Seo y secretario de aquel Cabildo.

CONFERENCIAS CIENTIFICAS

Si la santa misa fue el tema de estudio de este V Congreso Eucarístico Nacional, el santo sacrificio se estudió desde todos los puntos de vista durante los días de esta Asamblea en honor al Sacramento. Durante la semana, sacerdotes de León y Almería, religiosas de Galicia y Cataluña, educadores de Ciudad Real y Bilbao, estudiosos de toda España, seglares, hombres y mujeres, encaminaron sus pasos por las calles zaragozanas que llevaban a la de Don Jaime I, en cuyo número 18 Ahorros. Aquí, en la tribuna de se levanta el salón de la Caja de oradores, pronunciaron sus conferencias los más ilustres expertos en la materia y las personalidades españolas y extranjeras más relevantes en los estudios teológico-eucarísticos. Y lo mismo que en la Caja de Ahorros, en el Jardín de Invierno, donde pronunció su conferencia el obispo de Calahorra, don Abilio del Campo Bárcena, sobre «La misa y la vida cristiana», dentro del ciclo para seglares, o en el paraninfo de la Universidad, donde se desarrollaron el resto de las conferencias de esta serie para seglares, ya que el obispo de Calahorra fue el que la inició. Y en el salón de actos de las Madres Escolapias y en el de

Sus Excelencias siguieron con reverente devoción el Pontifical de clausura del Congreso celebrado en la plaza del Pilar

las Teresianas. Estos han sido los lugares donde se dijeron las palabras y los discursos, las conferencias y los coloquios sobre el tema del Congreso.

En cuatro series se han dividido los actos académicos. La primera, de estudios científicos. Del día 18 al 23, todos los días, a las once y doce de la mañana, dos conferencias. El primer día hablaron los profesores don Julio Fleta, de Zaragoza, y don Baldomero Jiménez Duque, de Avila. El primero sobre la «Prefiguración de la misa» y el segundo acerca de «La misa y la vida cristiana». Siguiendo por orden cronológico, los restantes profesores son: el dominico Padre Sauras (Valencia), quien habló sobre «La misa, vínculo de unidad». Don Raimundo Paniker (Roma) disertó sobre «La misa como "consecratio temporis"». La sempiternidad. «La institución de la misa y su celebración en la iglesia primitiva» fue el tema de la conferencia del jesuita Padre Larrañaga (San Sebastián). Este mismo día 20 habló también otro jesuita, el Padre Aldama (Bélgica), sobre «La misa y la Iglesia». El cordimariano Padre José María Alonso (Roma) sobre el tema «La misa y la Virgen», y el Padre jesuita Santos (Comillas) acerca de «La misa y los hermanos ortodoxos separados». El día 22 sólo hubo una conferencia, a cargo del reverendo señor Rivera (Toledo), sobre «Valoración eucarística y sacrificial de la liturgia mozárabe».

Temas de las dos últimas conferencias de esta primera serie: «Tendencias actuales en la liturgia de la misa. Movimientos doctrinales (Casel, etc.)», por don Carlos

Castro (Zaragoza) y «La conmemoración eucarística en las confesiones anglicana y protestante», por L. Bouyer (París).

PARA SEGLARES, RELIGIOSAS Y NIÑOS

Cinco fueron las conferencias programadas dentro de la serie dedicada a los seglares. La primera, a cargo del obispo de Calahorra. Las demás han tenido como marco el paraninfo de la Universidad, en la plaza de Paraíso, con la excepción de la segunda, «Sacrificio eucarístico y apostolado misionero», por el Padre Ignacio Omaechevarría, O. F. M., en el salón de la Caja de Ahorros.

«El ágape cristiano: la institución de la misa y su celebración en la Iglesia primitiva» fue el tema de la disertación del obispo de Zamora, don Eduardo Martínez. El prelado de Orense, don Angel Temiño Saiz, desarrolló el tema «La misa y la iglesia: el cuerpo místico y el cuerpo místico de Cristo». La última de este ciclo, «Ritos de la misa. Lo sustancial y lo accidental. La misa en la Iglesia católica, en la Iglesia ortodoxa y en la Iglesia protestante», por don Jesús Enciso, obispo de Mallorca. Todas ellas a las ocho de la tarde.

La tercera serie de conferencias estuvo dedicada a las religiosas. Cientos de monjas de toda España, con una diversidad de hábitos realmente asombrosa, se reunen todas las tardes a las cinco en el salón de actos de las Madres Escolapias. La primera conferencia fue pronunciada por el doctor José María Lahiguera, obispo auxiliar de Madrid, quien habló de «La misa y el espíritu de la vida religiosa». Las demás fueron: «La misa, sacrificio de catolicidad», por el dominico de Valencia, Padre Llamera. Don Agustín Pina Lancis (Zaragoza), disertó sobre «La misa y la identificación con Jesucristo». «La misa y la vida cristiana» fue el tema de la lección del obispo de Astorga, don Marcelo González. Don Plácido Centeno (Segovia) dijo «Cómo enseñar a vivir la misa» y don Angel Morta (Zaragoza) disertó acerca de la «Participación de religiosas en la misa».

Las conferencias para educadores, cuarta serie del ciclo de actos académicos, fueron seis, todas a las once y media de la mañana, en el salón de actos de las Teresianas. El Padre Altissent, de las Escuelas Pías, habló de «El canto en la misa». Don Casiano Floristán (Salamanca) dijo su palabra sobre «La misa, síntesis de la palabra y de la obra de Dios», y también pronunció otra conferencia sobre «La liturgia de la palabra de la misa». El resto de las lecciones son: «Panorama sintético de la formación y vida litúrgica», por el hermano José Rodríguez Medina, F. S. C. (Salamanca); «La pastoral de la misa dominical en los colegios y escuelas», por el Padre jesuita Adrián Zulueta (Comillas), y «Cómo organizar en la práctica la vida litúrgica de la juventud en un centro de educación», por el hermano Sebastián Rubi, director de la Catequética Lasiana.

Desde el púlpito de una aldea gallega hasta el catedrático de Universidad, desde el hombre corriente de la calle, ese con el que

nos cruzamos todos los días y que lo mismo puede ser un chófer que un oficinista, un estudiante que un militar, un obrero metalúrgico que un dirigente de empresa, hasta la religiosa o el educador, son cientos los que ocuparon un asiento en cualquiera de las salas donde se oyeron estas conferencias, para escuchar a los mejores maestros en el saber y decir eucarístico cuanto concierne al santo sacrificio. Estas conferencias y este Congreso tendrán su repercusión y actuarán como vasos comunicantes por todo el mapa espiritual de España, y harán que el hombre de la calle, el universitario y el obrero, la monja, el niño y el educador mediten seriamente lo que significa la misa, la vivan no como mera rutina o un acto de comunidad o sociedad más con el que hay que cumplir, sino como algo vitalísimo para el desarrollo moral de la persona. Buena idea y buenos frutos son los que habrá que esperar del Congreso.

MISAS EN DIVERSOS RITOS

Hasta tal punto se centró todo el desarrollo del Congreso en torno a la Misa, que cada día hubo una vespertina por las diversas intenciones del mismo. Así, en el Jardín de Invierno, organizada por la Acción Católica y el Apostolado Seglar para pedir por la unión de las Iglesias; la de la Organización Sindical, con la ofrenda de harina, vino, aceite, vasos y ropas sagradas para las iglesias y parroquias pobres de la archidiócesis zaragozana; la del Seminario de San Carlos, sólo para sacerdotes y religiosos; la de los militares, en el Pilar, como la de los Sindicatos; la de la iglesia «Mater Salvatoris», de los padres jesuitas de la plaza de Paraíso, por la Iglesia Misionera y América, organizada por los matrimonios cristianos, y la de los intelectuales, también por la Iglesia Misionera y América, en la Basílica del Pilar.

Por otra parte, para que los asistentes al Congreso asistiesen al Santo Sacrificio oficiado en los diversos ritos integrados en la Iglesia Católica, con toda la magnificencia de la liturgia, cada día se celebró una misa en diversos ritos. Así, la de rito bizantino-eslavo, en la basílica de San Antonio, de los padres capuchinos; el Pontifical de rito griego-melquita-católico, en la parroquia de Santa Engracia, oficiado por don Felipe Nabaa, arzobispo de Beirut y Gibail; la de rito copto, en la parroquia de San Gil; la de rito oriental-maronita, en la parroquia de Santa Engracia, con un coro de seminaristas maronitas, y la de rito bizantino-griego, en la parroquia de Santiago.

EL MUNDO DEL TRABAJO, ANTE EL SACRAMENTO

El cardenal legado pontificio, doctor Bueno Monreal, arzobispo de Sevilla e hijo predilecto de la ciudad, hizo su entrada en la Basílica del Pilar mientras los rotundos acordes del órgano y las voces del coro entonaban la antifona de ritual, llenando de esplendor la recepción del representante personal del Papa. Mientras el acto oficial se sucedía en el interior del templo, la plaza del Pi-

lar se llenaba de obreros y peregrinos. Largas hileras de luminarias, mezcladas con los carteles de los pueblos zaragozanos y de los Sindicatos nacionales, se alargaban desde el pie del Monumento a los Caídos hasta la bandeja de la Lonja de la plaza. Los reflectores enfocaban la cruz del monumento, al pie del cual las mesas con las ofrendas simbólicas de la Organización Sindical esperaban el momento de la Misa. Y esta comenzó. Más de 50.000 personas, obreros zaragozanos encuadrados en diversos Sindicatos en su casi total mayoría, oyeron las palabras de Solís, Ministro Secretario General del Movimiento y Delegado Nacional de Sindicatos, al hacer la ofrenda de los dos centenares y medio de ornamentos y vasos sagrados, del vino, harina y aceite que simbólicamente se ofreció ante el altar. Y fueron un clamor de unidad, de fe, de estilo, las voces de aquellos hombres del metal y la construcción, del combustible y la alimentación, de los transportes y la vida de todos los Sindicatos que estaban en la plaza del Pilar dando gracias a Dios por la España que gozamos y pidiéndole que cada día sea más grande, más unida, más justa.

Impresionaba el aspecto de la plaza aquella noche, con los cincuenta millares de obreros dando al Señor las obras materiales de sus manos, los ritos del campo y las tareas del espíritu. Como impresionaba oír a cientos y cientos de militares, de hombres que han cantado himnos de guerra entonando cánticos de amor y de paz ante el altar mayor de la Basílica del Pilar en la misa oficiada especialmente para el Ejército. Su Ministro se acercó a la Sagrada Mesa, y con él ese joven casi imberbe que acaba de ingresar en la Academia General Militar, juntos en una misma postura ideológica y en una igual profesión de fe a los generales de Estado Mayor y a los oficiales y clases. «Vosotros, el Ejército español, no venció a otro ejército hace veinticinco años. Vencisteis a una idea, a aquella que un día aciago, quiso arrebatarse del alma de España lo que es más propio de ella.» Esto les decía a aquellos soldados gracias a los cuales Zaragoza ha podido vivir este Congreso, el arzobispo de Sión y vicario general castrense.

Y lo mismo que estos dos momentos que he enumerado hay que contar en la historia del Congreso la bendición a los enfermos —uno a uno, cosa por primera vez vista en Daroca— con los Sagrados Corporales, durante la jornada allí vivida; o la recepción de las reliquias de San Pascual Bailón, Patrón de los Congresos Eucarísticos, cuyas andas eran llevadas por pastores vestidos a la vieja usanza de los hombres de Villarreal de los Infantes; o la concentración masiva de niños en la plaza del Pilar durante la misa de comunión dedicada a ellos. Y, sobre todo, el vía crucis que recorrió las calles de la ciudad. Miles de hombres y mujeres haciendo guardia de honor a la imagen del Cristo y a las banderas de los países sojuzgados por el comunismo, que eran portadas por universitarios de cada nación respectiva, alzaban sus voces a Dios en una tranquila noche zaragozana.



Ante el obispo de León y Asesor Nacional de Sindicatos, Solís leyó la ofrenda sindical a la Eucaristía, en nombre de todos los trabajadores españoles

pidiéndole luz, perdón y claridad en las mentes. Para los que se dicen comunistas y para quienes no lo dicen pero que con sus democracias y libertades hacen un juego productivo al comunismo.

EXPOSICIONES, TEATRO, CONCIERTOS

El día 17, el cardenal arzobispo de Tarragona ofició en la Basílica del Pilar un solemne pontifical para religiosas. Pero la apertura solemne y oficial del V Congreso Eucarístico Nacional se celebró al día siguiente en el mismo templo, con la paraliturgia, oficiada por el arzobispo-obispo de Barcelona, en la que las autoridades de Bujaraluz hicieron la ofrenda de harina de Los Monegros con la que hacer las sagradas formas que se consumiesen en los días del Congreso.

Ese mismo día se celebró la apertura de la Exposición del Roperío Eucarístico para iglesias pobres de la diócesis, en el centro diocesano de la Obra de las Tres Marías y Discípulos de San Juan, y la inauguración de la Exposición de Arte Eucarístico, en la Casa Diocesana de Acción Católica, en las que se exhibieron obras y ornamentos exclusivamente de la región aragonesa. La Casa de la Acción Católica ha sido levantada, después de una gran reforma, en el edificio en que estaba instalado el antiguo Seminario Diocesano, y fue inaugurada en noviembre de 1959, con motivo del Congreso Diocesano de Apostolado Seglar. La pieza más importante de esta Exposición fue la custodia de plata maciza de estilo renacimiento que se guarda en La Seo de Zaragoza. Labrada en el siglo XV por Pe-

dro Lamaison, vecino de Zaragoza, tiene un peso de 235 kilos.

Dentro del programa del Congreso, también hay que enumerar la parte musical del mismo, no sólo la "Missa Brevis" que se cantó en las misas de un modo oficial, sino los conciertos. Dos ofreció la Orquesta Sinfónica Nacional y el Orfeón Donostiarra conjuntamente en La Seo. Por otra parte, las representaciones de piezas teatrales de carácter religioso o eucarístico. Así, los autos sacramentales en San Juan de los Panetes, montados por el Ministerio de Información y Turismo.

Cada día del Congreso se ha dedicado a un motivo. El día 19, Día de la Unión de las Iglesias. Este día hubo varias misas y actos por esta intención. El día 20, del Mundo Obrero. El 21, Día Sacerdotal; el 22, el Día de la Iglesia Perseguida, y el 23, el Día de la Iglesia Misionera y América.

Cuando la carroza con el Santísimo entraba en la plaza del Pilar, las campanas de las dos iglesias mayores de Zaragoza se lanzaron a un vuelo de gloria, que formaba un dúo discordante y jubiloso con los cánticos eucarísticos que elevaban al cielo los miles de personas que abarrotaban el recinto y con los cañonazos de las baterías que cumplían los honores de ordenanza. Las palomas de la plaza sobrevolaban entre asustadas y alegres, asociándose al triunfo eucarístico. Detrás de la carroza, el Cardenal Legado Pontificio, que ofició el pontifical que siguió a la procesión, e inmediatamente después del doctor Bueno Monreal —que iba acompañado por su corte pontificia—, el Caudillo y su esposa, portando cirios encendidos. Toda la plaza, bajo un sol que

inundaba de luz el recinto, era la voz de una nación que cantaba a Dios, que manifestaba su fe y su unidad, su fervor; que mostraba a los ojos de todos el estado de la España actual.

Ante la imagen de plata de la Virgen del Pilar, el Cardenal Legado ofició el pontifical y pronunció su homilía. Fueron sus palabras explicación del tema del Congreso, la misa. Pero el mensaje que el Papa dirigió a España con motivo de esta Asamblea eucarística fue testimonio de la paz española, de la grandeza de su historia y del momento actual. "Somos testigos de las grandes virtudes que adornan al pueblo español. Que el Señor os conserve la unidad en la fe católica y que haga vuestra Patria cada vez más próspera, más feliz, más fiel a su misión histórica. Estos deseos y estas esperanzas los confiamos al patrocinio de Nuestra Señora del Pilar, mientras su mirada maternal invocamos sobre vuestra y Nuestra amadísima España, heraldo del Evangelio y paladín del catolicismo. a la que, con la efusión de Nuestro paternal afecto, bendecimos." Así terminaba Juan XXIII su mensaje, aplaudido frenéticamente por el público después de recibir la bendición que el Sumo Pontífice otorgaba a los peregrinos.

Si el esplendor de los actos del Congreso ha sido en todo momento una demostración de fe y fervor eucarístico, lo importante es saber por qué se hizo el Congreso y lo que se espera de él: una mayor comprensión y una mejor asistencia a la santa misa.

Pedro PASCUAL

(Enviado especial.)

Tirada de este número: 47.500 ejemplares

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas. - Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150



**ZARAGOZA,
ALTAR MAYOR**